



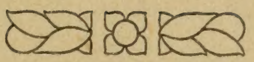


ENCARNACIÓN

JOAQUÍN DICENTA

ENCARNACIÓN

NOVELA



MADRID: 1913
Librería de los Suc. de Hernando
Arenal, 11

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

A Joaquín, Fernando
y Manuel Dicenta.

PRIMERA PARTE

I

Las estrofas de su romántico poema acababan de ser desgarradas a puñalazos por la realidad. Aquel joven que, perdida en los comienzos, por un acto de rebelión, su militar carrera, había llegado a Madrid ignorante de lo que la vida es, habiéndola leído sólo en libros embusteros, en leyendas y narraciones tan abarrotadas de lirismo como desprovistas de sinceridad; aquel mozo, soñador y fantástico, con alma de artista y ribetes de caballero andante, cayó entre las aspas de sus encantados molinos y, tras rudo volteo, dió por tierra con las ilusiones, si no con las costillas, rotas.

A su arribo a Madrid, recibióle compungida su madre, viuda de un soldado que pagó a la guerra su escote. Para la viuda, que el hijo, siguiendo las huellas del esposo, ostentara marciales estrellas sobre la bocamanga, no significaba únicamente el amor propio

satisfecho: significaba el porvenir del hijo resuelto, la felicidad suprema para una buena madre, la que estriba en aguardar la muerte, sabiendo que el cacho de entraña dejado encima de la tierra queda a salvo de miserias y humillaciones.

Tales esperanzas se vinieron abajo con la rebeldía del mozo. ¡Dos años perdidos! ¡Tomás expulsado de la Academia cuando sus estudios estaban a punto de finar! Y gracias a que, por obra de los ruegos y la influencia maternales, no purgó en un presidio su acto de rebeldía.

Había que recomenzar la labor, que dar nueva carrera al hijo. ¿Cómo iba hacer esto quien para los estudios preparatorios, ingreso y permanencia de Tomás en la militar Academia, gastó los pingajos últimos de una hacienda por malas empresas arruinada? ¿Cómo recomenzar la costosa faena quien sólo contaba con las 1.080 pesetas que por viudedad corresponden a la esposa de un comandante?

Doña Dolores era fuerte, abnegada. Cumplidamente lo probó sacrificando su hermosa e inteligente juventud al guerrero inválido, incapaz para las luchas de la vida, incapaz para el amor también — sus heridas le privaron del juicio—. Durante siete años llevó la mujer sobre su frente, amplia, de blanco y suave cutis, aquella corona de espinas, y cargó a hombros su cruz, y subió con ella, guijarro a guijarro, el calvario de la agonía de su esposo.

El mito cristiano revive al Nazareno en el tercero día para transportarlo a un cielo de felicidades eter-

nas y eternas bienandanzas. La realidad impuso a Dolores, tras la cruz del padre, la del hijo. Sobre el sepulcro del inválido se alzaba la imagen de Tomás, del chicuelo que, llorando inconscientemente, por contagio, porque miraba el llanto en otros, parecía decir a su madre con el parpadeo de sus ojos azules: «No dejes caer los brazos. Aun resta faena. Tiende esos brazos hacia mí, cógeme con ellos, sostenme con ellos, y ¡arriba por la cuesta conmigo!...»

Arriba fué, peleando en modesta y brava heroína.

A los fines de preparar y cimentar el porvenir de su Tomás, no omitió sacrificio. Sus manos señoriles, hechas al esmero y al ocio, se embastecieron en labores manuales; sus ojos castaños, punteados con chispas de oro, perdieron brillo en su ir y venir sobre la aguja; su antes erguido talle fué encorvándose por decretos del trajín costurero; sus negros cabellos blanquearon hasta volverse plata, regio manto de plata que, cuando doña Dolores se peinaba frente al espejo, caía desde sus hombros hasta el remate de sus corvas; se cubrió su frente de arrugas; empalidecieron sus labios. De la pasada hermosura restó sólo una vieja obrera enlutada, sobre cuya frente resplandecía, como una aureola, el maternal amor.

Cuando, terminados brillantemente sus estudios preparatorios, ingresó Tomás en la Academia de Artillería, fué gran dicha la de doña Dolores; mayor aún dos años más tarde, al volver por vacaciones a su casa Tomás con la estrella de alférez sobre la bocamanga azul. Por todos los cuerpos de guardia, co-

gida a su brazo, le obligó Dolores a pasar luciendo el uniforme. ¡Y qué orgullo el suyo al terciar los centinelas sus fusiles!... ¡Y qué vanidad al cuadrársele los soldados!... ¡Y qué gesto de admiración cuando Tomás, firme sobre los pies, vuelta la mano contra el ros, devolvía el saludo!...

Veía al joven de teniente a los diez y ocho años; de capitán luego, comandando una batería. También le contemplaba en sus ensoñares — esto con un miedo que erizaba su piel — sobre los campos de batalla, frente al enemigo, afinando la puntería de las piezas, dando la voz de fuego, decidiendo en un arresto heroico la suerte del combate, ganando la acción él solito y presentándose, con modestia, claro, pero con legítimo orgullo, al general en jefe, quien le prendía la laureada contra el pecho.

Con su bravura y con su genio iba, en la maternal fantasía, ganando el mozo las escaleras de la Fama. General seríalo muy joven. ¿Quién sabía, quién sabía si dentro de él no gestaba otro Napoleón? Artillero fué el corso, del cual tenía Tomás el perfil cesariano, la frente en hechura de torreón y los ojos profundos.

Napoleón, tras sufrir seis meses de castillo, volvió a su domicilio vestido de paisano.

Tremendo fué el desengaño de la madre; copioso el caudal de sus lágrimas. Pronto, así y todo, se rehizo; que era tanta su abnegación como su firmeza.

—¡Vaya, Tomás, no hay que apurarse! — dijo apretando contra su corazón y cubriendo de besos

al hijo, que lloraba con ella—. Fué un mal pronto. ¿Quién de ellos está libre? ¡Yo misma, y soy mujer!... Bien lo sabes tú: los nervios se apoderan de mí, ciego y me pongo en condiciones de hacer un disparate. Tu padre tampoco era de almíbar; de suerte que a los tuyos saliste. A más, que tu capitán se excedió. Así me lo han asegurado personas de juicio. Cierto que la disciplina militar es como es; pero tampoco ibas a aguantarte. Ante todo, eres hombre. Lo principal es que hayas librado del presidio. El castillo también sería mala cosa. Tristes ratos llevé mientras te tuvieron allá. En fin, ya pasó. Ahora, a reponerte. Una vez repuesto, a pensar en otra carrera. Descontando la viudedad, no están paralíticas mis manos; no falta la luz a mis ojos. Trabajo de prisa; según amigas y tenderos, soy una eminencia en lo de bordar y cortar vestidos. Ya me lo pagarás cuando seas médico, abogado, o lo que te dé la gana de ser.

—No, madre mía, no—repuso Tomás secándose los ojos y retorciendo con mano febril las guías de su bigotillo—. Has cumplido tu obligación con creces ayudándome y sosteniéndome en la carrera que elegí. Por mi culpa la pierdo. Sería vergonzoso, indigno de mí, imponerte nuevos sacrificios. Vengo resuelto a ganar mi vida; a no ser para ti una carga.

—¡Pero, hijo!...

—Voy a cumplir diez y nueve años. Tengo instrucción, hablo un par de idiomas. No estoy desarmado para la lucha. Lucharé, y triunfaré. Deja, madre, que empiece a vivir por mí propio, que vaya

abriéndome camino para que vivas de mí en la ancianidad, como de ti he vivido durante la niñez.

— ¡Si no hace falta! ¡Si yo puedo!...

— Mejor podré yo; soy más joven. Además, viejita de mi alma, además, tengo aquí, dentro de la cabeza, un vanidosillo que me lleva a la pelea por el arte. Conoces algunos de mis versos, malos, naturalmente...

— ¡Muy bonitos! Me los sé de memoria y se los recito a mis amigas. Les parecen de perlas.

— ¡Pues ni siquiera son de aljófar!: aquéllos, ¿sabes tú? En estos seis meses he adelantado mucho. La soledad y la desgracia hacen buenos poetas. Ahí traigo un montón de cuartillas. Ya las escucharás. Probaré con ellas fortuna. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!, decías cuando soñabas en que fuera yo otro Napoleón, al que, según tú, me parezco. Napoleón ha fracasado; quizás surja del fracaso un Alighieri. También Dante tenía cesariano el perfil, atorreonada la frente y los ojos profundos.

— ¡Loco, más que loco!...

— Es soñar unas miajas, madre. Sin perjuicio de entregarme a estas fantasías, andaré por la realidad. Se hace pan con los versos, pero ese pan tarda mucho en cocerse. Entretanto, buscaré el cotidiano y prosaico cocido. Traduciré obras, escribiré pliegos para notarios, procuradores y abogados, copiaré los dramas ajenos aguardando ocasión de que representen los míos. Algo haré. Si no heredé tus bondades, heredé tu energía, tu constancia, tu voluntad. Con

ellas iré donde sea preciso. De todo me siento capaz, menos de sujetarme al trabajo monótono de una oficina, o de vivir a tus expensas.

— Bueno, bueno; ya hablaremos de eso más tarde. Ahora ve a tu cuarto, aséate en tanto deshago la maleta, y después a almorzar, que el viaje no es corto y traerás apetito.

Mientras Tomás refrescaba el cuerpo y dejaba ir la fantasía por los campos de la quimera, su madre, hundiendo el rostro en los uniformes del hijo, lloraba silenciosamente, enterrando un futuro deshecho, temiendo por la vida nueva que el hijo había de empezar a labrarse.

¡La vida nueva! Duros fueron los comienzos para el joven; su constancia le proporcionaba recursos, si escasos y obtenidos en ocupaciones humildes, vejatorias a veces, suficientes para no ser a su madre gravoso. Ganaba, como ofreció a su arribo, el pan que comía, y, según lo ganaba, iba alzando en las alas de su imaginación la hostia de sus comuniones artísticas. Mil veces la vió escarnecida, sin fieles que ante ella hicieran, no ya una reverencia, un cortés ademán.

¡No importaba! Era joven. Mientras llegaba el porvenir, soñaba con él, con sus poemas, con sus dramas y con el arribo de una mujer que, al igual de las heroínas por él admiradas en sus predilectas lecturas, fuese criatura de exquisiteces hecha. Ante ella se prosternaría el poeta, brindándole sus lauros; asido a ella caminaría por el mundo; juntos flotarían en alada pareja, que se besaría entre neblinas de ópalo.

Así eran las damas de amor dibujadas por los poetas de su culto. Así advendría la dama de sus ensoñares, al encuentro del joven. Así la vió, así la juzgó, así la amó, así se ofreció delante de sus ojos.

Unido Tomás por lazos de no próximo parentesco a una acaudalada familia, hubo de visitarla cuando, a los comienzos de octubre, llegó esta familia a Madrid en retorno de su veraniega excursión.

De extranjeras playas arribaban la viuda de Aldamaro y su hija Isabel, que contaba veinticinco años. Tomás conservaba de ella infantiles recuerdos: una cabellera rubia descolgando al ras de unos alabastrinos hombros; unos ojos de color verde pálido, y una boca húmeda que le besaba glotonamente en los carrillos.

No recordaba más; corrían sus doce años entonces; desde aquella fecha, por estancias de la viuda en París, o por ausencias de Tomás, que motivaron sus estudios preparatorios y sus tres años de Academia, no habían vuelto a verse.

Cuando entró en el gabinete donde Mercedes Aldamaro, guapa mujer a despecho de sus cincuenta, le recibió con toda familiaridad, quedó sus miajas deslumbrado por el lujo que a la habitación presidía. No tuvo ocasión de contemplar habitaciones tan fastuosas más que en páginas de novela y en las estrofas donde «sus trovadores» describían palacios encantados y sin encantar, construídos unos por duendecillos, otros por supremos artífices, que suplían con su genio la magia.

Confuso estuvo durante buen espacio de tiempo, que no es lo mismo para un pobre arrostrar con la imaginación el espectáculo de la riqueza, desde las páginas de un libro, que darse de bruces con ella en la realidad, cuando a ella se llega desde la estrechez de un sotabanco.

El oro de las cornucopias y consolas, bruñido por los reflejos de una lámpara eléctrica; las pinturas maestras, que entre marcos primorosos lucían; las sedas y tallas del sillaje; el primor de las estatuillas y caprichos que por vitrinas y mesas descollaban; las figuras de héroes y ninfas recortados, como si vivos fueran, sobre el fondo de los tapices..., toda esta fastuosa y elegante decoración, sumándose al espectáculo que ofrecía la cincuentona, rejuvenecida por el estuco, semicaída contra un diván y envuelta en encajes y cachemiras, cortaron el avance del joven. Paró en el centro del gabinete y se inclinó ante la de Aldamaro en muda cortesía.

— Acércate, hombre, acércate — dijo la dama con tono afectuoso—. Acércate acá, calaverón, mal genio, simpático rebelde. Te esperábamos. Ahora vendrá Isabel. ¿Sabes que eres todo un buen mozo? ¡Lástima que hayas perdido el uniforme!; ayuda a las conquistas. Aun sin él, muchas harás en este mundo. Aquí tienes silla, a mi lado.

No llegó a sentarse. Antes de hacerlo mostrósele, como aparición, por entre los pliegues de un tapiz, una imagen que a poco le hace caer de rodillas.

Salió de la sombra que arrojaba el tapiz contra los

vanos de la puerta, con paso tan breve, con deslizamiento tan suave, que parecía la suya flotación, marcha aérea de una criatura extrahumana modelada con átomos de sol y con partículas de nieve.

Cabellos de un rubio cenizoso, hermanos en matiz de los rayos que la aurora deshebra sobre las alburas celestes, se partían sobre su frente virginal, bordeaban sus sienes pespunteadas con venitas azules, ondulaban sobre su cabeza de latino dibujo y morían, encrespándose en ricillos rebeldes, contra su nuca, donde tonos lechosos y tonos color rosa se confundían para formar un nácar.

Los ojos, de opalinos cambiantes, se abrían bajo unas cejas de oro; la nariz se transparentaba hacia las ventanillas; la boca, un poco grande, se fruncía con gravedad; la barba remataba en hoyuelo; de él partían suaves modelajes, por cuya obra era la carne raso, para dibujar una garganta virginal difuminada en sombras rosáceas hacia el arranque de los hombros.

Por éstos descolgaba la túnica; amplia túnica de flexible urdimbre que, sujeta a la cintura por una gasa caída hasta los pies, envolvía la imagen, plegándose y replegándose sobre ella como un cacho de cielo desgarrado para el vestido de una virgen.

Llegó a Tomás lo que para él continuaba siendo aparición, y con voz dulcísima dijo:

— Sin previo anuncio te hubiera conocido. Eres el mismo de hace ocho años. No cambió tu cara; me pareces el chicuelo a quien yo trataba en mamá.

Y se inclinó hacia Tomás con los brazos tendidos.

En la inclinación se detuvo. Sus mejillas se empurpuraron, sus claros ojos descendieron a tierra; hízose dos pasos atrás y murmuró, cubriendo el rostro con sus manos, que hubiera mendigado para copia de su pincel el Greco:

— No, no eres el mismo. Eres todo un hombre, Tomás.

El idilio empezó, por parte de Tomás aquella noche, en el mismo segundo en que Isabel se le apareció en la abertura del tapiz.

Al llegar a su casa, al dar a su madre el nocturno beso de adiós, hubo de despertarla, de tomar asiento junto a ella, de contarle detalle a detalle su visita a las Aldamaro. Necesitaba hablar de «ella», seguir hablando de «ella», monologuear a propósito de «ella» hasta que le rindiera el sueño. En sueños se le reapareció Isabel con su andar vaporoso, con su cabellera oro pálido, con sus ojos en éxtasis, con su boca fruncida en prólogo de beso, con sus manos de puntiagudo remate extendidas hacia él, con su cuerpo de virgen, envuelto, como por un jirón de cielo, por la túnica azul.

— Sí, sí — dijo la madre —; la casa es magnífica; viven con estupendo lujo: dos troncos, caballos de montar, automóvil. Hace un año han vuelto a flotar; porque dieron un gachapazo grande. Mercedes siempre fué una mala cabeza, una manirrota; pulveriza los billetes de banco. Temí que viniesen abajo para no alzarse más; pero se rehicieron. Les habrá caído alguna herencia. Mercedes tiene parientes en América.

Como ahora las trato poco, no sé nada de fijo; algo por ese aire será. Les estoy muy agradecida: me encargan sus labores, y no han olvidado que en otros tiempos fuí su igual. A ti te quieren mucho. Isabelita es encantadora. De niña era un ángel. Tu padre siempre andaba a vueltas con ella. Hasta que naciste, por supuesto. Desde entonces los arrumacos y las debilidades de mi pobre Francisco fueron para el pícaro mamoncete. ¡Si pudiera verte hoy! Con delirio te amaba. Su propio retrato eres. ¡Ay — continuó llorando —, Dios te dé más suerte que alcanzó aquel hombre, modelo de bondad y honradez! Con buena o mala fortuna, imítale siempre, hijo, porque fué un caballero.

Casi a diario, con un pretexto u otro, acudía Tomás a casa de las Aldamaro, donde era favorablemente acogido. Acaso fueran ilusiones de su deseo; pero el mozo creía que no sólo favorablemente, amorosamente le acogía Isabel. Así parecían manifestarlo sus miradas cuando se encontraban con las de Tomás; así sus acariciadoras sonrisas; así el rubor en que al dialogar con él se encendía. Mil veces anduvo el «Te amo» revoloteando por la boca del joven; otras mil volvió a recogerse cobarde en el fondo de su alma. ¿Aguardaba Isabel aquel «Te amo?» Dijérase que sí al ver la caricia de ojos con que envolvía a su amador cuando éste, inclinándose hacia ella, poniendo muy cerca del oído de ella la boca, movía los labios para pronunciar el «Te amo» que siempre quedaba entre los dientes prisionero.

Era costumbre en las Aldamaro habitar una finca, que poseían en la sierra andaluza, casi todo el octubre y una quincena del noviembre. Como Tomás, debido a la prisión y a los disgustos que tuvo antes y después de sufrirla, andaba flojo de salud, le invitaron a ir con ellas al campo. Allí se repondría. Nada, que no toleraban excusas. Saldrían juntos de Madrid y volverían también juntos.

—¿Es que no quieres venir conmigo? ¿Es que no te importa separarte de mí?—preguntó Isabel a Tomás.

—¡Separarme de ti! Por una temporada, la separación sería mi desdicha. Por vida, mi muerte.

—¡Pues ven!

Juntos partieron, no ya en amigos, en amantes. Tras el «¡Pues ven!» de ella, el «¡Te amo!» de él vino rematando en un beso tímido, dado por Tomás sobre las manos de la joven con mística unción, entre aire y piel.

Por primera vez amaba el soñador. No fué amor el que le inspiraron las mozas de cántaro y las costurerillas a quienes disfrutara cuando vestía el uniforme; no fué amor quien le llevara en galanteo hacia las señoritas cursis que ornamentan los domingos, después de misa, la plaza del segoviano Alcázar. Recurso material las unas, pasatiempo las otras, mal pudieron dejar rastro alguno en el espíritu del mozo.

Virgen de alma se entregó Tomás a Isabel. Fué su adoración por ella éxtasis de místico ante las imá-

genes que adornan los altares y se dan al esclavo entre nubes de incienso y rayos pálidos de luz, cernidos por el vidriaje de la ojiva, por la policroma cristalería del cincelado rosetón.

Allá, muy lejos, a distancia inmedible, entreveía un minuto glorioso; en él descendería a sus brazos la amada, pagándole con una plena entrega su voluntaria esclavitud.

Así aguardan los místicos en sus adoraciones. Así debía ensoñar la Teresa de Ávila al desvanecerse a los pies del Cristo; así Juan de la Cruz al hundir su rostro en la túnica de las tallas virgíneas; así fray Angélico mientras dibujaban sus pinceles a las elegidas jehovianas, mientras su paleta espiritualizaba las entonaciones del color hasta conseguir que la carne fuera algo inmaterial, ajeno a la vibración del deleite.

Isabel le pertenecería, pero cuando la mereciera, cuando, tras ir arrojando a sus pies las hojas de laurel recogidas en su duro viaje a la gloria, alcanzara la cima, imponiéndose a las multitudes, cegándolas con el esplendor de su genio, siendo el poeta hecho dios por el beso de la inspiración y el aval de la Fama.

La Poesía, engalanada con su manto de armiño, ceñida por joyeles donde se prismaría el sol, por guirnaldas que concertarían los matices del iris, se mostraría a Tomás con su corte mágica de bellezas, con su escolta de trovadores y juglares. Llegaría junto al poeta, caería éste de hinojos y la inmortal pondría en sus sienes la corona de laurel y mirtos

que tejen las musas en las parnasianas estancias con sus blancos dedos de marfil.

Entonces, cuando proclamara la victoria su nombre, iría el poeta a la presencia de Isabel, y desciñéndose la corona, adelantándola con sus dos manos, arrastrándose a los pies de la hermosa, murmuraría: «¡Tenla! Por ti y para ti la gané; acoge al hombre que supo para ti conquistarla; dame a cambio de ella, de mí entero, la carne y el alma de tu amor.»

Mientras llegaba este minuto, seguía adorando a Isabel, entonando junto a ella esperanzados himnos, gozando las caricias de sus ojos profundos, viendo ir y venir contra la seda de su túnica los pechos redondos que los alentares de la virgen alzaban en ofrenda.

Solos, hasta horas altas de la noche permanecían en el gabinetito, semialumbrado por las transparencias de una lámpara color violeta. Descendía la luz, misteriosa, lasciva, extendiéndose por la estancia como una neblina nupcial, desdibujando el diván donde asentaban los amantes, hasta darle contornación de lecho.

La madre de Isabel se recogía pronto. Solos quedaban, entregados a sus adoraciones. En más de una ocasión sorprendióles la aurora hablando por lo bajo o en profundo silencio, con las manos juntas y las pupilas enfrontadas, atrayéndose, penetrándose, ayuntándose en un espasmo de reflejos, en una cópula de luz.

¡Cuántas veces la cabecita rubia, resbalando por el respaldo del diván, vino a caer sobre el hombro del

joven y quedó vuelta hacia él, rendida al goce de sus ojos! ¡Cuántas otras, sus manos, ardientes por las palmas, apretaron las de Tomás, atrayéndole hacia su cuerpo, que desmayaba contra los árabes cojines!... ¡Cuántas se hincaba él de rodillas y hundía su frente en los bordes de la túnica azul!...

Isabel, dominada por el ensueño acaso, acaso arrastrada por los candores de su virginidad, dábase en inconsciente impulso. Pero fuera indigno de un amor como el de Tomás aprovecharse de aquella candidez, de aquella divina inconsciencia, para poseer a la amada, para deshojar prematuramente la flor que el poeta necesitaba conservar en capullo. Abriría y aspiraría aquella flor el día en que, conquistada la gloria, hiciese de su hogar tabernáculo.

Por eso, cuando la cabeza rubia se reclinaba en su hombro, cuando los cabellos de Isabel cosquilleaban en sus labios, Tomás se contentaba con besarlos, sólo con besarlos, con besos rápidos que apenas la mujer percibía; por eso, cuando las manos de ella le atraían hacia su cuerpo, manteníase firme; a lo sumo recorría con dedos temblones los desnudos brazos de alabastro; por eso, cuando caía ante ella de hinojos, cuando hundía el rostro en la túnica, lo hundía a ras del suelo, donde la túnica rozaba con los pies; contra ellos apretaba su boca en gesto de creyente que pide la felicidad a un icono.

¿Qué juventud no vivió este momento imbécil y divino? Todos, más o menos, según nuestra imaginación, según el ambiente que en la juventud respiramos, he-

mos sentido esa unción, ese miedo que nos hacen repugnar el adueñamiento de la criatura adorada.

Entra la juventud en su primer amor como entraría un niño por vez primera en un jardín. Vería las flores, encantaríanle sus matices, acercaríase a ellas para respirar el perfume que de ellas emergiese, para recrear sus pupilas en la gama multicolor, abierta en hojas sobre el aire. Sentiría el ansia de cortar las flores del tallo, de abrirlas, de recoger plenamente su esencia; pero se detendría sin consumar la acción, por creer a las flores algo inmaculado que sus manecitas no podían tocar sin crimen. Más adelante sabría que algunas, muchas de aquellas flores, estaban mordidas por el diente de los insectos, profanadas por la libación de las mariposas; que era fácil cogerlas, aspirarlas, ir pasándolas de mano en mano, hasta que se deshojaran, faltas de color y perfume. En la visión primera, no. Después hasta flores purísimas, no maculadas, se tronchan sin piedad, se aspiran un minuto y se arrojan con desprecio por tierra... ¡Cuántas espinas necesitan punzar la carne para que advenga ese «después»!

Y no era que el deseo y la varonía estuvieran muertos o aletargados en Tomás. Con bravura hervían en su sangre y vibraban entre sus nervios. Pero dominarlos, ¿no era un deber, un título al premio anhelado por su mística esclavitud?

Una noche, al despedirse Tomás de Isabel para encaminarse al pabellón, la joven le siguió hasta el pasillo. Quedó al término de éste con los brazos ten-

didos, los labios entrearbiertos y los ojos supliendo los llamamientos de la boca.

Tomás huyó; huyó sin volver la cabeza. Estaba cierto de que al volverla, todo él volvería en busca de la amada. Huyó con el deseo retorciéndosele en la sangre, con el ansia de la posesión golpeando su medula.

A la entrada del pabellón dormía una sirvienta, moza apuesta que en los veinticinco se andaba. Siempre que Tomás pasaba cerca de ella, sonreía pícaramente. Al acostarse dejaba abierta la puerta de su alcoba. Aquella noche fué aprovechada la franquía.

....

Lo supo por una de esas casualidades que siempre acuden al alcahueteo del desengaño.

La virgen de sus románticos ensueños, la que andando el tiempo presidiría sobre un altar la coronación del artista, no era virgen más que en la fantasía de éste. El retorno de las Aldamaro a la buena fortuna basábase en las generosidades de un prócer, ya machucho, que, a cambio de las mercedes de Isabel, deshipotecó la apolillada hacienda e impuso a nombre de la bella un millón de pesetas en el Banco de España. La compra fué cara, pero el prócer era rico y la prenda merecía el dispendio.

En Tomás no se vió, por parte de las Aldamaro, más que un editor responsable, un mozo falto de experiencia y caudales que, engañado al principio, convencido acaso más tarde, entraría por todo legalizando la ambigua situación de Isabel.

En esto se pensó con asentimiento del prócer.

Podían venir hijos; era menester prevenirse. Solos una hora y otra Isabel y Tomás, sucedería lo corriente en soledades de tal índole. Sería menester acudir al remedio; hecha la boda, como sobre ruedas andarían los tres.

No disfrutó siquiera Tomás el angustioso consuelo de la duda. Las pruebas fueron irrecusables; su propia madre, celosa del honor del hijo, le puso la verdad enfrente de los ojos.

— No seas tonto — hubo de decirle un amigo —. Ya que te enteraste, da al maestro cuchillada. Hazte el desentendido; aprovéchate. Después... «si te vi no me acuerdo».

— No — respondió Tomás —. Hay algo más horrible que ver hundirse un ideal: hundirse con él.

Estuvo gravemente enfermo, presa de una fiebre acompañada de delirios, que le puso en trance de morir. Salváronle, con auxilio del médico, su robusta constitución y los cuidados de su madre. Cuando abandonó el lecho, cuando entró en la convalecencia, dijo a doña Dolores :

— Gracias, madre mía; muchas gracias por tus cuidados. Ahora una súplica : no volváis tú ni nadie a hablarme nunca, ¡nunca!, de esa mujer.

Por muerta la dió, enterrándola en su pensamiento con paletadas de odio. La puso por inscripción una sonrisa escéptica y buscó remedio a su desengaño en amores de baja estofa.

Un romanticismo a la inversa se había apoderado de él.

II

Aquella noche resolvieron Tomás y dos compañeros de café ir a la Zarzuela a un baile «de chistera» organizado en obsequio a las madrileñas modistas.

Mal andaban de cuartos; pero su más grave preocupación estribaba en la carencia de las prendas vestuarias que para entrar en el baile exigía el ritual.

Tomás era el único de los tres que estaba en condiciones. Tenía traje de levita y sombrero de copa. Dan poco en las casas de préstamo por este género de prendas. De ahí que fueran las solas que el joven solía conservar; las otras se veían por papeleta y hasta se perdían sin salir de su cárcel.

Los dos amigos de Tomás, artistas incipientes como él, no tenían levita, sombrero de copa, ni cosa que se les pareciera. Sin padres o separados de ellos, porque los padres, hartos de bohemia les echaron del domicilio, o pórque ellos lo abandonaron, apenas si

podían comer, cuanto más andar en lujos sastreriles.

Estos jóvenes y otros a ellos parejos formaban tertulia en el Café de Lisboa para desesperación del mozo del turno; pasaban allí las horas despiertas de sus días y todas las horas de sus noches llamando imbéciles a los consagrados; desmoronando, al golpe mortal de sus piquetas, las reputaciones más altas; recitándose unos a otros versos, artículos, escenas dramáticas, párrafos de novela, coreados por el auditorio con ¡Ahs! admirativos, con ¡Ohs! estupefactos, con gritos de asombro y estrepitosos palmoteos. A los palmoteos corría el camarero hacia la mesa, huérfana de consumo, y preguntaba: «¿Qué va a ser?»

— ¡Calla, no interrumpas, idiota! — respondían los genios oyentes. El genio parlante, luego de echarse atrás los cabellos, de poner los ojos en el techo y de garraspear con énfasis, proseguía su recitado o su lectura.

A este cenáculo, que por casualidad cenaba, concurrían mozos de alto ingenio. En todos había juventud, acometividad, anhelos de gloria. Ciertamente no era el mejor camino para llegar a la última, aquel consumir horas y horas hablando mal del prójimo, viviendo a lo haragán, cogiendo muy de tarde en tarde la pluma y recitando a plena voz composiciones que hasta el camarero sabía de memoria.

Vaya en su descargo el de ser todos casi unos niños: el mayor contaba los veinte. Ya les impondría la existencia la ley férrea del trabajo; ya se cuajarían

y se volverían hombres útiles; alguno, quizás, gloria de su patria y del Arte.

La juventud, con todas sus injusticias y todos sus orgullos, con todos sus ataques y virulencias contra quienes alcanzaron las cumbres, resulta muy simpática. En ella ni la acometividad es rencor, ni la censura envidia, ni la proclamación del propio valer estúpida inmodestia.

La acometividad obedece al ansia de abrirse camino, de ganar las cimas del éxito; corolario de este ansia es la negación de los consagrados. La proclamación de la propia superioridad, exordio es para darse aliento y no flaquear en la lucha.

Estas juventudes, estas auroras turbulentas y díscolas atraen y causan respeto afectuoso. Siempre brotan de ellas limpios rayos de sol.

Los repugnantes, los odiosos son los vencidos de esas generaciones, los que, ya viejos, fracasados, inútiles, no reconocen su vejez, su inutilidad, su fracaso, y siguen sumándose a las generaciones nuevas para envenenarlas, para hacerlas cómplices de su envidia de sapos, condenados a escupir hacia arriba desde los bordes de la charca.

Los dos aprendices de artista que pretendían ir con Tomás al baile, eran un pintor, Manuel López Guerrero, y un literato, Alejandro de Nava. Tenían gran talento los dos. Así tuvieran ropa negra y sombreros de copa, aunque éstos perteneciesen por su hechura a la época del Estamento.

Lo del negro traje, a medias podía resolverse. Ale-

jandro gastaba un terno azul que, de noche, y con misericordia de parte de los bastoneros y la Comisión receptora, por negro se podría admitir. Manolo afirmaba que la aguja de su patrona remozaría un *smoking*, ya por él desechado, y unos pantalones que criaban en los bajos melena; pero no tenía chaleco y corbata que concordaran con el traje.

— Un chaleco y una corbata blancos, tengo yo — decía Tomás —. ¡Algo estrecho andará el chaleco!... ¡Bah! Soltando la hebilla, acaso no reviente.

— ¿Y los sombreros? Los malditos sombreros, esos bacines que la moda aforra en seda y ribetea en gro — interrumpió Nava —, ¿dónde hallarlos? ¿Cómo hallarlos, aunque hubiésemos de achicarlos remetiendo nuestras más gloriosas cuartillas, nuestras estrofas de arte puro, entre la badana y el forro?

— Los sombreros se alquilan — dijo gravemente Tomás.

— Y ¿dónde alquilamos el dinero para alquilarlos? — le preguntó Manuel.

— El dinero..., el dinero. ¡Sí que es una dificultad!

— Es un imposible.

— Aguardad, ineptos — discurseó Alejandro —. La dificultad es vencida. El baile no empieza hasta las doce. Son las diez. Dentro de una hora anocturnará don Elías por aquella puerta. Tenemos una hora. Escribamos en esos sesenta microbios de los siglos un par de artículos con sorpresa final. Mientras los escribimos, dibuja tú, Manolito, una caricatura. Serán treinta francos.

— Treinta francos, no — le respondió Manolo —. Los francos están al veinticinco. Serán treinta pesetas.

— Como te plazca, Apeles Urquijo. Serán treinta pesetas. Es decir, tres para los sombreros y veintisiete para las bacantes. ¿Qué tal?

— ¡Admirable! ¡Vengan cuartillas! ¿Quién tiene cuartillas?

— Yo. He merodeado cincuenta en ese periódico cuyo director me hace esperar siempre para no recibirme nunca.

— Pues andando. Es preciso que todo esté listo para cuando entre don Elías.

Don Elías era un excelente señor, antiguo farmacéutico, que, retirado de drogas con un capital respetable, dió en la ingrata flor del periodismo, fundando un semanario satírico. Llamábase *El Tábano,* y picaba bien a las veces.

No era el propietario rumboso: pagaba los artículos y los versos a treinta reales; los dibujos a diez pesetas. No obstante ello, los novatos revoloteaban alrededor de *El Tábano*, algo por hambre, mucho por ver en letra de molde sus producciones y sus firmas.

Para los dibujos no existía aumento de precio; para versos y artículos, sí. Si el artículo o la composición poética, que el propietario oía leer siempre al autor, tenía «final inesperado», se aumentaba en dos cincuenta el estipendio,

— ¡Hay sorpresa! ¡Hay sorpresa! — gritaba don

Elías —. ¡Hay sorpresa!... ¡La he sentido yo!... ¡La sentirá también el público!... Ahí le va a usted, geniazo.

Y arrojaba olímpicamente contra el mármol dos duros.

Vino don Elías a su hora aquella noche, y hubo sorpresa final en los artículos. La producida por el remate del artículo de Alejandro fué tan estupenda, que el ex farmacéutico convidó a cenar a los jóvenes.

— Un plato sólo, ¿eh?

A más, invitóles a un palco que para el baile, y en compañía de otro cotorrón de su especie, adquiriera.

Tocaba la orquesta una mazurca cuando entraron los jóvenes en la Zarzuela.

Alejandro estaba magnífico con su traje azul, depósito abierto de bencina, y su sombrero de copa angosta y alas planas; por bajo de éstas salía el negrísimo pelo, cortado a lo Daudet.

— Mi chistera es parisina, completamente parisina — exclamaba Alejandro —. Parezco un doctor de la Sorbona.

Tampoco hacía Manolo mal papel. Su copa alta era de buena moda: un algo ancho de alas tan sólo. El *smoking* parecía de veras, gracias a las complicidades de una tableada camisa y de una corbata y un chaleco blancos pertenecientes a Tomás.

Éste, con su levitilla entallada, su sombrero ladeado sobre la oreja y su pantalón abotinado, produjo en las modistillas extraordinario efecto. Ayudaron a él la arrogancia militaresca que aun conservaba el

mozo, sus bigotes a lo kaiser rizados, y sus claros ojos, llenos de alegría y audacia.

Algunas chulonas le comprometieron para bailar con ellas. Era galán de preferencia entre las del gremio.

El baile desbordaba en gente. Un murmullo cálido ascendía por la atmósfera pegajosa que al resbalar sobre los eléctricos focos se descomponía en polvillo arco iris. Entre el murmullo clarineaban gritos destemplados de varón, voces chillonas de hembra. La orquesta, aposentada en el anfiteatro, sonaba bajo la batuta del director. Iba ésta distraída, automáticamente, sin que la voluntad del maestro interviniera en sus aéreos dibujos. La mano diestra, suelta, sola, hecha a acompasar las mismas piezas, a las mismas horas y con el mismo orden, suplía la distracción del músico. Él, con los ojos entornados, dando rítmicas cabezadas, parecía dormir.

En torno a la orquesta, extendiéndose de escalón a escalón por el anfiteatro, hasta los sitios más obscuros, descubríanse máscaras solitarias, que, con la careta sobre el pelo o hecha rebujo en el descote, roncaban estrepitosamente, turbando el compás de la música: eran madres más o menos auténticas de las que danzaban en la sala; viejas celestinas que aguardaban la hora de la cena arrebujándose en roñosos dominós de percal. Salteados entre aquellas brujas veíanse mamarrachos hombrunos: arlequines, pierrots, guerreros con mallas de algodón y botinas de elástico; hidalgos de los siglos XVII y XVIII, parejos

por su vestimenta raída y su catadura bellaca a quienes viven vida inmortal en la novela picaresca. Al límite del anfiteatro se recortaban parejas en semiayuntamiento. Los rayos confusos de luz que llegaban hasta ellas les daban tono de agua fuerte.

En los palcos y en las butacas, alineadas contra el borde de las plateas y hacia el fondo del desguarnecido escenario, rebullía un mujerío pintoresco : buenas mozas, que ceñían a sus talles ricos mantones de Manila, y ostentaban sobre sus moños peinetas de carey, sobre sus orejas y sus manos alhajas de puro relumbrón. Algunas llevaban el antifaz puesto, otras lo desprendieron para ofrecer a las caricias de la luz y al precio de los hombres caras juveniles de lineaje goyesco; perfiles morunos que transparentaban la lumbre del andaluz y el valenciano sol; caras de piel blanca, encuadradas por cabelleras rubias, que aun conservaban entre sus hebras el beso de los norteños aires. Habíalas disfrazadas de aldeanas, de bebés, de locura; habíalas en traje de calle, con chillonas blusas de seda y obscuras faldas de satén. Eran éstas mozas de baile; obreras por mitad, por mitad prostitutas, prontas a ganarse un jornal, si ello era menester; pero prefiriendo al jornal un viejo que les pusiera casa y les diera «parné» de largo para mantener a sus chulos.

Por aquel bazar de carne joven y asequible se movían hombres trajeados de *smoking*, de levita, de frac. Repartían entre las hembras copas, donde el champagne espumeaba o se revolvía el oro líquido

de la manzanilla y el jerez, y las obsequiaban con *sandwich,* ruedas de embutido, lonchas de jamón y de pavo. A veces se inclinaban ante ellas con finuras de cortesano; otras las abrazaban, afirmando públicamente su derecho a mercarlas. Las mujeres reían, restregándose contra las sillas, escorzando los bustos, dando al espacio voces maulladoras de gatitas en galaneo.

En el salón bailaban cientos de parejas, partiéndose en dos anchos y espumeantes ríos contra las hileras de curiosos que ocupaban el centro de la sala. Baile canalla aquél, oleaje lúbrico que avanzaba y retrocedía de un extremo al otro del patio en olas jadeosas para estrellarse sobre las barandas de los palcos, y los brazos de las butacas, y los terciopelos de las puertas.

Tomás bailaba con *la Avispa.* Debía ésta su mote a una cinturilla sutil y a una lengua cuyos dicharachos levantaban habones, aun entre aquellas gentes de cutis moral correoso.

—Perdido andas, galán—dijo a Tomás *la Avispa*—. Hace días que no se te ve por la taberna de la Paca. Tampoco fuistes antianoche a la Flor.

—Tengo mucho trabajo. Hay que madrugar para ganarse las pesetillas con que ayudo a mi madre y otras pesetas gracias a las cuales podemos permitirnos en casa de la Paca expansiones de judías con picadillo de jamón y golpes de morapio.

—La Paca te fía, y si no, chico, aquí me tiés. Ahora estoy de buenas. Lo menos, lo menos me bailan en

la faltriquera seis o siete «varés». Si hacen falta, dispón.

—Gracias; sabes que no soy de esos.

—Entre nosotros no es ello cuestión de chulería. Semos no más que amigos. De una amiga se pué tomar sin dretimentro cualquier cosa. Por lo que hace a tu vieja, bien procées no siéndola gravoso. Yo sostengo a la mía tal que si fuese la propia reina madre. Sus asquillos me cuesta; pero ¡qué puñema!, a tó se hace una: hasta al agua de Carabaña. Y oye, tú —continuó—, esta noche vas a conocer a una amiga nueva. No es que sea nueva del tó, sabes, sólo que ha estao recogía tres años con uno de la cuerda del juego y no la has podío conocer. El jugaor ha hecho fu; el chaval con quien ella andaba se ha largao a vestirse de sorche. Vamos, que la chica está libre y se ha plantao en el baile pa ver si cae pieza. ¡Mia que si le cayeras tú! Mejor le vendría un nublao. Cuando llegue el descanso espéranos en el café; allá iremos a tomarnos una ponchera. Si estás *après,* ya te lo dije: yo la habillo.

Hizo punto la orquesta, y *la Avispa,* despidiéndose de Tomás, se reunió a un grupo de mujeres.

En el café, a la vera de un velador donde humeaba una ponchera con más ron que te y con el ron de ínfima calidad, asentaron Tomás, sus amigos, con quienes emparejaban dos modistas, dedicadas a confecciones que no eran precisamente las propias del oficio, y la Ramona, una valenciana representante excelentísima de la hermosura de su tierra. Acom-

pañábala su querido, *el Susini,* un planista (1), buen mozo, simpático, maestro en la guitarra y admirador entusiasta de Tomás, quien en su vivir turbulento frecuentaba esta y otras no menos honrosas relaciones.

No tardó *la Avispa* en presentarse acompañada de una mujer que frisaba en los veintitrés años y reunía a la gracia de sus andares y a la esbeltez de su figura, espléndida cabellera negra, grandes ojos endrinos, picaresca nariz, y una boca, si no breve, bien endentada y toda gracejo por obra de la sonrisa que dibujaban los labios color de fresa.

—Señores—exclamó *la Avispa*—, aquí traigo a la criatura. Es un albaricoque toledano del huesecito dulce, que no tié ná, pero naíta que envidiar a los mejores del terreno.

—Por no ser menos que ellos—interrumpió Tomás—luce en el cutis de su cara pelusilla terciopelosa y pintitas de oro.

—Déjese usted de pintas—respondió Encarnación—tal nombre había la moza de Toledo—. Verdá que algunas pecas me salpican la piel. ¡Qué remedio, si han salío ahí!... Pero las pecas no quitan la sé y yo vengo sequita, buen hombre. Deje los floreos pa después, si le da la basca por ellos, y llene dos vasos

(1) Ladrón cuyas artes consisten en dibujar el plano de alcantarillas, cuevas y lugares que han de recorrer para llegar sin dificultades al objeto del robo los bandidos que se dedican al *escalo.*

y sírvaselos a estas dos mujeres, que pa eso le fabricaron a usté dos manos, en vez de una, sus señores padres.

Era Encarnación muy atrayente, muy graciosa; sus grandes ojos mostraban, al abrirse, honduras difíciles de escudriñar; su boca, que por lo común se fruncía en actitud risueña, repretábase a veces, anunciando una voluntad firme; las pecas que esmaltaban su rostro, lo embellecían a cuenta de afearlo; eran raras, menudas, y resaltaban en el cutis pálido, según dijo Tomás, como puntitos de oro. Sobre esto, sobre la línea, sobre el dibujo material de la imagen, flotaba un algo indefinible que sugestionaba, llevando el deseo en solicitud de la posesión de aquella mujer, cuyas manos de deditos puntiagudos, teñidos hacia el remate de las uñas por el rosa natural de la sangre, dábanle apariencias de gran dama disfrazada de chula.

Bailaron juntos, y simpatizaron más que bailaron durante los diálogos que en los intermedios sostuvieron. Ayudó mucho a tal simpatía el ron bebido en el café.

Brazo a brazo salieron los dos de la Zarzuela; hombro con hombro se asentaron para cenar en la taberna de la Paca; a los postres se tuteaban; al saborear las «medias» de Cazalla se inclinó Tomás al oído de Encarnación, y dijo rozando con sus bigotes la oreja de la del hueso dulce :

—¿Quieres que nos vayamos juntos?

—¿Adónde?...

—Pues, nena, por ahí, donde nos den cobijo.

—¡Ay, nena! ¡Qué cubano se volvió el hombre! Pues no, nene; yo no necesito ir a ninguna parte, porque en la calle de los Dos Amigos, piso principal derecha, con balcón a la calle, tengo una casa más limpia que la patena del cura de San Marcos.

—¿Puedo yo visitar esa casa en cuanto salgamos de aquí?

—No es muy buena hora de visitas; pero, en fin..., algunas veces se abre.

—¿A los pobres también? Porque yo soy pobre. Sólo puedo ofrecer cariño.

—¿Y a quién sino a los pobres se les debe de abrir la puerta cuando piden por Dios? ¡Vaya, hermanito, que se hará la limosna!

—¡Encarnación!

—¡Ay Tomás de mis ojos, qué rebonitos son los tuyos!

—Aguarda que encienda—dijo Encarnación cuando entraron en el portal—. Iré delante pa que no te tropieces.

—No enciendas. A obscuras conoces la casa, ¿verdad? Pues yo me cojo a ti, me agarro a esta cintura y subimos juntos, muy juntos, sin que los vecinos se enteren de cómo llegamos a la gloria.

A obscuras subieron, tanteando los escalones, repretados uno a otro, guiándose con las manos para ganar el corredor, y con los alientos para cuajar el beso.

III

A zorrazo limpio con muebles y cortinas andaba Encarnación, mientras en la alcoba dormía Tomás el sueño borracho de una «juerga» corrida por él en la noche anterior, juntamente con *el Susini* y otros sujetos de su estofa, que toparon al joven en el Café de San Millán, donde consumía, con Alejandro Nava, dos artículos de «final imprevisto» que les pagara don Elías.

Fué aquella verbena la de San Cayetano. Los artistas, luego de recorrer las calles del distrito, al pretexto de estudiar tipos y costumbres, al fin real de codearse con las de rompe y rasga, y de contrastar los méritos de las limonadas que rojeaban en los barreños tabernarios, hicieron alto en el café, llamaron al mozo, y la emprendieron con una tortilla a las finas hierbas y un plato de riñones.

Cenarían en San Millán; después a perderse por

las calles del Madrid viejo, a ir, bajo farolillos de colores y voceo de mercaderes, en busca de aventuras.

Habían recorrido a primera noche la verbena, distrayéndose con los bailes organizados por los vecinos de cada calle o grupo de calles, según la extensión de las mismas, y con los cantares que, a rasgueo limpio de guitarra, entonaban los mozos y mocitas del barrio. También hicieron alto en las buñolerías para contemplar vivas, entre los humos del aceite, las aguas fuertes del señor don Francisco de Goya; los grupos de andante golfería que se arremolinaban junto a los veladores en corte de harapos. Codeándose con la espuma del hampa (concurrencia habitual de los piojosos cafetines), descubríanse familias obreras, burgueses de modesta prosapia que, pechando a San Cayetano, saboreaban las grasientas rosquillas y dejaban ir por sus tragaderos el alcohol matarratas.

Algunas personas de más alta prosapia entraban también en los aceitosos locales. Frente al ocupado por Tomás y Alejandro paró un coche de lujo. De él se apeó una dama que en los veintiocho años frisaría.

Llevaba traje con tendencias al medio paso y rica mantilla de blonda, levantada por una peineta de carey y un ramo de claveles. Bajo los claveles relucían dos ojos pícaros, se respingaba una manolesca nariz y se rasgaba una boca color de sangre, esmaltada con puntiagudos dientecillos. El cuerpo juncal debía ser, desarropado, bello competidor del que Goya regalara a su «Maja desnuda».

La dama era Pepita Valdenebro, perteneciente a una gran familia de la aristocracia española, digna, por los desgarros de su gracia y la libertad de sus costumbres, de aquellas duquesas y condesas que llenaron con sus escándalos la corte de Godoy.

Tenía la dama positivas condiciones de ingenio; pero envanecida con ellas y con la aureola de gracia y desparpajo que le otorgara la opinión, acabó por descentrarlas y pervertirlas, volviendo caricatura lo que debió ser admirable dibujo.

Andaba a lo hombre por saloncillos de teatro, restaurants y tascas de hora última, pitillo en mano y desvergüenza en boca. A los comienzos de su fama repartió su belleza entre el varonío de su gusto; más tarde, en su afán de snobismo, le dió por acompañarse de mujeres a toda perversión asequibles.

Aquella noche llevaba con ella a *la Palitos,* bailadora de «La Marina», y a dos mozalbetes que bien a las claras pregonaban con sus miradas lánguidas, con sus cimbreos de cintura, con el recogido accionar de sus brazos y con el bermellón extendido por sus carrillos y sus bocas, que no harían competencia a la Valdenebro en su afición por la flamenca del cantante.

— ¡Salud, amigos! — gritó Pepita dirigiéndose a los dos jóvenes y dándoles un apretón de manos —. Me alegro de veros por acá. A la una hemos organizado una juerguecita a la orilla del Manzanares. A puerta cerrada, ¿eh? Ya sabes dónde es, Alejandro. Lleva a éste; no faltéis.

Y echó hacia el fondo del cafetín dando su brazo a

la Palitos y escoltada por los jovenzuelos enclenques, quienes se guiñaron, al pasar frente a uno de los veladores, con cuatro o cinco organilleros que lo usufructuaban.

De estos guiños, y de no acudir á la invitación de Pepita, charlaban Alejandro y Tomás entre sorbo y sorbo de café, cuando entraron por San Millán *el Susini* y sus acompañantes. *El Susini* traía al brazo una guitarra y estaba a medios pelos.

— ¡Calla, Tomás! — dijo —. ¡Hola, don Alejandro! Ya saben ustés que se les aprecia. ¡Mozo! —añadió —. ¡A ver, tráete aquí un ponche! En ponchera grande y con te de la propia China y limones de Murcia y una sin deslacrar de Domech extra. Acá estos dos títulos y yo no lo gastamos menos, tropezando compañía tan *súper*.

— ¡Rumboso estás!

— ¿Qué quieres? Han venío bien los negocios. Se vive como se puede, Tomasito. La verdá es — siguió con acento entre cuyas ironías vibraban dejos de amargura —, la verdá es que si mis señores padres y mis conocimientos saben que ando en malitos pasos, se van a llevar un disgusto. ¡Mia tú mi padre, que es capaz de falsificar la luna y metértela por la alcoba a las doce del día! Pues ¿y mi madre? Mechera la infeliz: no hay comerciante que no la tenga en su partía doble. De mis conocimientos, salvándoles a ustés, no hay cosa que hablar. Vamos, que es muy raro, pero la mar de raro, que habiendo nacío de los que yo nací y habiéndome criao con quienes me

crié, no saliera con vocación de santo o de hermanita de los pobres.

Era mozo despierto y simpático *el Susini;* había en su alma un bello fondo de bondad. Tal vez en otro ambiente, aquella bondad y aquel ingenio hubieran producido un sér útil y honrado. De ahí la queja inconsciente que entre burlas formulaba su boca. Aun dentro de su perversión, la protesta contra la injusticia social se estremecía en su alma. Las mismas plantas, cuyas semillas sembró el aire junto a charcas inmundas, protestarían de su condición enfermiza, a tener voz y gesto. Tal vez son quejas, que a voz y gesto substituyen los suspiros que da el aire en sus tallos y las contracciones que retuercen sus hojas.

—Bueno—dijo *el Susini,* encarándose con los alumnos de escritor—. ¿Qué programa se traen ustés?

— Aguardar a que sea más tarde — le contestó Alejandro —; meternos en cualquier «chuletín», y al crepúsculo, con mozas o sin ellas, pero con la mente perdida en la nebulosa del alcohol, tornar a la verbena, para beber su impresión última, para recoger las manchas de goce canalla que a tales minutos albarinos emergen de la sombra.

Los compañeros del *Susini* admiraban con la boca abierta y los ojos fuera de sus órbitas el énfasis fraseológico del señoritín melenudo.

— ¡Contra, si sabe este gachó! — dijo uno de ellos al oído del otro — . Yo me queo en ayunas cuando habla; pero ¡mia tú que se explica de buten!...

—Yo estoy achicao, jambo —respondió el otro—. No me atrevo a mover la «mui» por no meter la pata.

El Susini, más hecho a la retórica alejandrina, encogió los hombros y exclamó al terminar Nava su discurso:

— Ese programa no sirve ni pa un Guiñol del extrarradio. Mi programa se trae más cosas, y si quieren ustés verlas vénganse con nosotros, pero que ahorita mismo, en cuanto que pague este ponche y la cena.

—La cena no—dijo Tomás—. Esa la pagamos nosotros, porque la hemos pedido.

— Esa la pago yo, porque tengo aquí este Veragua — interrumpió *el Susini,* enseñando un billete de mil pesetas — y voy a gastarlo con ustés aquí y adonde nos metamos con dos cochecitos de gomas.

— ¿A qué sitio nos van a llevar esos coches?

— A las Cambroneras. Al barrio gitano; a la taberna del *Empalmao,* pa que gitanos y gitanas se harten de chocolate y nos toquen y nos bailen y nos diviertan diquiá que se caigan reondos, y al *Empalmao* se le arrematen un barril de Sanlúcar y unos embuchaos y unos perniles que tiene en su bodega a la espera de que los saquen a la luz buenos mozos con sé, con hambre y con jayeres.

— ¿Jayeres es dinero, verdad? — preguntó Alejandro.

— Cabalito — dijo un consorte del *Susini.*

— Gracias por la dádiva de ese nombre. Es el

único que no he puesto en circulación para pedir prestado. Lo emplearé en el primer caso que advenga. Por mí, a las Cambroneras: saborearemos en su propia tinta, es decir, en su piojera propia, a esa raza que, según los peritos, viene de la India, en inmediata descendencia de Siva o de Manu. En esto andan los orientalistas discordes.

— No conozco a esos puntos — repuso *el Susini* —; pero ¿se acepta el viaje?

— Por mí — dijo Tomás —, aceptado. Siempre es algo bravío que meterse en la imaginación.

— Pues alza, *Pichango,* tráete dos «manuelas» de confianza. Ahí, junto al Pilar, tienen punto *el Carrete* y *el Guirindaina.* Si están con «alquila», alíviate pa acá con ellos.

Salían del café, cuando tropezaron a Pepita, que descendía de su coche. Enterarse la Valdenebro del objeto de la excursión y querer formar parte de ella, fué uno.

— ¡No faltaría otra cosa sino que me privara del placer de ese cuadro! A ustedes me reuno; ya pueden despedir un coche; con el mío y el que se quede basta para los que hemos de ir. Tú, *Palitos,* no vienes. Una mujer entre tantos hombres hace mal avío. Te vas a tu casa. Que te acompañen éstos. Tampoco ellos tienen qué hacer en las Cambroneras; los gitanos son muy salvajes y no entran por mixtificaciones. Tomad esa «manuela», la que no nos sirve; dad una vuelta a la verbena, y hasta mañana en el «cantante». Iré por la noche; que me guarden el

cuartito de siempre. Ahí va, por si hace falta—añadió abriendo su bolsón de gamuza y entregando a *la Palitos* un billete de cien pesetas.

— Chavó — le dijo *el Pingacho* al *Susini* mientras embarcaban *la Palitos* y los caballeretes —, el bolso de la gicha es talmente el Credí.

— Pues has cuenta — respondió el preguntado — de que no tiés dengún cheque a cobrar. Esa señora es de la reunión y hay que portarse como unos cabayeros. Transmite la noticia al *Pollo* pa que no se escurra de manos.

— Nosotros cuatro — dijo Pepita, refiriéndose a ella, al *Susini,* a Tomás y a Alejandro — cabemos en mi coche. Estos dos que echen detrás con su «manuela».

—Mejor será que eche la «manuela» delante—interrumpió *el Susini* sentándose junto a la dama —. El cochero de usté, señora marquesa, no conoce estos andurriales. *El Carrete* sí los conoce; ¡como que es de la raza! ¡Tira alante, *Carrete!*

Calle de Toledo abajo hasta ganar la Ronda y esquinarla para meterse en el barrio gitano, fueron los vehículos, semialumbrados por los escasos farolillos que la Ronda salpican, a obscuras al echar por un camino en rampa que los caballos subieron penosamente, a golpe de fusta. La marquesita, en el histérico desconcierto de su imaginación, se retrotraía a los fines del siglo XVIII, juzgándose una de aquellas livianas linajudas que en compañía de artistas y abates, de toreros y chulos iban a la orilla del Manzana-

res, para darse en la Casa Puerta al disfrute de sus lascivias. No era un Pepe-Hillo el hombre que a su vera posaba; pero sí era, de creer a Alejandro, un Candelas, un trasunto del legendario bandido madrileño que llenó romances y novelas con sus estupendas hazañas; un tipo nuevo, un ejemplar desconocido en la colección varonil que había pasado por Pepita. No desaprovecharía su tropiezo con él. Aparte la novedad, el heredero de Candelas encendía la sangre a la aristócrata con el mirar gachón de sus ojos. Tampoco le pareció al *Susini* mal juego el que podía entablarse con aquella juncal señora que, repretándose contra él, le metía por las narices el perfume de exquisitas esencias.

La conocía por su fama; sabía que era capaz de todos los arrestos, y no dudó, pidiendo disculpas a la obscuridad, en dejar ir su mano al largo del asiento, hasta rozar con otra mano que por el asiento resbalaba. La mano prócer no huyó el roce de la mano ladrona, al contrario, sus dedos gatearon por la piel del bandido y una suave presión incendiaba los nervios de éste cuando hicieron alto los coches frente a la tasca cambronera.

Dos gitanos medio borrachos se acodaban en planta de oradores, frente a un jarro de vino; otro roncaba sobre un banco; una mujer de pelo cano y una moza de cara picaresca, hija y mujer del *Empalmao*, asomaron por entre una puerta vidriera al atisbo de la forastera parroquia. La gran lámpara central, pendiente del techo, no ardía. Un velón, chisporroteando

encima de la mesilla que usufructuaban los borrachos, era única luz en la taberna.

Debía ser *el Susini* parroquiano de gran respeto, porque *el Empalmao*, tras encender sin auxilio de silla, gracias a su inacabable estatura—a ella debía el mote—, la lámpara central, dijo a su cónyuge que preparara el cuarto grande, e invitó a los recién llegados a una caña de manzanilla «en pie, a la vera del mostraor, mientras aviaban lo de adentro». A más, envió a uno de los gitanos en busca de la gente que había de entretener la «juerga».

—Tó el barrio acuirá—añadió el tabernero—. A los olores del jamón y del chocolate no quean en estas Cambroneras persona bajo colcha y perro sin meneo de rabo.

El cuarto grande era mayor que la taberna; lo amueblaban una mesa larga de pino, seis frailunos sillones, un diván de reps, donde era prudente no asentar por reverencia a los parásitos que entre sus pliegues anidaban, y una docena de sillas de Vitoria. Las paredes se decoraban con anuncios de ferias y con ilustraciones de periódicos taurinos. En ellas campeaban todas las suertes del toreo y los retratos de *Frascuelo*, *Lagartijo, Guerrita,* Fuentes, *Bomba, Machaquito,* Vicente Pastor... Aparte, en marco dorado, a todo honor, sin duda por ser de la «raza», aparecía la imagen del *Gallito.*

Cubierta la mesa por blancos si no ricos manteles, puestos encima de ellos platos y cubiertos y copas, entró *el Empalmao* con seis botellas de Sanlúcar y

dos fuentes desbordantes en lonchas de jamón serrano y rajas de embuchado que acusaban el extremeño nacimiento por las cédulas de su olor.

Arribó la gitanería antes de que previnieran en la cocina el chocolate y las rebanadas de enmantecado pan. Entraron al cuarto grande los bailaores, cantaores y tocaores que habían de componer la zambra, y quedaron fuera, por orden del *Empalmao,* árbitro de la tribu, al husmeo de un zaque que el propio *Empalmao* destapó, los padres, hermanos, frutos infantiles y parientes más o menos remotos de quienes dentro aposentaran sus cuerpos de recocido barro. La hija del tabernero ocupó en la sala preferente lugar, por maestra en baile y en ciencia cantarina.

Fué pintoresco el cuadro que ofrecieron a Pepita y a sus acompañantes aquellas mujeres trajeadas de colorines y aquellos hombres vestidos con corta chaqueta y campanudo pantalón. Lucían ellas en sus moños azabachinos, peinetillas rojas, azules, anaranjadas, verdes... Mostraban ellos los carboneros tufos bajo el ala de los sombrerotes redondos. A la distracción de los convividores esforzaban el gracejo de su palabrería, el gesticuleo pícaro de sus rostros, el destaque sobre los cobres de su tez de los bravos y apasionados ojos, de las iguales y blancas dentaduras. Aseguran los zahorís, contra la opinión de los sabios, que no de la India, del Egipto proviene la gitanesca raza: a fe que mirando el grupo reunido en la taberna cambronera entrábase en ganas de concederles la razón. Arrancados parecían aquellos perfiles a las

pinturas del antiguo Egipto paternal. Ciñeran los hombres arreos de capitanes faraónicos, empuñaran arcos y flechas, y fueran trasunto de los guerreros que ayudaron en sus conquistas a los reyes de la sagrada Themis. Trajeadas las mujeres con flotadora y corta túnica, recogida sobre sus cabezas una tela de colores brillantes y puesta una flor de loto entre sus manos, fueran redivivas imágenes de las copthas que duermen el jeroglífico sueño de la muerte a la sombra de las Pirámides. Aun sin tales prendas arqueológicas, ofrecían a las pupilas un pintoresco y bravío espectáculo.

Más lo fué cuando rasguearon las guitarras y subieron al espacio los cantares «cañís», quejumbrosos, acariciantes, con dejos lascivos que finalizaban en temblor suave de caricia; con dejos dolientes que en triste suspiro remataban; con vibraciones arrogantes, donde se crispaban la amenaza y el reto. Vino después el baile, ese baile en cuyos giros la hembra parece, todo a un tiempo, entregarse en manceba y defenderse en tigre; ese paseo lujurioso que realiza la bailaora en torno a la mesa, con el busto encorvado, los cabellos descolgándole por la nuca, las manos en flexión contra el moño y los pies golpeando sobre la tarima con rítmico y sensual pataleo. Con palmadas acompañaban las gitanas música, canto y danza, con sus largas varas los gitanos, todos con sus ¡olés!, muchos con sus lágrimas; algunos desgarrándose las camisas, mesándose el cabello, retorciéndose en frenético espasmo: visión poética y salvaje, que el humo

de los cigarros envolvía como una niebla. Por entre aquella niebla chispeaba el Sanlúcar, cayendo desde las botellas a las cañas en lluvia de topacio.

Estaba próxima la aurora cuando abandonaron la taberna. Al llegar a la Plaza de la Cebada se despidieron de Pepita, no sin darle tiempo de decir al *Susini*:

— Travesía del Reloj, número ***. Es mi apeadero. El sereno se llama Antonio. Pregúntale por mí y te abrirá.



El cansancio de la gitana zambra dormía Tomás en su alcoba de la calle de los Dos Amigos, mientras Encarnación arreglaba las restantes habitaciones a golpe de zorros, pases de plumero y vaivenes de escoba.

Iba para dos meses que vivían juntos, subviniendo Tomás al gasto de la casa con el producto de sus copias, traducciones y artículos, ayudándole Encarnación con su oficio de cigarrera, que desempeñaba en el domicilio a gusto de una buena parroquia.

Hízose aquel ayuntamiento sin que ninguno de los dos pusiera en hacerlo voluntad y propósito.

Tomás, atraído por las gracias de Encarnación, no hallaba minuto para apartarse de ella cuando, a horas altas de la noche, pensaba en retornar a casa de su madre. Le retenían aquellos ojos besadores, aque-

llos brazos que a su cuello se repretaban, aquella voz mimosa que murmuraba dulcemente a su oído: «¡Aguarda un poquín, no te vayas! ¡Aguarda unos segundos más!»

No se iba; y unas noches porque ya era muy tarde, otras por dormirse contra intención, muchas por emperezarse despierto, fueron incontables las en que veló doña Dolores esperando inútilmente el regreso de suhijo.

Encarnación sentía por Tomás un afecto en nada semejante al que otros hombres le inspiraron. Hablaba el poeta un lenguaje nunca por ella a sus predilectos oído; tenía arrogancias y dignidades desconocidas por los amantes a quien ella gratis se diera. Los organilleros, torerillos, tahures y encanallados señoritos que fueron sus cortejos; los que gastaban en cafés y tabernas el dinero del querido oficial, nunca preguntaban a Encarnación dónde iba o de dónde venía, con tal de que sus idas y vueltas trajeran a sus bolsillos plata. ¿Celos del «pagano»? ¿A qué ni para qué sentirlos? Hasta oficiaban de consejeros cuando de aceptar, escoger o substituir «paganos» venía la ocasión. ¿Celos?... Por otro de su índole los sintieran los chulos. Podía quitarles el puesto, al menos partir con ellos la ganancia. Esto sí era grave y digno de represalias matonescas. ¿Lo demás?... Modos de vivir, obligaciones del oficio, cosas ante las cuales se hace la vista gorda o se encogen con indiferencia los hombros.

Tomás, ni en su lenguaje, ni en sus ideas, ni en

sus procederes tenía sombra de semejanza con aquella gentuza.

Aun recordaba Encarnación cierta noche en que, a los comienzos de sus amoríos con el mozo, fué cortejada por un ricachón y estuvo a punto de aceptar el envite y dió a Tomás del cortejo noticias.

El joven se dirigió a ella con los ojos amenazadores y los puños en alto.

— No te estrello contra la pared — dijo —, porque eres inconsciente, porque no me conoces, porque no sabes con quién tratas. No te estrello, porque no es de hombres golpear a mujeres; pero me voy de esta casa para no volver más. Acepta esos ofrecimientos, si ellos son de tu conveniencia, y haz al mismo tiempo una cosa: no te acuerdes de mí. Para menesteres tan bajos, busca otro. Ni vivo del bolsillo ajeno, ni parto la querida.

Deteniéndole por la americana; tirando de él, que al querer desasirse la arrojó por tierra de bruces, asióse Encarnación a sus piernas y gritó sollozando:

— ¡No te vayas, Tomás de mi sangre! ¡Por mi madre, no, por la tuya, que es mejor que la mía, no te desepares de mí!... ¡No haré ná, no querré ná más que lo que tú quieras, lo que me mandes tú!... ¡Pero no te vayas!... ¡Quédate! ¡Seré pa ti, pa ti solo!... ¡No me dejes, rey mío!... ¡No me abandones, entrañas de mi cuerpo!...

Fué así, entre lágrimas, entre caricias, entre apasionados balbuceos, como obtuvo su perdón aquel día. Y fué redoblando caricias y apasionamientos, de-

mostrando con hechos un cambio total de conducta, como un día tras otro apretó los lazos de la intimidad amorosa, hasta que Tomás decidió vivir en la calle de los Dos Amigos y dejar a su madre.

¡Cuánto lloró doña Dolores! Ya se lo temía, ya se lo daba por más o menos próximo el proceder de su hijo, sus nocturnas ausencias, su vivir a lo pícaro, que algunas veces le condujo al materno hogar con el cerebro embrutecido, la lengua estropajosa y el respeto desarrendado.

—¿Vas a dejar sola a tu madre?—preguntó la anciana a Tomás, al comunicarle éste su resolución de abandonar el domicilio.

—No lo atribuyas a falta de cariño. Es que, contra todo mi deseo, resulto una carga para ti. Te sacrificas por mi culpa...

—No mientas. Ten siquiera, malos o buenos, el valor de tus actos. Te marchas con esa mujer y por esa mujer. ¡Hablas de sacrificios y no temes imponerme el mayor!... ¡Dios no quiera que tornes a mi casa con la desesperación en la conciencia y con la vergüenza en el rostro! Vete y sé feliz. Estas puertas se abrirán cuando llames.

—¡Madre!...

—No hablemos más. Son cosas muy agrias las que se me vienen a la boca, y no quiero afrentarte.

Sin una lágrima, sin un llamamiento, abrió la puerta y miró partir a Tomás. Cuando éste se perdió en los tramos de la escalera, dejó caer doña Dolores el picaporte, retrocedió de espaldas hasta el gabinete,

presidido por el retrato de su esposo, y arrodillándose frente a él, exclamó:

—¡Hijo de mi vida! Le pierdo ¡y se pierde!...



Meses hacía desde entonces la tarde en que Tomás, despertando al obscurecer, se incorporó sobre su cama y gritó con voz ronca, entorpecida aún por las libaciones de la bacanal gitanesca:

—¡Encarnación!... ¡Hazme café!... ¡Calla! —dijo luego—. Es de noche. Ya no puedo ir a la casa editorial donde por recomendación de don Elías van a encargarme la traducción de esa novela. ¡Maldito Sanlúcar!... ¿Queda en el chaleco dinero?

—Dos duros.

—Pues avíate. Nos daremos el lujo de una horita de coche y de fresco. Esta alcoba es un horno. ¿Has preparado cena?

—Sí.

—Guárdala. Mañana nos servirá de almuerzo. Esta noche cenaremos por ahí. Por supuesto, en cuanto cenemos, a casita. Hay que madrugar. Tengo un artículo comprometido para *El Tábano*. Además, la novela por cuya traducción cobraré treinta duros. ¡Treinta duros! Son dos tomos de 250 páginas. Ni a perro chico me sale la cuartilla. En fin, siempre son ciento cincuenta pesetas y el nombre de uno sobre

la cubierta del libro. Eso da sus miajas de cartel. Nada, que las juergas finaron. Desde hoy, cambio total de vida.

Siempre eran iguales sus propósitos; cada vez menores sus energías para realizarlos. Todavía flotaban por su imaginación las gloriosas imágenes con que soñaba al entrar en Madrid; pero flotaban entre nieblas, más confusas, más imprecisas cada vez. Hasta encogía desdeñosamente los hombros cuando estas imágenes le dirigían interrogaciones agrias censurando su cobarde pereza.

El ambiente que rodeaba a Encarnación, al que ella, fuera parte su fidelidad amorosa, no se había substraído; al que tampoco la substrajo Tomás, envolvía a éste poco a poco; resbalando sobre su conciencia, sin ruido, se enroscaba a ella con suavidades reptilescas: labor de pulpo que desliza mimosamente sus tentáculos en la piel de la víctima para aprisionarla a traición y absorberla con sus mil hocicos-ventosa.

Durante los meses primeros de su vida en común, Tomás se apartaba poco de Encarnación, recibía en la casa con ella a sus amigotas antiguas, o formaba con éstas y con sus amantes tertulia en la taberna de la Paca. Muy de tarde en tarde concurría al Café de Lisboa para departir con sus compañeros de cenáculo; daba preferencia al *Susini* y a sus apreciables consortes. A punto del alba separábase de tan deplorables compañías, para despertar casi al anochecer, dominado por una invencible pereza, por una

repugnancia invencible también a toda labor y a todo esfuerzo.

Aquella tarde, mientras Encarnación remataba el tocado de su persona, asentó el joven frente a la mesa de trabajo, al objeto de dar fin a un artículo que la tarde última comenzara para las columnas de *El Tábano*.

— ¡Nada, que no puedo, y no puedo! — dijo tras breve lucha con las retachadas cuartillas —. Quede para mañana el artículo con sorpresa. ¡Acaba ya, mujer! Cenaremos en casa de la Paca. A última hora van *el Susini* y la Ramona. Les acompaña un cantaor de Utrera. Habrá sus miajas de jipíos y toque. Échale aguardiente al café, a ver si me saca la imbecilidad de los sesos.

IV

Alejandro Nava, Pérez Guerrero, Manuel Gaso, Antonio Halconero y los demás jóvenes que componían el cenáculo de Lisboa, estaban muy preocupados con las ausencias de Tomás y con el vivir de éste.

Bien que anduviera a ratos con golfas y hasta con sujetos de mala condición. También ellos lo hacían; pero de hacerlo ocasionalmente, a tomarlo por hábito, mediaban gran diferencia y grave perjuicio para su compañero. Les era éste muy estimado por su entendimiento, por su energía, por su audacia en las horas de prueba. Oficiaba entre ellos, no en jefe —aquel grupo de «genios» rechazaba las jefaturas—, en portabandera. ¿Es que iba a desertar? ¿Es que podían dejarle seguir por el camino que llevaba? De ningún modo. Por la gloria del cenáculo, por el bien personal de Tomás había que impedirlo.

Dispuestos a la obra se presentaron una tarde en la taberna de la Paca, donde el poeta jugaba solemnemente al mus con el marido de la dueña y con dos *groupiés,* que aguardaban la hora de entrar en sus distinguidas funciones.

Sus cortejos, dos amigos de Encarnación, charlaban con ésta y con la tabernera, entre sorbo y sorbo de café revuelto con leche.

— Chico — dijo Gaso a Tomás —, no hay excusa. Tu falta sería imperdonable. Pepita Valdenebro nos dió encargo de que te sacáramos del mismo centro de la tierra.

Se trataba de asistir a uno de los tes literarios inaugurados el mes anterior por el marquesito de Altonera, joven literato que recibía en su hotel una vez por semana a la crema del mocerío intelectual.

Vivía espléndidamente el marqués, por los caudales de su madre, y usufructuaba en el palacio de ésta un pabellón independiente, con todos los menesteres propios a una buena tertulia. Tenía la de Paquito — así se llamaba — en favor de los bohemios del cenáculo la no precisión de atavíos etiqueteros para concurrir a ella. Iba cada cual con el traje de su corriente uso — muy mal uso quiere decir —. Manuel Pérez Guerrero, so pretexto de un gran catarro, no se quitaba su gabán. Debido era el engabanamiento aquel no a catarro, a un roto de los pantalones, que dejaba al aire libre la camisa, los calzoncillos y trozos de carne nada honestos. Añádase a la franquicia indumentárica, que el marquesito trataba

a sus huéspedes con noble esplendidez. El te servía de pretexto a la presencia de exquisitos fiambres y de primates vinos. Tal que mosquitos revoloteaban los bohemios en torno a las botellas; tal que buitres se abatían contra los fiambres y los pasteles y los dulces. A la tertulia acudían, a mayor suma de alicientes, mujeres: poetisas, novelistas, articulistas, dramaturgas..., muchas, si en agraz por su fama, maduras y remaduras por sus años, pero aun apetecibles, gracias a afeites y mejunjes. Habíalas jóvenes y bellas, siquiera fuesen en minoría; tampoco faltaban actrices sin contrata, larvas de Dusse, de Bernardh, de Guerrero, que llevaban sus recitamientos de gabinete en gabinete, aguardando la hora de poderlos llevar de bastidor en bastidor. También, y en competencia con la Valdenebro, frecuentaban los tes damas de buena cepa, tan resueltas como Pepita a cualquier aventura, aunque no tuvieran, como ella, en su abono el ingenio y la originalidad. Para aquel jueves ofreció solemnemente Paquito la presencia de literatos y literatas de renombre.

Gozaba el marqués, no obstante su cuerpo musculoso, más que de Apolo, de Hércules, justa reputación de ser en todo femenino, y de formar, con su mote correspondiente, en el Gotha del androgenismo madrileño.

En oficios públicos de secretario particular y en otros oficios ocultos, según lenguas pecaminosas, acompañaba a Paquito un joven de veinte años, con cara de virgen prerrafaélica, labios pintados de car-

mín, grandes ojeras de entonaciones lirio y andares de princesa cautiva. Con Paquito vivía, y junto a él hacía los honores en la recepción semanal.

Después de todo, ¿qué importaba esto a los del cenáculo? La cuestión inmediata era pasar la tarde y atiborrarse de fiambres y vino; la cuestión mediata, que el aristócrata, sobre tener apreciable talento, desbordaba en pesetas. Su pabellón podía ser cuartel general de luchadores; su cartera, banco protector de un periódico que pensaban los bohemios fundar.

Fuera torpeza rehusar las invitaciones, y más torpeza que Tomás dejara de asistir aquel jueves: formaba parte del programa. Se había ofrecido solemnemente la lectura del primer acto de su drama *Justicias*.

A más de ello, Tomás, el orador, el retórico de la tribu, debía llevar la voz cantante en lo del periódico, el gran periódico que iba a volver patas arriba el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes. Esto lo afirmaba Halconero, empinándose sobre la punta de los pies, para acrecentar su estatura minúscula, repeinándose con la diestra su pelambre de erizo, retorciendo con la siniestra su bigotillo ralo, abriendo desmesuradamente los ojos, como si con ellos quisiera abarcar y dominar de un solo golpe pasado, presente, porvenir.

En dos amplias habitaciones destinadas a la tertulia, bajo la luz de artísticas lámparas, agrupábase buen golpe de personas cuando entraron los del cenáculo. Paquito fué a su encuentro con ambas ma-

nos extendidas. Ernestín —el particular secretario— quedó recostado en un diván, haciéndose aire con un número de la revista *Fémina*.

Allí estaban Luisita Mazini y su madre, una italiana que, a su decir, entroncaba por la línea octava o novena con los propios Aostas. La hija cultivaba la escena. Tenía grandes aptitudes de actriz, que la madre, vieja ridícula, de tirabuzones pintados en rubio y gran sombrerote adornado con plumas, esterilizaba y pervertía con lecciones, consejos y mandatos que trocaban a la hija, de puro querer describirlo todo con sus acciones y sus gestos, en pimpampunero monigote. Era lástima, porque la muchacha poseía fuerza de expresión, hermosos y dramáticos ojos y una voz grave que se adueñaba del espíritu.

Junto a Luisita estaba Federico Llaneza, violinista próximo a debutar en el Ateneo, con su rizosa cabellera, sus ojos dulces, su boquita de piñón y sus flancos de buena moza. Sus ojos, luego de contemplar dulcemente el rostro africano de Nava, bajaron púdicos al suelo, mientras las mejillas se le cubrían de sonrojos.

En un *tête-à-tête* conversaban la opulenta *Esmeralda* y Adolfo Varona, un cubano a quien su novela última, *Espasmo*, hacía ídolo de cortesanas, estudiantes y vejetes libidinosos; próximo a él asentaba «el maestro», el rey indiscutido de este género maleante que hace años se expendía en voz baja por los cafés y hoy triunfa en los escaparates y en los anuncios periodísticos.

«El maestro» retrepaba su figurilla de cráneo puntiagudo contra una butaca, y daba a la atmósfera los humos de una Águila Imperial, girando y girando en todas direcciones sus asombrados ojos. Acaso el asombro era motivado en «el maestro» por su propia contemplación, por la sorpresa que a él mismo le causaba verse en papel de personaje.

Su discípulo, más literato, cultivaba el género novelesco entonces en boga, por hacer que su nombre sonara en los periódicos, por vender mucho y sacar adelante sus obligaciones y sus vicios. Era el primero en burlarse de sus novelas, y hasta prometía a su conciencia artística, malhumorada, un cabal desagravio cuando, libre de ahogos por mérito de crecidas liquidaciones, pudiera dedicarse sin apresuramientos a escribir una obra digna de él y del respeto literario.

De ello hablaba con la hermosa *Esmeralda,* muy de veras artista, ácrata, de capricho más que de convicción, buena moza, hembra codiciable a pesar de sus cuarenta años, que llamaba ella treinta, y de su gordura, prisionera en un corsé coraza.

La Esmeralda sostenía gallardamente su renombre de gran escritora y de amadora grande. En aquel momento no relumbraban sus magníficos ojos ni sonreía su boca, deliciosamente endentada, a impulso de los ideales artísticos o humanitarios; hacíanlo admirando la imagen varonil de Varona, la línea sensual de aquel medio mulato que, inclinado sobre el brazo del *tête-à-tête*, envolvía a la escritora con sus cálidos alentares.

—El discípulo valía más que el maestro; ya esta-

ba ella hasta el moño de aquel buen señor que dejaba todos sus erotismos para la imprenta, y en la intimidad era un tímido, un poquita cosa, una novelilla, con el prólogo muy pesado y sin epílogo posible.

En el segundo gabinete revoloteaban junto a la viuda del general Mardora y sus hijas, cuatro o cinco galanes, a los cuales se reunieron López Guerrero y Nava. La tal viuda fué más generala que el difunto, hasta en lo de utilizar el servicio de los ayudantes, que ella por sí propia escogía. Sin su «Visto Bueno» no entraban cordones en la casa. Aun coqueteaba, empleando como señuelo para juventudes ansiosas, si no su cara, donde las arrugas se burlaban de bermellones y blanquetes, su busto frescachón, que siempre traía al descubierto, y sus brazos opulentos, desnudos de guante para mostrar carnes blancas y prietas. De sus hijas, una, la mayor, pequeña, muy pequeña, con ojos negros y hocico de gatita golosa, se las daba de poetisa; su género predilecto era la copla. ¡Y qué coplas las de África! Calamidad literaria mayor que la tal criatura fuera imposible hallarla. Había coleccionado sus coplas sobre las páginas de un libro que no fué preciso vender — no se hubiera vendido nunca —, porque África dedicó todos los ejemplares. No quedó escritor en España y en las dos Américas sin recibir un tomito de *Ayes* con su «envío» correspondiente. Bien es cierto que tampoco quedaron escritores de habla española a quien la joven no escribiera, antes o después de los *Ayes*, cartas donde su corazón moribundo solicitaba otro

corazón que hiciera revivir al agonizante. En las redacciones eran populares las epístolas de África. «Hoy te toca», se decían unos a otros los periodistas. «Ahí tienes carta de África.» Si el agraciado llegaba al periódico más tarde que sus compañeros, hallaba escrita sobre la epístola africana esta frase sacramental: «¡A por... corazón!» La hermana de África (llamada así porque nació en Ceuta y fué su padrino un capitán del Disciplinario) tenía por nombre Virtudes. No literateaba; pintaba palomitas y flores; tocante al resto hacía competencia a su hermana. La aventajaba en talla y en carnes, y era rubia, con hermosos ojos azules. Alrededor de estos ejemplares agrupábase la masculina juventud, dejando conversar en un ángulo del gabinete a otros jóvenes, poetas bajo su palabra de honor, y menos asiduos con las damas, aunque accionaban casi casi como ellas.

— Esperemos un poco—dijo el marquesito poniéndose de medio lado entre las dos puertas, con una mano en la cintura y la otra sobre el pecho—. Quedan amigos y amigas por venir. Me lo ofrecieron sin ambigüedades. Sobre todo Pepita y las de Fuenterrota. Ésas no faltan; Pepita quiere ser madrina del drama de Tomás. No tenga usted miedo, Avendaño; su drama, aparte el mérito, que es grande, se representará a escape si Pepita lo acoge bajo su protección. Es mucha persona y con gran mano en los «camerinos». Los papeles de mujer déjeselos usted repartir a ella: conoce a fondo a las actrices, y sabe de memoria lo que da cada una de sí.

— Ya estás murmurándome, mala pécora — exclamó Pepita, que entraba —. De acuerdo, Tomás; repartiré los papeles de mujer, con tal que Paquito, por iguales causas que yo, reparta los de hombre.

Con la Valdenebro, a quien acompañaban una cronista de trajes, peinados y sombreros en periódico de gran circulación, y un revistero de salones, entraron las de Fuenterrota, dos tituladas tan rotas de crédito como sus apellidos. Al rabo de ellas llegaron también dos señoras, filósofa la menos joven, la más joven oradora de club, ridícula caricatura de esas heroínas que bregando con todas las miserias y arrostrando todas las injusticias, proclaman con honrados ejemplos el derecho de la mujer a ser libre y consciente en sociedades fraternales e igualitarias. La contertulia de Paquito no valía gran cosa: hablaba en moderno Jesús; pero en moderna Magdalena, antes de arrepentir, vivía.

Era un fantasmón que recibía a sus amantes con bata encarnada y gorro frigio.

Media docena más de personas completaron la reunión, y tras amena parla, a la que siguieron un concierto dado por el violinista de las caderas y la representación de un monólogo, a cargo de la señorita de la madre italiana, sirvieron el te las muchachas de Fuenterrota.

Los del cenáculo, excepción de Tomás, que conversaba con Pepita, cayeron en horda sobre los vinos, sobre los emparedados, sobre los jamones de York y los embutidos mallorquines y genoveses; *razzia* hicie-

ron en ellos, sazonándolos con vasos de Jerez, de Montilla y Oporto. No daban fin sus tragaderos, castigados por el ayuno o por la bazofia tabernaria. Alejandro Nava, que había pasado mes y medio en París, del que regresó a limosna de los compatriotas, refería frente al veladorcito donde merendaba la familia Mardora, aventuras fantásticas corridas por él en la francesa capital. Estaba graciosísimo desde su retorno. Él, andaluz neto, sevillano de pura cepa, hablaba con pronunciación parisién, casi en olvido del español idioma. Sabiéndose de memoria Madrid, aparentaba ignorar el nombre de las calles.

Contaba ahora un lance que le acaeció en el Café Americano, asegurando que a los franceses les falta aquella hidalguía, aquel arresto necesarios para declarar suya a la mujer que asienta con uno y defenderla en virgen, aunque ella viva en cortesana. Así lo verificó Alejandro en París, respondiendo al quijotismo sublime de la raza.

África le oía entornando los ojos, repeinándose con sus primorosos deditos, realizando esfuerzos enormes para que se supusieran debajo de su chaquetilla agitadas curvas carnales.

— Sí — decía Alejandro —, yo estaba con algunos hombres de letras en el *Ameriquén,* cuando hubo lugar de que se acercó a nuestro cenáculo una señorita bulevardera; la invité a una consumación; nosotros hablábamos con la señorita, cuando un señor, extraño al cenáculo, se aproximó a ella y, cogiéndola por el mentón, hizo cortesía de besarla. «Esta señorita está

a mi lado — dije — y le defiendo, señor, de tocarla.» «Esta señorita es de todo el mundo», repuso. Yo, entonces, levantando el... *coment s'apelle?* — preguntó Nava cogiendo el soporte en que descansaba la tacita de te — *coment s'apelle ça?*...

— Platillo, Alejandro—contestó gravemente Pérez Guerrero.

— *Perfectamente,* platillo — repuso el orador — Levanté el platillo...

Y continuaba la narración de su aventura, terminada con un duelo a espada española, durante el cual recibió dos heridas, y su adversario una que le hizo caer redondo. «No muerto, afortunadamente», añadía Alejandro. África, alentando más fuerte, preparaba in mente una dedicatoria de su libro para el andante caballero y la inevitable cartita en demanda de corazón.

— Ese Pepe, *el Susini* de la noche del *Empalmao* — decía Pepita, que saboreaba el te de sola a solo con Tomás —, es un tipo. ¡Pues no tomó en serio la broma y quería mandar en mí como si yo fuera un quinto en instrucción!... ¡Mira que sujetarme yo! La verdad es que me aficioné a él muy de veras; cuarenta días me ha durado la fiebre; pero, hijo, salí de ella; quise volver a mis costumbres, y una noche le dije: «Esta noche te vas donde quieras; yo voy al cantante a beberme tres con *la Palitos.* Hace mes y medio que no me ve la pobre. Conque adiós, ya te avisaré un día de estos»; y me puse en pie para salir. ¡Una fiera, Tomás! Me cogió por el brazo y me gritó,

metiendo sus ojos, como dos puñales en los míos: «¿Que vas a irte? Esas danzas se remataron, pero que pa siempre. ¿Te enteraste, Pepilla?» «De que estás loco me enteré. ¡Vamos, suelta!» Y dando un tirón para desprenderme de su mano, le metí las uñas en la cara... ¡Qué guantazo, amigo!... Caí como un taco en la alfombra. Quince días he estado sin salir de mi casa, con el ojo derecho vuelto una carbonera. Mira, aquí, sobre el pómulo, aún quedan señales. Menos mal que cuando me alcé y fuí para él hecha una tigre, tuvo un arranque de hidalguía. «¡No me gusta matar mujeres! — exclamó echando atrás los puños —. Por no hacerlo salgo de aquí.» Se fué, sin mirarme, chico. Al día siguiente le envié una sortija que bien vale dos mil pesetas. ¿Sabes qué hizo? Devolvérmela con una carta, en la que escribió estos renglones: «Ni mato mujeres ni admito obsequios de *gachís*. Bien o mal, mi dinero y mis joyas soy yo quien se los gana.» ¿Qué te parece del *Susini*? A mí me ha gustado el arranque. ¿A qué negarlo? El sopapo me ha gustado también. ¡Ay!, si hubiera tropezado en mi gente a un hombre del temple del *Susini*, quizás... Lléname esa copa de Jerez, que no quiero ponerme tierna.

El diálogo fué interrumpido por una discusión artística que se ventilaba a grandes voces. Entablada al principio entre Gaso y uno de los jovenzuelos que tomaban su te en unisexual aislamiento, se generalizó entre todos los contertulios; todos hablaban, excepción hecha del maestro en pornografía novelesca, del

cultivador de la cochinada por la cochinada, quien repretándose contra el sillón que servía a sus posaderas de trono, continuó rechupando el cigarro, moviendo la cabeza puntiaguda con monotonía pendular y recorriendo el gabinetito con sus ojos llenos de asombro.

Esmeralda, África, Varona, el violinista, Gaso, Pérez Guerrero, Nava, la oradora de club, Paquito, Ernestín y los fieles del rincón solitario discutían por turno o en montón para exponer, entre teorías absurdas, entre imbéciles snobismos, ideales, tendencias, ensueños, porvenires artísticos. Sobre ellos flotaba la belleza, unas veces en reina inconmovible, en virgen solitaria, infecunda; otras, abrazada a la humanidad en hembra paridora, cuyo vientre y cuyas caderas se ensanchaban y se abultaban a impulsos de gestaciones generosas.

Tomás no estaba con los del arte por el arte; estaba con los del arte por la humanidad. No creía que el artista necesitara encastillarse en torres de marfil y ofrecerse a las multitudes como hostia en tabernáculo para ser grande y fuerte.

Afirmaba que el artista debía descender a la vida real, entrar en ella, sumarse a ella, sufrir los dolores, las angustias, las explotaciones, los odios, las brutalidades y las ignorancias de su tiempo; buscar en ellos el amor, la fraternidad, la justicia; recoger los alegatos de las víctimas, las esperanzas de los caídos, las doctrinas de los pensadores, la compleja e hirviente masa donde burbujea el porvenir, y destilarlos

en un crisol de arte, en un fuerte vaso de belleza, para brindársela a la humanidad.

Apoyaban a Avendaño *Esmeralda,* Pepita, la oradora de club, Nava, Gaso, Pérez Guerrero, Varona. Frente a ellos — excepción hecha de Paquito, que permanecía neutral — estaban África, la poetisa decadente — ¡y tan decadente! —, el revistero de salones, el cronista de modas..., la tribu entera de los jovenzuelos andrógenos. ¡Nada de ideas! Las ideas eran completamente inútiles. ¡La forma, la santa forma imponiéndose a todo, en el libro, en el drama, en el lienzo, en el papel pautado! La belleza, impasible flotando por encima de la humanidades, en diosa cruel, dejándolas marchar a la ventura o al dolor, sin prestarles su auxilio. Las humanidades pasan; la belleza persiste. Ni el bien, ni el mal, ni la justicia, ni la injusticia, deben ser preocupación del poeta. Ha de concretarse a crear un cacho, aunque sea una partícula de belleza; con esto cumple, con esto puede mirar desdeñosamente al género humano desde su torre de marfil. Por este resbaladero del arte por el arte iban deslizándose modernismos, decadentismos, androgenismos, satanismos, culteranismos, futurismos, todas las gelatinas estéticas entre cuya cola se bambolea una producción literaria sin vigor y sin medula.

En la otra banda, en la de los defensores del arte por la humanidad, discurseaban y despotricaban los apóstoles del groserismo, del incorreccionismo, del pornografismo, de mil y mil antiartísticos credos,

entre los cuales el arte naufraga, envuelto en repugnantes y fétidos salivajos de espuma. Los del cenáculo, aun sustentando opiniones diversas, convenían en que, ante todo y sobre todo, prescindiendo de escuelas, el artista debía procurar ser él, darse al público francamente, en la plenitud de su temperamento, sin querer ser este o el otro, siendo él mismo; sólo de esta forma puede alguna vez el artista hacer un gesto noble y sobrevivir a su muerte.

Entre gestos, apóstrofes, acalorados manoteos y retadoras actitudes, proseguía la discusión, más viva a cada minuto, y era lo hermoso en tal discusión que, según la fiebre aumentaba en los discutidores, según el choque de los opuestos sistemas caldeaba la atmósfera, iba ésta espesándose en su parte inferior, hasta ocultar a las criaturas humanas con sus defectos, con sus errores, con sus vicios, e iba aclarándose, transparentándose, iluminándose hacia las alturas del techo, para constituir, al influjo de los rayos eléctricos, un iris en cuya gama resplandecía el ideal.

Bajo la presión de esta atmósfera comenzó Tomás la lectura del primer acto de su drama.

Tuvo aquel acto, donde se planteaba brava e inspiradamente un hondo problema social, éxito unánime.

Aun los refractarios a las ideas del poeta, elogiaron los arranques del pensador y los bríos del diálogo.

Todo fueron bravos, aplausos, abrazos y felicitaciones. Al éxito contribuyeron mucho las botellas de Champagne que descorchó Paquito.

— Había que acabar el drama cuanto antes; el poeta no tenía perdón. ¡Ocho meses sin poner mano en la obra! Nada, para el te próximo, dentro de quince días, era inexcusable traer el acto segundo; para el te siguiente, el tercero. Pepita se encargaría de que lo leyeran y representaran a escape empresarios y cómicos.

Luisa Mazini, la actriz en proyecto, hija de la italiana, siguió con entusiasmo la lectura de la obra; en los pasajes culminantes llenábanse sus pestañas de lágrimas. Tomás vió estas lágrimas, y vió cómo en la última escena, en la situación desgarradora que la finalizaba, la frágil criatura reflejó una a una en sus ojos las emociones dolorosas de la catástrofe. Aun secaba Luisa su llanto cuando Tomás se acercó a ella para entablar un diálogo entre artístico y amoroso, que continuó después de la tertulia, porque Tomás acompañó a las señoras hasta su domicilio, juntamente con un primo hermano de la madre, el cual primo durante la velada no abrió su boca más que para comer. Echaron delante los jóvenes, y hubo de adquirir interés tal su conversación, que se citaron para continuarla a una de las rejas que en la calle del mismo nombre se abría sobre el cuarto de Luisa.

Fué una hora poética. La luz de la luna volvía las fachadas marfil; arrastrándose por el suelo como una serpiente de nácar, se retorcía entre los hierros envolviendo a los jóvenes, estrechándolos entre sus anillos de plata, con una caricia de ensueño.

Con el orgullo de su triunfo en la imaginación y

con el idealismo amoroso despierto por obra de la chiquilla soñadora, de la luna pálida y de la reja, adornada con flores, llegó Tomás a su casa de la calle de los Dos Amigos.

Al abrir la puerta, al contemplar al reflejo de una cerilla aquella habitación amueblada por otro, Tomás sintió una impresión de asco.

— ¡Gachó, creí que no venías!... ¡Yo que tú, espero a la misa del alba!—gritó Encarnación desde la cama.

V

Refrescado en sus ambiciones artísticas por la velada en que dió lectura al acto primero de su dramático poema, Tomás trabajaba en él activamente.

No lo hacía en su casa. «Entre estas paredes—exclamaba, con gran pena de Encarnación—, las ideas no acuden.» Y cogiendo lápiz y cuartillas, se encaminaba a cualquier banco del Retiro o de la Moncloa; otras veces escribía en el velador de un café; no pocas en casa de su madre, a quien, según transcurrían meses, visitaba con frecuencia mayor. Para la calle de los Dos Amigos «dejaba las traducciones, los artículos con sorpresa» y otros que bien pudieran llamarse de primera necesidad.

— En mi despacho—decía Tomás a sus amigos—me es imposible hacer nada con sentido común; su atmósfera me ahoga.

Luego, aquellas comadres que se le metían por la

puerta, el eco imbécil de sus chismes, el café tomado en comandita por Encarnación con *la Avispa* y otras chulonas... ¡Buenas musas estaban!... El fango removido por ellas salpicaba contra las cuartillas del poeta, enlodando su inspiración. Nada de torres de marfil, pero al menos un lugar donde pudiera trabajar sin estorbos.

Buscándolo, acudía a los parques poéticos de la Villa, a la mesa cafetera donde el cenáculo tertuliaba o a casa de su madre, que andaba de puntillas por las habitaciones para no distraer al hijo.

— Tal vez las visitas frecuentes de éste fueran comienzo de una total regeneración, de un retorno al hogar que locamente abandonara. Las malditas mujeres habían tenido la culpa de las locuras de Tomás. Primero Isabel con sus perfidias; luego Encarnación, que le engatusó con sus arrumacos, arrancándole del amor de la madre, ayuntándole a su vergonzoso vivir. ¡Ah, la mala pécora! ¡Bien supo engañarle! Y si fuese, aunque de humilde condición, una muchacha honesta... ¡Pero una de todos!... ¡La odiaba!... Ella, tan pronta al perdón, a la misericordia, a la disculpa de las faltas ajenas, la odiaba. A estar en sus manos, la hiciera desaparecer de este mundo.

Era el egoísmo de la madre, imponiéndose a todo, llegando a la injusticia, en su propósito de sincerar al hijo, de arrojar todas las responsabilidades de su mala conducta sobre una mujer, que si cometía algún delito era disputar a doña Dolores el amor del poeta.

Porque Encarnación amaba sinceramente a Tomás.

A los comienzos de su unión se había entregado a él, como a todos, por capricho, por simpatía carnal hacia aquel buen mozo de bigotes retorcidos y ojos claros. Más tarde le hizo entrega de su alma, a la cual ningún hombre tuvo hasta entonces la curiosidad de asomarse.

— Esto de ahora — decía Encarnación hablando con *la Avispa* — no se paece en ná a lo de antes. Tomás me ha vuelto del revés. Mi querer como mi vivir, son talmente otros. Quiero como una mujercita honrá y vivo como una mujercita honrá. Si vieras qué gusto da querer así y vivir así...

No mentía Encarnación hablando de este modo. Gustaba de aquella coexistencia con un hombre solo; de aquel ayudarle con el trabajo de sus manos, de aquellas honradas apariencias que su hogar adquiría. Quizás no fué solamente el amor quien intervino en este cambio. Tal vez ayudaron a él egoísmos confusos, afanes de una vejez tranquila, cansancio de un ir y venir tormentoso, a cuyo término se dibujaban el hospital y la fosa común.

Aun fuera más completo, más radical el cambio, de ayudar a él Tomás. Las amistades de Encarnación continuaban siendo las mismas: mozas del partido, disimuladas en su tráfico, prenderas, zurcidoras de voluntades, visitaban la vivienda de la calle de los Dos Amigos para tomar café, y jugar partidas de brisca, chismorreando de los prójimos, manchando el hogar del poeta con el relato de las aventuras en que intervenía aquella gentuza. Tomás pudo evitarlo;

hubiera bastado una advertencia suya para que Encarnación la acatara en orden. Pero Tomás, aun sintiéndose molestado por tan ruines tertulias, aun maldiciendo de ellas a solas o en los diálogos con sus amigos, las consentía sin protesta, encogiendo los hombros. Encarnación tomaba aquel ademán de hombros por un asentimiento mudo, y continuaba con las amistades y tratos a que la tenía sujeta la costumbre. No serían malos cuando el joven se los dejaba frecuentar, cuando él los frecuentaba y los compartía con ella en la taberna de la Paca y en otros lugares parejos.

¿Por ella?... ¡Lo que es por ella!... Con su casita y con su hombre hubiera tenido bastante hasta el remate de su vida. Lo demás importaba poco. Bien lo había probado dejando de frecuentar bailes, talleres de peinado, kermesses y merenderos de la Bombilla y de las Ventas.

Cuando a la mañana, en tanto que el poeta dormía, se levantaba Encarnación, y, tras lavotearse y recogerse el moño, empuñaba los zorros y la escoba para limpiar su casa, se creía la hembra más feliz de este mundo. Canturreando por lo bajo para no despertar al mozo, quitaba el polvo a los ladrillos, removía los muebles, dejaba limpios como patena los floreros de la consola, el reloj despertador de acero, las oleografías que ornamentaban las paredes, la cajita de conchas marinas, recuerdo de un viaje que hizo a las playas de Gijón, el San Antonio, frente al cual ardía siempre una lamparilla. Relucientes que-

daban los espejos, como de oro los marcos, como dadas lustre las lozas; sin manchas el palanganero; peines y cepillos sin rastro de pelambre; más blancos que el ampo de la nieve, toallas y paños de afeitar. A seguida preparaba el café a su Tomás; abría la alcoba, desentornaba la ventana, y a desayunarse con él, a despertarle primero con un beso; a ir partiendo las rebanaditas de pan y manteca, que algunas veces pasaban de sus labios a los de su amante mordidas por los dientecillos menudos.

Al finalizar el desayuno, si quería proseguir su sueño Tomás, cerraba Encarnación la ventana del dormitorio; si no, preparaba el barreño, donde con auxilio de una «manguilla», aseaba él su cuerpo; ponía la maquinilla de afeitar en su punto, y vertía contra la palangana el agua transparente del jarro. Mientras el poeta dormía o se aseaba, espumaba ella los pucheros; después, al compás de la respiración o de los plumeos de su amante, humedecía libras de tabaco, y liaba, despuntaba y cerraba los cigarrillos con la uña de acero que sus dedos ágiles revolvían con rapidez y precisión de máquina.

No necesitaba, contando con el cariño de Tomás, otras satisfacciones. Le bastaba con tenerle a su lado durante la comida; con que tornara a la noche sin copas y sin malos modos; durante el día, que procediese a voluntad, que entrara y saliera a su gusto; para eso era el hombre. ¡Eso sí!... ¡Que no anduviera con faldas más de lo corriente!... Vaya, que en una juerga y por una vez, sólo por una vez, pecara. Lo

hacen todos. Bien mirado, ni siquiera es faltar a la que espera en casa. En estos lances no entra para nada el cariño. Lo malo es cuando tras un día viene el otro; cuando en las juergas se echa mano siempre de la misma mujer. Así empiezan las cosas; a la postre se enzarzan y la de las juergas tira a la de casa por lo alto. ¡Si lo sabría Encarnación! Algunas veces fué ella la de la juerga y acabó por plantificar a la de la casa en el arroyo. ¡Ojalá nunca hubiera sido la de la juerga!... En fin, ya pasó y «pa en jamás de los jamases.» Ella sería una mujercita de bien; cumpliría con sus obligaciones y no tendría nadie que poner su cara en vergüenza y su conducta en pleito. ¡Ahora que Tomás se mirase! Buena, sí; tonta, no. Recogida andaba, pero su genio lo tenía.

El mal estaba en que, a juzgar por los indicios, alguna «deshace-matrimonios» andaba royendo su dicha. Si no, ¿cómo explicarse el desvío que Tomás desde hacía un mes la mostraba? Él no se daba cuenta, pero bien lo advertía Encarnación en las horas de intimidad. Las vivía distraído, con el pensamiento muy lejos de la mujer que apretaban sus brazos. A cenar faltaba con frecuencia; a dormir, muchas noches. Caricias, sí; buenos tratos, también; pero el desapego vibraba en la caricia, la indiferencia en el buen trato. Si la joven se quejaba de aquel desabrimiento, Tomás sonreía, asegurando entre burlas que un beso y otro beso endulzaban, que no eran por otra mujer sus afanes, que sus distracciones obedecían a los cuidados del periódico que estaba a punto

de fundarse con el dinero de Paquito. Habían tomado casa en un principal de la calle del Pez. Dos balcones al exterior; sala para la redacción; para el director un despacho, para el administrador otro, con más oficina-administración y una habitación para el conserje. Éste usaría, cuando el semanario funcionara, gorra de galones, con letras de dorado perfil. *El Rebelde* dirían las letras; *El Rebelde*, la muestra que campease entre los dos balcones; *El Rebelde*, la mampara roja; *El Rebelde*, la cabecera del periódico, y «Tomás Avendaño, director de *El Rebelde*», las tarjetas y besalamanos que en la imprenta de *El Rebelde* había encargado su rebelde organizador.

No iba a ser un semanario de poco más o menos; tenían imprenta, papel, redacción... y en la redacción mobiliario, mesas y sillas de verdad.

Pero ¿qué valían imprenta, redacción y mueblaje, frente a las ideas que iba el semanario a mantener de cara al universo? ¿Qué, frente a los hombres encargados de proclamar estas ideas y frente al caudillo de hombres tales? ¡Ya verían, ya verían los «consagrados» quiénes eran los redactores de *El Rebelde!* Por obra de sus plumas, España, el mundo en todos sus órdenes vitales, emprenderían mejores derroteros. ¡Orientar el mundo! ¿No significaba gran tarea? Pues él, Tomás, con auxilio de los del cenáculo, iba a realizarla. ¡Y se extrañaba Encarnación de que anduviera preocupado, sujeto a distracciones!

«¡Lo que son las mujeres!» — exclamaba encogiendo despectivamente los hombros; y si Encarna-

ción tras oirle contestaba con gesto receloso: «¡No es eso! Seré una ignorante, una bestia; pero yo me entiendo. No es eso», Tomás se enfurecía, renegando de la torpeza de las hembras, incapaces de entender a los grandes hombres. «¡Eres una majadera! —decía—, ¡una majadera!», y ganaba los escalones, no queriéndose confesar que su querida tenía razón, que «no era eso» lo que motivaban sus distracciones y desdenes, sino el comienzo del hastío, el primer síntoma de cansancio, la hartura iniciándose tras un año de posesión.

Tenía disculpa Tomás. No se daba exacta cuenta de lo que pasaba por él; nunca como entonces guardó fidelidad a su compañera. No podían motejarse de infidelidades sus diálogos artístico-amorosos con la niña de la italiana. Ellos no eran cortejo; eran un *sport,* un *flirt* sin consecuencias, un viajecillo de los espíritus al ideal. Algunas veces los espíritus se reclinaban contra los cojines de un beso. De ahí no pasaron las conversaciones mantenidas entre Luisa y el mozo a través de la reja. ¿Otra mujer? ¡Bah! Cuatro o cinco noches salteadas, en el espacio de dos meses, anduvo con «la decimera»; pero ello no traía malicia: cosas del alcohol y de la morena chulapa, capaz de poner incendio a un carámbano. ¿Hembras? ¿Entregarse a una hembra franca, rendidamente? Lo hizo ya una vez, y aún no cicatrizó la herida. A cosas más grandes dedicaba su empeño. Al *Rebelde* primero, después a reinar sobre las generaciones que *El Rebelde* iría modelando. ¿Encarnación?... Claro que no pen-

saba abandonarla, que era muy de su gusto; pero que no le aburriera con celos y pegoserías, que no estorbara su libertad y sus ambiciones.

Encarnación pensaba de otro modo. Las distracciones, los desabrimientos de Tomás la traían huraña, cavilosa. Indudablemente, había una mujer por medio; debía ser «la decimera». Las amigas de Encarnación, en sus visitas y en sus conversaciones, se lo daban a comprender con medias palabras compasivas. Fué *la Avispa* quien tiró de la manta.

—¡Vaya, chica, no lagrimees! — dijo deteniendo en el aire la taza de café que se iba a llevar a los labios —. La cosa no es pa tanto. En cuanto hagas punto, se acabó. Lío, hay. Vale más que te enteres, pa que en su principio lo cortes y rematen las penas y güelva ese recocío al redil. Anda de chuleo con «la decimera». ¿Estás, tú? A fin de cuentas, ná; pero la moza se las trae. Aprovechando que te has metío a monja de la perpetua adoración, la jicha se ha declarao parásita, y siempre anda encima del hombre. Lo mismo se planta en el café con los faralares de lujo y le manda recao pa que vaya a su velador, que se entra en casa de la Paca y empieza a pedir rondas de lo triple y a tirar a Tomás rentoys pa que éste se encampane en los medios y tire el derrote por ella. Una ansiosa. ¿Estás, tú?

—Estoy. Pa mí que le voy a cortar el ansia. Buena soy; en mi casa quiero estar recogía; de ella no me muevo, pa que ninguno tenga que murmurarme, pero si alguien me quita la tranquilidá y me ronda el

hombre por quien vivo, como dices tú, en monjita de la perpetua, se arremató el aguante. A ésa, aunque fuese la tigre del Retiro, le corto las uñas y la dejo más mansa que una corderita de leche. ¿Ande puedo encontrarme con esa hermosura esta noche? Pa mañana no quea.

— Pues tiés razón que te sobra. El llanto sobre el difunto. He de ir contigo, y lo que sea de ti será de mí. Conque fuera tapujos. Ocasión como esta noche, no se te ofrecerá. La «señora» se dejó decir ayer tarde en el comedor de *la Sombrerera* que hoy a la noche la esperaba en el baile *su* Tomasín, así le llama ella, y que dende el baile irían ande se les terciara. «Poco pueo — añadió — o el jambo va a ser pa mi presonita serrana, y a barrer a ese caracol que tié por concha la calle de los Dos Amigos, a esa valiente que se retiró a tiempo pa que no la echaran los mansos.» Yo le dije...

— Lo que tú dijiste lo supongo. Lo que voy a hacer esta noche, pero esta noche misma, no se lo supone ella. ¿Qué hora es? — añadió mirando hacia el reloj.

— Las diez y media. Hay tiempo; hasta las doce no está el baile en su punto. Echa otra taza de café, y sirve aguardiente mientras que yo me visto.

— Pero...

— Pero que ná; que nos vamos al baile. Antes de ir al baile, alquilamos dos capuchones en casa de *la Crista*, nos plantificamos una careta y entramos en la Zarzuela que no nos conoce la Virgen. Luego ya se verá. Pon Cazalla en mi copa. ¿Conque esas tenemos,

«decimera»? Abróchame la falda; clava en la abertura un imperdible. Ajajá. Ahora la blusa. ¿Dónde dejé la uña de hacer las cabecillas? Aquí está. El mantón... El pañuelo de la cabeza. Arremata con el peñascaró. ¿Listas? Aupa entonces.

Y dando un soplo al tubo del quinqué, ganó Encarnación con su amiga la puerta de la calle.

Había finado la mazurca y paseaban los bailarines por el ancho salón cuando entraron en la Zarzuela dos máscaras prendidas con dominós negros de seda que en lazos grana remataban; tupidas caretas encubrían sus rostros. Fueron recorriendo la sala hasta hacer alto y tomar asiento frente a un palco, donde cañeaba Tomás en compañia de Paquito, de su secretario, de algunos del cenáculo y de siete u ocho mujeres. Entre éstas se contaba «la decimera». Era mujer de pelo azabachino a gitana usanza peinado, de ojos claros, que verdeaban tras el obscuro pestañal, de labios gruesos, de pecho robusto y de quebradiza cintura. Tomás, rodeando con un brazo aquella cintura, rompió a bailar con la de los décimos cuando tocaron la habanera.

Dos galanes invitaron a las encapuchadas, aceptaron ellas la invitación y comenzaron a dar vueltas empujando a sus bailadores hacia donde estaba «la decimera» con Tomás. La más alta de las dos máscaras llegó junto a la de los décimos. De su capuchón rojo pendía un lazo blanco; la del dominó negro adelantó la diestra; de un tirón arrancó el lazo que por la espalda de «la decimera» caía, y lo ocultó con

tanta rapidez, que cuando giró aquélla su cabeza en busca de la robadora, nada pudo ver ni aun sospechar; la del dominó negro se había ocultado entre el gentío.

— ¡Vaya una gracia! — gritó «la decimera» —. Si es hombre, bueno va. Si fuese mujer, le pediría un ratito de plática, y la daría un recao pa su señora madre.

Nadie contestó al reto. A una indicación de Tomás siguió la ofendida bailando hasta que finó la habanera. Tomás fué con sus amigos al ambigú; «la decimera», a recomponerse en el tocador para reunirse después con ellos. Salió del tocador y se reunió a un grupo de mujeres en el vestíbulo que al escenario conducía. Hablando estaban del lazo violentamente arrancado a la Antonia cuando se aproximaron al grupo Encarnación y su inseparable *la Avispa*. Ya no iban disfrazadas; vestían trajecitos de calle y daban a la luz sus rostros.

— ¡Calla, chica, tú por el baile! — dijo una de las del grupo, dirigiéndose a la querida de Tomás.

— En persona. ¿Qué quieres? Alguna vez hay que echar una canita al aire. Me aburría de estar como un caracol, dentro de mi casa, y «me he acordao». ¿A ti qué te ha ocurrío, Antonia? No sé qué oí al entrar de que te habían quitao el lacito del dominó y de que te habías puesto talmente hecha una tigre.

— Cosas de mal fari. Algún guasón o alguna patosona. ¡Por supuesto, si fuera mujer y me tropezase con ella...!

— ¿Qué le harías?

— Mentarle la madre y dibujarle con las uñas una falsilla en mitá de la jeta.

— ¿De veras?

— De veritas.

— Pues aprovecha, «Tragagente». Aquí está el lazo, y yo soy quien te lo ha quitao.

Hubo una pausa durante la cual las dos mujeres se contemplaron rostro a rostro. Las demás, comprendiendo lo inevitable de aquel choque, formaron en torno de ellas círculo.

— Quien te mienta la madre soy yo — dijo la toledana —. Y yo quien lo mismo que te ha arrancao el lazo va a arrancarte a puñaos ese pelo de que presumes.

Fueron una hacia otra con los dientes apretados, los cuerpos convulsos y las manos en garra. En el vestíbulo no había más gente que el grupo de mujeres y algunos curiosos. Éstos se cruzaron de brazos, para darse el espectáculo de una pelea entre dos buenas mozas.

Fué Encarnación quien primero engarfió sus dedos en la cabellera negra de Antonia. Ésta lanzó un grito y clavó las uñas en el cuello de su rival. De un manotazo desvió Encarnación la zarpa enemiga, y arrollando brutalmente a sus dedos el moño deshecho de Antonia, acercó la cara de ésta a la suya y la escupió en plena faz, gritando:

— ¡Toma! Pa eso nos sirves a Tomás y a mí, trotacalles; pa escupidera. ¡Toma!, y ¡toma otra vez!

Los del círculo palmotearon. *La Avispa,* siguiendo a saltos las peripecias del combate, exclamaba a cada salivazo:

—¡Ahí te va, «decimera»! Ese se te ha entrao por la boca. Ciérrala bien, hijita, que pués atragantarte.

Antonia, enfurecida por el dolor y por el insulto, mordió en la cara a Encarnación; ésta, de un revés, la hizo soltar la presa. Por un momento quedaron separadas, sueltas las cabelleras, espumeantes las bocas, los ojos en desafío, los puños en frenética contracción. Sus altos pechos jadeaban.

—¡Duro, valientes!—exclamó uno de los espectadores—. ¡A ver quién se da con el espolón en la cresta!

— Yo le daré a esta descosía raposa — rugió «la decimera», poniendo mano en su bolsillo y sacándola armada de navaja.

— Eso no es de ley — gritaron algunos disponiéndose a intervenir.

— ¡Dejarla! ¡Dejarla! — gritó Encarnación con imperio —. ¡Dejarla! ¿Olvidasteis que aun me llamo *la Toledana*?

Desdeñosa, altiva, dejó venir a su rival. Alzó ésta el brazo en ademán de herir; no pudo lograrlo; las dos manos de Encarnación cayeron sobre la muñeca de la agresora, la retorcieron haciendo los huesos recrujir, y la navaja vino a tierra.

— ¡No eres quién pa matarme! — dijo *la Toleaana*—. Ven, valiente, ven — añadió, arrastrando por el pelo a su rival vencida—. A los valientes se les premia. Te voy a poner la laureá.

Y con la uña de cerrar pitillos ajustada a uno de sus dedos, dibujó una cruz de sangre en el rostro de Antonia.

— No grites — continuó, acompañando con una carcajada los ayes de su temblorosa enemiga —; no grites, porque aun falta lo principal.

De un embite la hizo caer de hinojos; le sujetó la cabeza entre sus dos rodillas, y alzándole las faldas, mostrando al público aquellas opulentas carnes, se descalzó un zapato y empezó a zamarrear reciamente sobre ellas, llevando con la mano libre el compás y contando los golpes.

Por lástima intervinieron los espectadores, por deber unos guardias y un inspector, que a los gritos de Antonia acudieron. Antonia, para atraer sobre su derrota piedad, fingía un ataque de nervios. Encarnación, en pie, caídos por la espalda sus hermosos cabellos, sonreía, enjugándose con un pañuelo la sangre que brotaban sus arañazos.

— ¿Qué has hecho? — le dijo Tomás que llegaba.

— Probar a ésa que lo mío no me lo quita nadie. Y decirte a ti que por ti soy yo capaz de tó, de lo más bueno y de lo más malo. Ahora, señor inspector, lléveme usté donde le cumpla.

Los ruegos del público y la bondad del inspector la permitieron marchar libre. Llegó a su casa acompañada de su amante.

Sugestionado Tomás por el bravo arranque de Encarnación, dominada ésta por la pasión que hacia Tomás sentía, ganaron el portal trémulos, hambrien-

tos de caricias. A obscuras, abrazados por los talles subieron la escalera, como en su primera noche de amor; igual que entonces se poseyeron bajo un rayo plateado de luna que transparentaban los vidrios de la alcoba.

VI

No fué aquella noche un resurgimiento, un retorno a las pasadas épocas. Paréntesis brevísimo fué abierto sobre la indiferencia de Tomás por una sacudida artística, por una emoción teatral extraña al amor; al término de aquel doloroso paréntesis, veía Encarnación horas más o menos largas de hastío en el corazón de su amante. Tras ellas vendría el epílogo, el apartamiento definitivo del varón.

Tomás se le iba de las manos. Estaba aún en casa de la amante, pero no estaba en el corazón de la amante, ni siquiera en el cuerpo estaba. Más de una noche (noches largas y crueles aquéllas) prensó su cuerpo contra el de él, sin que él lo advirtiera, sin que una vibración de sus nervios, un celeroso latir de su sangre respondiera a la caricia muda y desesperada de la infeliz mujer.

Le perdía. «¿Qué hacer para evitarlo?», se pre-

guntaba a cada instante Encarnación; perdida, sin rumbo en aquel naufragio de su dicha, apelaba para salvarse a los más opuestos recursos. Casi todos, a cuenta de atenuarla, agriaban la situación. Unas veces provocaba escenas celosas que desesperaban a Tomás, haciéndole huir del domicilio para regresar a él muy tarde, sombrío y regañon; otras veces era con súplicas, con sollozos mendigadores como se arrastraba a los pies de Tomás. Él, tras consolarla con frases de amor, a las que faltaba una sola cosa, el amor, concluía por encogerse de hombros y decir con brutal impaciencia: «Estás loca. ¡Cualquiera convence a una loca!... Haz por tranquilizarte; de este modo no es posible vivir, ni trabajar, ni pensar, ni nada. A ver si a mi regreso te encuentro más tranquila y pasamos una hora, media, sin escenas dramáticas y sin llantos que me llegan al corazón, pero que no tienen fundamento.» Temerosa de que celos y lágrimas acabaran de arrebatárselo, reprimía unos, enjugaba otras y le recibía en toda ocasión, aun después de largas ausencias, placenteramente, con la risa en la boca y el contento en los grandes ojos obscuros. Al despertarse Tomás, hallaba prevenida su mesa de trabajo. Mientras desayunaban le interrogaba Encarnación a propósito de su drama, de sus artículos, del periódico, de cuanto podía complacerle; luego acercaba el sillón a la mesa, venía hasta el joven trayendo la pluma entre los dientes como una perrita amaestrada, y le empujaba hacia las cuartillas, dándole con el pecho en la espalda, echándole por uno

de los hombros sus hermosos brazos desnudos. Si él, pretextando ocupaciones, salía y no aportaba por la casa hasta las horas de comer, con igual complacencia, con igual agrado que en la mañana salía a recibirle; hasta bullanguera y chistosa mostrábase durante la comida. Finada ésta, le servía el café, invitándole a quedarse, a escribir junto a ella, mientras liaba ella las ruedas de pitillos; lo mismo, si él tornaba a salir, comportábase durante la cena o a última hora en los retornos borrachos o desdeñosos de Tomás. ¡Siempre con el afecto en las sonrisas de su boca, siempre mendigando una limosna de cariño con sus ojos, donde las lágrimas, esclavas de la voluntad de su dueña, no se atrevían a salir!

Como Tomás dijera una vez, respondiendo a un «¿Por qué no te quedas a trabajar en casa?», «Es que aquí vienen tus amigas y los hombres de tus amigas y toda esa gentuza me carga», cerró a piedra y lodo sus puertas a los visitadores. Ya no había pretexto; ya podía trabajar solo. En la soledad Tomás bostezaba, y concluía por llevar a Encarnación a la taberna de la Paca o a otro parecidos lugares, donde tertuliaba «la gentuza» a quien echaba el muerto de su aversión al domicilio.

Entonces era cuando Encarnación tornaba a sus enojos y sus lágrimas; entonces cuando él salía furioso del hogar y decía encarándose con cualquier amigo, si éste le hablaba de la bondad de su querida: «Muy buena, incapaz de faltarme, la propia seriedad y la propia honradez metidas en carne toledana.

Pero insoportable, completamente insoportable. De algún tiempo acá ha dado en la flor de la celera y del lloriqueo. ¡Calcúlate qué diversión!» Y echaba camino del periódico murmurando para sus adentros: «Si esa criatura no cambia me voy a divertir. ¡Qué remedio! — añadía—. ¡Paciencia!... Es una carga que me eché encima y que no puedo arrojar sin motivo. Como buena, es buena; pero molesta, se ha vuelto muy molesta. En fin...»

Con este «En fin» prolongándose por su imaginación, llegaba Tomás a *El Rebelde*.

En el periódico respiraba a sus anchas. Sentado frente a su mesa de despacho olvidaba la casa de la calle de los Dos Amigos. Retrepándose contra el sillón, revolvía cuartillas, daba lectura a su correo, rehacía el modelo del semanario; tachaba y retachaba los párrafos del artículo-programa, escrito con seis meses de anticipación, y saboreaba una taza de café, una copita de cognac y un cigarro puro, cargados invariablemente a los gastos administrativos.

A la husma de otros cafés y de otras copas, acudían los del cenáculo. No pocas tardes se entraba por las puertas Paquito, con el secretario a la vera. Cuando ello ocurría, el cognac menudeaba entre los tertulios, los puros se convertían en brevas peseteras. A veces iba Pepita Valdenebro; entonces no eran café, copas y brevas el consumo; eran pastas, Champagne y Aguilas Imperiales, que la aristocrática golfa brindaba con esplendidez osunesca. No en balde ostentaba el de Girón entre sus apellidos.

Se hablaba de todo: de lo más serio y de lo más idículo, de lo más noble y de lo más canalla. África, la huérfana del general Mendaro, acudía a estas reuniones. Acudía sola. «Las mujeres decentes no necesitan que ninguno las acompañe», solía su madre decir. «Y las que no son decentes, tampoco», apostillaba Gaso, que estaba por aquel entonces en turno con la chiquilla de las coplas.

El periódico aparecería pronto; a fin de mes. Iba a ser un número estupendo. Rebeldía por todas partes; sin timideces, ¿eh?... Algunos artículos levantarían roncha. Un escándalo y a continuación un par de duelos; ¿qué comienzo mejor? Así verían público y no público que cuanto aquellos mozos daban al viento con sus plumas, lo sostenían con el acero o con el plomo. Para confirmarlo descollaban en las paredes dos panoplias con floretes, espadas francesas y españolas y pistolones de combate; había a más en las panoplias, coronándolas, mazas de armas y hachas del siglo XII. «Esto para recibir a los ingleses —exclamaba Pérez Guerrero—. Son armas de abordaje, e Inglaterra es un pueblo francamente marítimo. A cada cual lo suyo.»

Cuando por la noche salían del periódico, que suplantara, en razones de economía y libertad, a la tertulia de Lisboa, echaba cada redactor por su lado. Tomás dirigía sus pasos a la reja de Luisita Mazini. Allí, unas noches a obscuras, otras a los brillos lunares, eran sus ensoñamientos artísticos, ribeteados de cortejo, con la doncella de mirar triste y de

sonrisa melancólica. Interesante figura la de aquella muchacha pálida, amenazada por la tisis, para quien acaso muy pronto fuera la tumba único escenario, y el de muerta, sólo personaje posible. Asiendo por entre los hierros las manos de Tomás, hablaba la Mazini de su porvenir teatral. Veíase ya gran actriz, sugestionadora de multitudes, viviendo los tipos imaginarios del poeta tal que realidades. ¡Pues qué!, ¿la vida no ofrecía diariamente las escenas y las imágenes que los poetas ensoñaron? ¿No era un paso de Julieta y Romeo el que ella y Tomás representaban en la reja? ¿No parecía Tomás, cuando con la boca en el oído de Luisa recitaba sus versos, Petrarca trovando a su Laura? ¿No eran trasunto de Leonor y de Manrique, de Isabel y Marsilla, de la María andaluza y del castellano don Pedro?... «Vivamos en esta hora—exclamaban a dúo—el amor de esos amadores sublimes.» Y lo vivían y eran todos los grandes amadores juntos los que se besaban en su boca y se confundían en sus brazos. Extraño amorío, durante el cual ni ella amó para él, ni él para ella; amaban por otros y para otros. Ellos eran lo menos en aquel poema romántico representado por ellos a la luz de la luna.

Tarde, a punto del alba, llegaba Tomás al domicilio; acariciaba distraídamente a su compañera, y fingiéndose rendido por el trabajo o por el sueño, cerraba los ojos para ir con la imaginación lejos, muy lejos, más lejos cada noche de la mujer que al lado suyo dejaba caer, párpados abajo, lágrimas silenciosas.

VII

Faltaban tres o cuatro días para que *El Rebelde* se voceara por las calles. Fué ello en ocasión de celebrar su fiesta onomástica el acreditado *Susini,* y en ocasión también de estar próximas las fiestas organizadas en honor al casamiento del monarca constitucional que gobernaba España. Iban a acudir a la fiesta príncipes, magnates, personajes de todas las naciones, y la Policía andaba muy despierta para librar a Madrid de gente maleante.

El Susini, que había dibujado y cobrado en las dos últimas semanas tres o cuatro planos estupendos, donde la alcantarilla madrileña se ofrecía a los menos expertos tan fácil de recorrer como un salón, quiso festejar su santo a todo rumbo. Con tal propósito organizó en casa del *Chirimba,* merendero clásico de las Ventas, que por su apartamiento a toda libertad se presta, un gargantuesco banquete. Debía

de comenzar a las ocho de la mañana para concluir cuando lo decretase el mosto, y estaba invitada la nata y flor de la andante ladronería, con más tres o cuatro amigos particulares del anfitrión, entre los cuales se contaba Tomás: no pudo éste negarse al requerimiento de quien siempre le trató con respetuoso y noble afecto. No reza con los artistas—así al menos discurría Tomás—la meticulosidad en las relaciones sociales. A todas partes, y con toda gente, deben acudir, para que la vida, mostrándoles sus aspectos múltiples, vaya ofreciéndoles modelos y ensanchando el horizonte de sus inspiraciones. Acaso tuviera razón el poeta al expresarse así; acaso no la tuviese llegando a la intimidad con determinados grupos e individuos sociales. Lo cierto es que aceptó el convite, que a las diez de la mañana se apeó con Encarnación del tranvía que conduce a las Ventas, e hizo camino hacia las cuestas verdeantes que llevan al merendero del *Chirimba*.

Era espléndido aquel día primaveral, rico en azules de cielo, en rayos de sol y en tibiezas acariciadoras del aire; las hierbas campesinas formaban sobre el suelo tapiz; los árboles desbordaban en hojas y en botones; los pájaros cantaban entre el ramaje preparando sus nidos; la atmósfera, de una diafanidad purísima, ensanchaba el paisaje. Hasta el Abroñigal, acrecido en corriente por anteriores lluvias, tenía limpieza en sus cristales, y, a cuenta de hedores, enviaba al olfato los perfumes de las florecillas que pintaban sus márgenes.

Encarnación, embellecida por la dicha de ir junto a su Tomás, llamaba la atención de las gentes con los cimbreos de su cuerpo, con el brillo de sus castaños ojos y con la placentera sonrisa de su boca, abierta al amor del galán como los capullos primaverales al beso de la luz. Tomás, bien trajeado por obra de un anticipo de Paquito, con las claras pupilas chispeantes y el negro bigotillo retorciendo sus guías en gavilanes de espada matonesca, ganaba también la atención del ventil mujerío. Con palmadas, olés y buen golpe de mantones de flecos y de flamantes cordobeses tirados a sus pies para que los pisaran, fueron recibidos en el jardincillo del *Chirimba,* donde un piano de manubrio hacía prodigios en manos del *Corbata,* rey indiscutido de la organillera falange.

Acudieron al merendero en homenaje del *Susini* los más afamados personajes y «personajas» del Madrid rufianesco, y vale decir que en la fiesta, fuera parte aquellas expansiones propias a gente moza espoleada por el vino, reinó compostura hasta muy cerca de la noche. Durante el Champagne, de puro *Cordon Rouge,* descorchado a los postres de la comida meridiana, fué preciso que recitara Tomás alguna de sus composiciones: versos, naturalmente. Él, con perfecto conocimiento de su público, escogió de entre sus poesías las que al amor y al desengaño, a la venganza y a los celos cantaban en sencillas estrofas libres de arrumacos retóricos. Eran de ver aquellas mujeres de azaroso vivir llorando como Magdalenas, y aquellos inquilinos del presidio y de la horca vol-

viendo las caras, enjugándose disimuladamente las pestañas para que sus hembras no les viesen llorar...

Al levantarse de la mesa hubo para todos los gustos. El organillo del *Corbata,* para los amantes del *agarrao;* la guitarra y el cante, para los amigos de fandanguillos, malagueñas, soleares, seguidillas y tientos; el baile andaluz y gitano para los «flamencos castizos». Nada faltó a la diversión de la gente; tampoco faltó ella a lo que el respeto del *Susini* exigía. Si al advenir la noche hubo algún descarrío, culpa fué de la misma noche, que no se hizo alumbrar por la luna.

Cantando estaba *la Vaquera,* una «carterista» sin par, coplas montañesas en el salón del merendero, y de mano a mano corrían las cañas de la Manzanilla olorosa, cuando se entraron por la puerta el delegado del distrito, dos inspectores y seis individuos de la secreta ronda. Menos mal que a la puerta quedaron una pareja de la Guardia civil y un cabo del benemérito instituto.

– Lo siento mucho—dijo el delegado, encarándose con *el Susini—,* pero quien manda, manda; la juerga concluyó, y todos ustedes se vienen al Gobierno civil. Nada de resistencias, porque traerían un mal lance; nada de escurrir el bulto tampoco, porque sería inútil.

—Pero, don Graciano — interrumpió *el Susini*—, si nosotros, a la de ahora, no hacemos daño a nadie; si a la presente, que yo sepa, no hay ninguno de nosotros pringao, ¿a qué viene lo de estropearnos la broma?

—A que lo dispone el gobernador. La fiesta real es pasado mañana, y hay que poneros a recaudo. Por mí... Sólo que, ya lo dije, nada de ruegos, porque es inútil. Esta quincena ni San Pedro os la quita. Está dada la orden, y como aquí era seguro recoger a los principales, pues aquí me tenéis; andando hacia el Gobierno; juntos no, ¿eh?, divididos, sin dar escándalo; para eso he traído gente; haced el emparejado a placer. A eso no me opongo.

— Pero es — dijo *el Susini* — que hay alguien aquí que no pertenece «a la cuerda». Ese no se debe contar en el copo.

—En el Gobierno haremos el expurgo, si para ello hubiere lugar, que lo dudo. Ahora, andando. Gracias, cabo, y hasta otra; afortunadamente, no necesitamos el servicio de ustedes.

No vale decir el grave disgusto de Tomás al verse conducido, aunque fuera disimuladamente, por agentes de la secreta y con tal compañía por las calles y plazas de Madrid, que él imaginaba conquistar antes y con antes por sus méritos y por los de *El Rebelde;* junto a Tomás lloraba Encarnación, retorciéndose las muñecas, maldiciendo la hora en que se les ocurrió asistir al convite de aquel *Susini* de los diablos.

—No apurarse —murmuraba éste—; todo se arreglará; yo me encargo de poner las cosas en claro. Sí, es un fastidio que tú, Tomás, una persona decente, te veas metido en fregaos de esta clase. Por más que uno quiera, siempre perjudica a las gentes honradas

que le hacen el favor de tratarle. Ea, ya llegamos. Gracias a estos amigos, que se han portado como los ángeles, nadie ha podido sospechar que veníamas presos. Caballeros, ahí va pa unas copas, y estimando.

Ya en el Gobierno, Tomás consiguió, no sin muchas dificultades, que pasaran al gobernador civil su tarjeta. Hízole aquél subir, y tras censurar agriamente que un poeta—alguna de cuyas composiciones conocía—, un hijo de familia emparentada con personajes ministrables, se pusiera en ridículo y en peligro alternando con ladrones y mozas de cartilla—concluyó diciendo—: Ande usted con Dios, y si quiere llegar donde le llama su talento, déjese de tan ruines tratos.

—El caso es—murmuró Tomás, balbuciente, rojo como una guinda—, el caso es, señor gobernador, que no estaba solo; conmigo viene una mujer...

—¿De las del oficio del *Susini*?

—No, señor—contestó al delegado—. Es *la Toledana*. En otro oficio anduvo antes de hoy; pero de ladrona nunca fué pregonada. Ahora vive con este caballero.

—¡También esas! Pues ello es peor, amiguito. Ande con cuidado; por ahí sólo a malas partes se va. ¡Juventud!, ¡juventud!... Que la suelten, Fernández. Usted vuelva por aquí cuando guste, pero no del brazo del *Susini*.

Tomás salió a tropezones del despacho de su excelencia. Al entrar en los sótanos del Gobierno para

recoger a Encarnación, *el Susini* le apretó cordialmente la mano y murmuró en su oído:

—Vale más que te dejes de ciertas amistades, hasta de la mía. Me dolerá si la dejas, porque te aprecio bien. Pero con nosotros... Vaya, que es mala faena ir con nosotros... Llega una vez en que la red te coge; metes la cabeza por sus mallas, y allí te quedas y no sales.

En toda la noche no pudo dormirse Tomás, si bien lo aparentaba para evitar diálogos con Encarnación, que tampoco dormía. Iba el pensamiento del joven por la bochornosa aventura de casa del *Chirimba*, por su paseo a través de Madrid como un criminal, entre agentes de la ronda secreta, por su entrevista con el gobernador y por los consejos que de éste recibiera, ratificados en la despedida del *Susini*.

Indudablemente, siguiendo el camino que llevaba, sólo a su completa perdición llegaría. Menos mal que en su roce con ladrones y prostitutas y tahures no llegó a perder la honradez, gracias a una dignidad, a una conciencia previas del bien, que le sacaban a flote en los momentos de peligro. Pero si no se había deshonrado, se había encanallado. Precisábale variar de existencia, so pena de que su encanallamiento, hasta entonces superficial, se le entrase en la medula del espíritu. ¡Variar de existencia! Al objeto de realizarlo, era preciso concluir con todo lo presente, ¡con todo!... En aquel todo entraba Encarnación, principalmente Encarnación. Antes de convivir con ella no anduvo tan encharcado en los bajos fondos. Unía-

se a la gentuza maleante, pero de raro en raro, por capricho, por aventura, por azar. Después volvía a su centro, a sus camaradas, a su bohemia artística, a su noble vagabundeo en torno de la gloria. ¡Cuán distinta aquella bohemia a la vivida de un año para entonces! El accidente se había hecho esencial, accidental la esencia. Veía a sus compañeros de ambición literaria muy de tarde en tarde; muy de tarde en tarde volvía a sus faenas literarias. En cambio, por una u otra causa, siempre andaba reunido con hampones de todas calañas. ¿Cómo no, si en su vivienda entraban a diario ellos y ellas, como amigos que eran de Encarnación, y si como a tales amigos veíase forzado a tratarlos? Eran el medio, el ambiente quienes tiraban de él. ¡Gracias a que vino a tiempo *El Rebelde* para cautivar sus energías y apartarle, a medias, del mal paso! Había que apartarse definitivamente, como fuera y contra quien fuera.

Pero, ¿y Encarnación?... ¡Maldita hora la en que hizo compromiso formal lo que debió ser pasatiempo!... El caso era que ya... ¡Así se crean los conflictos. Fuera romanticismos, la verdad estaba en que él no abrió las puertas del goce a su querida. Por el mundo andaba ésta cuando se tropezaron. Se fué con él como se pudiera ir con otro. Si su conducta, tocante a fidelidad, no permitía quejas desde aquella primera noche, quizás fuese porque todavía le duraba el capricho. Estas mujeres son así. Al cabo les viene un mal minuto; surge otro hombre que

les agrada más; levantan el vuelo y se alejan. ¿Podría él quejarse si le dejara Encarnación? Sentirlo, acaso. Quejarse, de ninguna manera. Estaba en su derecho, como lo estaría él si realizaba lo propio. No obstante... El golpe era muy duro. Ella no le daba motivo... ¿Qué resolver?... ¿Cómo resolver?... ¡Pícara voluntad!; porque en su falta de voluntad estribaba la no solución del problema. Y el caso era apremiante; no fué mal aviso el que le dieron en casa del *Chirimba*. Otro resbalón como aquél, y hombre al agua. Menos mal que no se hizo público. Si se hace, buena autoridad hubiera logrado ante la opinión aquel *Rebelde*, dirigido por él, que iba a regenerar el mundo. ¡Con tres días que faltaban para darlo a la venta! Hasta *el Susmi* le abrió de par en par los ojos en la cueva donde no se veía gota. De allí y por los labios de un bandido salió el rayo de luz que le marcaba derrotero. ¿Iba a desperdiciarlo?, ¿a ir nuevamente a tentones por las tinieblas?

Tomás se revolvía en la cama desasosegado, nervioso; cuando su cuerpo tropezaba con el de Encarnación, sentía un erizamiento en la piel; no era deseo, era algo que, sin llegar a la repulsión, rebasaba el desvío y se aproximaba a la lástima. Una vez entreabrió los ojos; a la luz de la lamparilla ardiente al pie del San Antonio, vió los ojos de Encarnación fijos de par en par en él.

Se levantó pronto con el ceño fruncido y los párpados acardenalados; vistióse de prisa y, sin tomar el desayuno que le ofrecía Encarnación, con sonrisa

donde se crispaba la pena, le dijo tartamudeando, sin atreverse a alzar la mirada de sobre los ladrillos:

—A almorzar no me esperes; lo haré hoy en casa de mi madre; ha días no aporto por allí. Después iré al periódico; su próxima aparición no me deja hora libre. Lo probable será que no venga a comer... Si no vengo a tiempo... No me aguardes; come cuando te dé la gana. No regresaré hasta la noche. Eso sí, lo haré lo más pronto que pueda. Adiós.

Y poniendo en labios de su querida un beso muy largo, que, devuelto por ella, metiósele como un remordimiento en el alma, abrió la puerta y tomó escaleras abajo.

Desde la puerta le miró Encarnación ganar el primer tramo; después se inclinó sobre la barandilla para acompañarle en su camino hacia el portal; abrió luego el balcón, y siguió al joven por todo el largo de la calle; al verle desaparecer retrocedió andando de espaldas y se arrojó contra la mesa, rompiendo en sollozos, hundiendo entre sus brazos la cara, llorando en anchos lagrimones que caían como gotas de lumbre sobre sus manos de marfil.

Al entrar en casa de su madre, Tomás halló a ésta angustiada, presa de inquietud. Ya conocía la mala aventura de su hijo. Informado del suceso por la autoridad gubernativa, el personaje político, pariente de la anciana, la llamó a su despacho y le pronunció un largo discurso censurando la torpe conducta de Tomás y la flaqueza de Dolores, que a tal conducta no ponía remedio. Era el pariente tan corto en pro-

tecciones como largo en consejos. Según él, de la cueva del Gobierno civil a un presidio sólo había para Tomás un paso. Advertido estaba; que diera el paso, si la advertencia no producía efecto, pero que no contara como la otra vez con su ayuda. El personaje podía intervenir en auxilio de una calaverada, nunca en auxilio de un vivir infamante. Lo primero tiene disculpa; lo segundo no; al menos él no pensaba dársela. ¡Que Tomás tuviera en cuenta su rango, y por respeto a la memoria de su padre no arrastrara su apellido por las mesas de las tabernas, por los divanes de las mancebías, por las saturnales de Monipodio! La frase última pareció al grande hombre de perlas, y con ella cerró el discurso.

— Hijo mío — sollozaba doña Dolores, asentada con Tomás frente al retrato del esposo —, abandona esa desdichada existencia; deja a esa mujer, que no te quiere. No, no te quiere. ¡Ella es quien te arrastra!, ¡quien te lleva a la perdición! ¡Es mala; no ha de serlo! ¡Ah, maldita, maldita!... Bien se aprovecha de tu falta de voluntad. ¡Te mete por los ojos su figura de buena moza, te seduce con ella, y allá vas tú donde ella te quiere llevar, donde te llevará si no rompes de una vez para siempre, si no haces caso de esta vieja que no tiene otro amor, ni otro afán, ni otras esperanzas que tú! ¡La odio; nunca me creí capaz de odiar, pero la odio; la odio porque es mala, lo repito, muy mala, tanto como serías bueno tú si esa pícara no se pusiera en tu camino! Hazlo, Tomás — repetía la anciana —. ¡Hazlo por mí, hazlo siquiera

por ese hombre que desde aquel marco nos mira y con sus ojos puestos en nosotros lo pide!...

Hubo una pausa que llenaron los suspiros y los sollozos de la anciana. Tomás, con los párpados enrojecidos, clavó su vista en el retrato. Allí estaba el padre, joven aún, en gallarda apostura, luciendo la cruz laureada en su chaquetilla de húsar, cordoneada de oro; su mano derecha, calzada por el guante, apoyábase en la cintura; su izquierda, desnuda, apretaba el puño del acero; las áureas espuelas parecían retemblar contra los charoles de la bota; el dormán le colgaba del hombro; en la destocada cabeza se acaracolaba el negro pelo; relucían los ojos bravos; el bigote retorcía sus fieras puntas en dirección del pómulo, y la perilla se erizaba sobre un mentón enérgico.

¿Qué hubiera dicho el altivo hidalgo, el heroico guerreador, del hijo que abandonaba a su madre y enfangaba su nombre en las más ruines y más despreciables empresas? ¿Qué hubiera dicho? ¡Pues qué!, ¿no lo decían claro sus pupilas enérgicas clavándose tercamente en Tomás?

Éste, deslizándose del diván, cayó ante su madre de rodillas; hundió entre sus rodillas la frente, y dijo con voz trémula:

— Por él lo pides, y por él y por ti lo haré. Esto se terminó.

Hizo camino a la redacción de *El Rebelde* con la frente erguida, las pupilas desafiantes, el paso firme y altanero. Estaba satisfecho de su gran voluntad.

El joven no sabía, al menos conveníale entonces no saberlo, que en estas separaciones de amantes empieza la voluntad cuando fina el amor.

A la tarde, luego de comer en su despacho del periódico, Tomás escribió a Encarnación.

No andaba mal la carta de retórica; ¡así anduviera de lealtades!... «Él no se debía a sí propio. Se debía a su porvenir. La madre anciana reclamaba el apoyo del hijo; el porvenir huiría de él si rompiendo por todo no acudía bravamente a su encuentro. ¿Amarla? La amaba como siempre. A poder, no la dejaría, pero aun no podía llevarla en alto por el mundo. Aquello no era una separación, era un compás de espera. Ahora necesitaba ir solo. De no hacerlo se hundirían los dos. Más adelante volvería a buscarla.» Un cobarde «perdóname» y un pérfido «tuyo a pesar de todo» terminaron la carta.

Al salir de la redacción, Tomás, sacudiendo los hombros como quien concluye de arrojar por tierra un gran peso, se encaminó hacia la calle de las Rejas.

La de Luisa, cuyo antepecho era franqueable, corrió aquella noche sus guardas; por el hueco libre saltó Tomás al gabinete.

Julieta y Romeo no escucharon los trinares del ruiseñor. Fué una codorniz quien les anunció el día.

SEGUNDA PARTE

I

La carta de Tomás fué para Encarnación como un mazazo en la cabeza. Por largo tiempo permaneció inmóvil, con los codos sobre la mesa, la frente entre los puños y los ojos clavados en el cacho de papel que le traía su desgracia. No lloró. Sus párpados permanecían secos, agitados por un temblor apenas perceptible; su piel había adquirido livideces mortuorias; por cima de sus labios se extendía una costra negra: el fuego de la fiebre que los acarbonaba. Al cabo de tan cruel silencio comenzó a silabear, a deletrear el escrito; luego rompió la carta en cachos menudos, muy menudos; los amontonó sobre el hule, los estrujó con sus dos manos, y, apretando éstas contra su corazón, rompió en desgarradores sollozos.

Con miradas de loca recorrió el comedor. Cada

mueble, cada utensilio despertaba en ella un recuerdo.

Frente a aquella mesa asentaban los dos con las sillas muy juntas, casi pegadas la una a la otra, al comienzo de sus amores. Frente a ella compartían la modesta pitanza, alegrándola con sus risas, sazonándola con sus besos. Más adelante las sillas se apartaron un poco, los besos dejaron de sonar, las risas se trocaron en frases duras, en acentos de mal humor. ¿Qué importaba estando allí Tomás? ¿Qué importaba su ausencia en esta comida o en la otra? Al fin y a la postre había de volver. Ahora no volvería. Allí estaba su vaso, el vaso donde algunas veces bebieron los dos por el mismo punto del borde, para que sus labios se acariciaran contra el vidrio. La de Tomás era una tacita de porcelana con dibujos dorados, que descollaba al centro del trinchero; por un cajón de éste asomaba el pico de su servilleta, prisionera en una anilla de metal; el lienzo ostentaba dos o tres manchitas obscuras, rastros de café que dejaron los labios del amante. Encarnación besó aquellas manchas.

Desde el comedor fué a la sala, convertida por ellos en despacho y taller, todo a un tiempo. Sobre la mesita de nogal negreaba el tintero, relucían las plumas, abríanse formando abanico las cuartillas. En una de ellas se leía esta frase, principio de una composición poética:

Amor, cuando el hastío en ti mete su garra,
es la herida mortal.....

Un borrón de tinta, una tachadura nerviosa, cubría las palabras finalizadoras del verso. Al leerlo en voz baja, creyó la mujer que una mano invisible iba escribiéndolo contra su corazón, y que la propia mano dejaba caer en éste el borrón y marcaba la tachadura; sólo que el borrón era sangre, y la tachadura estaba hecha a filo de puñal. Abrió los cajones. No había nada en ellos. Dramas, capítulos de novela, poesías, artículos..., todo huyó con Tomás. Eran su porvenir, y el porvenir se iba con él. Solamente quedaban los dos versos escritos sobre la cuartilla como una inscripción funeraria, como un brutal *requiescat*.

Quedaba también el veladorcito donde cumplía Encarnación sus oficios de cigarrerra. Próxima a la caja de tabaco y los librillos de papel de fumar resplandecía la puntiaguda uña de acero. Ella marcó con una cruz de sangre el rostro de «la decimera». ¡Pobre Antonia!... ¿A qué y para qué tal venganza?... ¡No se lo había arrebatado ella; se lo arrebataba el hastío, la falta de amor, fraseada por la cuartilla del borrón ancho y de la tachadura brusca!...

Al entrar en la alcoba, al contemplar las revueltas ropas del lecho, fué un solo grito, una convulsión única, los que sacudieron cuerpo y alma de Encarnación. Con andar borracho, tacteando la atmósfera, tal que si sufriese ceguera, avanzó sobre los ladrillos y dió contra las almohadas, de bruces. Hundido el rostro en ellas, mordiendo las puntillas ásperas, pronunciando una vez y otra y otra el nombre de Tomás, estuvo, sin darse cuenta de las horas, de las lágri-

mas, que mojaban los lienzos; de los desgarrones que sus dientes hacían en aquellos cojines donde se marcaba aún, con leve y sensual hundimiento, el dibujo de las cabezas que sobre ellos se acariciaron.

El tintín de la campanilla la hizo incorporarse. Quedó unos segundos inmóvil, preguntándose para los adentros de su alma: ¿Será él? ¿Se habrá arrepentido y volverá? Era la esperanza última. En su anhelo de prolongarla, de creer, de aguardar, un instante siquiera, la vuelta de su dicha, la infeliz criatura no se atrevía a hacer movimiento, a alzarse totalmente, a enderezar a la puerta sus pasos. Otro campanillazo más fuerte, más prolongado que el primero, la empujó hacia el pasillo. Iba muy despacio, interrogando al más allá de aquella puerta con ansiedad trágica que, a ser vista, hubiera producido espanto.

Era *la Avispa* quien llamaba.

—¿Estabas dormida? — preguntó —. Pues, hija, ya es hora de despegar los ojos. Ahorita mismo, cuando pasé bajo ella, ha caído la bola de la Puerta del Sol. Volvería a las mil ése granuja de Tomás y...

— Tomás no vuelve.

— ¿Que no vuelve?

— Entre nosotros todo se arremató.

— Lo mismo que otras veces.

— Igual que esta sola. Veces como ésta sólo hay una.

— Pero ¿qué fué, muchacha?

— ¿Qué va a ser? Lo de siempre, cuando un hombre se cansa de una mujer, o una mujer de un hom-

bre, o se cansan los dos a un tiempo: tira cada cual por su lao, y hasta que se junten los defuntos. Esto es lo que hay; si te parece poco, echa y que se derrame.

Encarnación hablaba sonriendo, con los ojos sin lágrimas, con las manos puestas en la cintura. No quería mostrar su pena. Su orgullo de mujer, su despecho de buena moza abandonada, le daban fuerzas para fingir y mostrarse tranquila, casi casi risueña.

— ¡Pues qué!, ¿voy a desesperarme? — añadía contestando a preguntas de *la Avispa* –. No, hija. Entodavía no soy vieja; no estoy pa que se me coman los perros. ¿Se marcha? Vaya en paz y la Madalena le guíe. Ya se sabe, entre nosotras, entre las mujeres como nosotras, estas cosas no pueden ser eternas. No somos señoritas honrás, pa pretender que un hombre se nos rejunte de por vía. Nosotras somos de la calle; hacemos una paraíta, si se tercia, y luego a la calle otra vez, a patear por ella, echándonos el mundo a la espalda.

— Eso he pensao y te he dicho yo siempre. Sólo que tú me has respondío tamién siempre, dende que topaste a Tomás, tan de una otra manera, que llegué a imaginarme, pues, lo que me decías tú, que te habías vuelto toíta del revés y que habías hecho punto final.

— ¡Punto final! Cuando a una la entierran hace el punto. Ya ves: pa horas va que esto se arrematό, y me siento la misma de antes. Es que lo lleva una en la sangre. A lo mejor salta la liebre, y no hay galgo que le dé alcance. Así habrá dicho él; quizá lleve

razón. Pué que sin darme cuenta estuviera yo pensando lo mismo. Por el pronto, bien me ves, y lo puedes certificar. Tan tranquila como si ná estoy, y sólo hace horas. Cuando pasen días, ¿qué será?

— Ahí tiés mi duda, que solamente hace horas. Como hiciera meses, sería otro cantar. Cuando hace horas, la misma rabia, los propios achares que siente una, a una misma la engañan, y ríe una, y se divierte una, sobre tó cuando hay gente delante. Después vienen las lágrimas y las desesperaciones, y el buscar al que se marchó y el pedirle por toas las vírgenes que vuelva.

— Yo no pido limosna, *Avispa.* Se fué; vaya en paz; será su conveniencia o su gusto. Avía café en tan y mientras le pongo dos letras contestando a la carta en que me da los pasaportes. El portero la llevará a su casa; después veremos lo que se determina. Al despacho voy. Ahí tiés la cafetera, el infiernillo y la caja de fósforos. Sólo quedan media docena. No hay pa envenenarse. En el cajón está el café; el aguardiente, por si quiés echarte una mientras el agua hierve, dentro lo tiés del armario.

Frente a la mesita de nogal asentó Encarnación. Sujeta la pluma entre los dedos, puestos en el techo los ojos estuvo por algunos instantes. Resbaló por entre sus dedos la pluma, se nublaron sus ojos, buscó su cabeza sostén contra las palmas de las manos, y el pasado fué desfilando, escena a escena, por su enfebrecida memoria.

Veíase niña, a la conclusión del destete, revolcán-

dose como una gatita o andando a cuatro pies, en postura de falderillo, por entre las cestas de hortalizas que en la plaza del Zocodover revendía su madre, una hembra juncal, borracha como un zaque y brava como una jabalina. Algunas veces llegaba al puesto ambulante o se entraba por el casuco maternal un sargento, amante preferido entonces de quien siempre por docenas los tuvo. Al sargento atribuía la verdulera la paternidad de Encarnación. El militar, nada seguro, y bien hacía, de tal hija, ocupábase de ella poco, y no muy mucho de su madre. Cumplido su empeño, tomó el camino de la tierra andaluza y no volvió a saberse de él.

Poco importó a la verdulera aquel desengaño. Estaba hecha a darlos y recibirlos con frecuencia. Acaso en el de ahora se anticipó al sargento minutos, puesto que a los dos días andaba ella de merendona y de copeo por junto al baño de la famosa Cava, imitando la fragilidad legendaria de ésta, con un don Rodrigo que llegaba del presidio de Ocaña y tenía *Malasangre* por remoquete.

No era el mote capricho; título fué ganado en brillantes justas de infamia por aquel miserable. Unida a él tomó la verdulera el tren de Madrid. En Madrid y en una zahurda situada por los bajos del segoviano puente presenció Encarnación escenas de vergonzoso desenfreno, riñas brutales, a cuyo término, la mujer, cubierta de sangre y cardenales, y el hombre, llena de arañazos la cara, concluían por abrazarse como tigres, que a zarpazos estimulan el celo, y salían

juntos para volver a horas muy altas de la noche borrachos, bestiales, dando traspiés y llamando al sueño con blasfemias.

Entre aquellas dos fieras se crió Encarnación. Si el macho, por obra de sus fechorías, ingresaba en la cárcel, la hembra ayudaba a la manutención y cómoda estancia del preso con el comercio de hortalizas y con la reventa de su propia persona, aun codiciable para arrieros, mozos de carne y desgarramondongos. Así llegó la niña a moza, ayudando al gasto de la casa con su oficio de verdulera trotacalles que por los frentes de la plaza de la Cebada y sus alrededores iba a voz en cuello pregonando «lechugas frescas», «rabanitos tiernos» y «ajos mollares». Su madre natural y su padre postizo apenas si se ocupaban de ella. Al cumplir los trece años ya sabía teóricamente cuanto saber puede una hembra perdida; a los catorce volvió la teoría práctica en brazos de un chulo, entre organillero y ladrón, que, tras breve cortejo, la hizo una mañana dejar el cestillo de rábanos en el rincón de una taberna para conducirla a cierta casa con farol enrejado que a peseta pareja se abre en la calle de la Ruda.

Ni sus padres volvieron a acordarse de ella, ni ella de sus padres. Durante un mes prosiguió ejerciendo su oficio. Esperaba a su hombre para comer en cualquier bodegón, o iba con él de juerga, si él realizaba algún «negocio». Pocos y malos eran; por regla general, subvenía Encarnación a la pitanza y pagaba la alcoba traslaticia. Al cabo de un mes, con pretexto

de que tan mala y pícara existencia no debía seguir, el galán condujo a la muchacha a casa de una doña Gregoria que en carne moza traficaba. «Aquí viviremos mejor—afirmó a la joven el pícaro—. Bien manteníos, bien jaleaos y sin pensar en huespederías. No nos faltarán los Alfonsos. A la madrugá quedas libre, y ya, si nos cumple, hasta mediodía no nos tenemos que apartar. Hazte cuenta que «lo otro» es la oficina. Más frío y más hambre y más ducas pasarías vendiendo ristras de ajo. De mó que te queas aquí. Doña Gregoria da dos onzas: treinta y dos varés, ¿sabes? Yo te los guardaré; aquí hay mujeres rematás; tu eres una primache y podrían afanarte la luz.»

La muchacha asintió. Aquello resultaba muy natural para ella, hecha, desde antes de unir sílabas con sus labios, a presenciar hazañas y tratos peores. El galán embolsilló las onzas, volvió la espalda a su querida, hizo un guiño a doña Gregoria, bajó las escaleras silbando una machicha, y no volvió más a la casa.

De consolar y de pervertir radicalmente a Encarnación se encargaron sus compañeras y la dueña del establecimiento. Pronto fué una de tantas; no muy tarde ganó entre las del gremio puesto honorífico por su belleza, por su gracia, por su gancho para los hombres y por su indómita bravura. Más de una cara había cortada por la hoja de su cortaplumas de nácar; más de un rostro acardenalado por el vergajillo que bajo el delantal guardaba; más de un moño repelado por sus dedos ágiles; más de un cutis falsilleado por

sus uñas. Respecto a insultos y sarcasmos, no se hable. Alguno de ellos quedó grabado como infamatoria y perenne sentencia en el código de la chulapería andante. «Es mucha mujer *la Toledana*», decían las del gremio.

Tan varios atractivos proporcionaron a Encarnación gran parroquia y corte mayor de admiradores. Doña Gregoria la quería «como una madre». «No una huéspeda; era su propia hija, su otra mano.» En lo último decía verdad, porque con una mano cogía doña Gregoria los puñados de duros y los billetes del Banco de España que con otra mano le alargaba *la Toledana*.

Cuando con el moño lleno de horquillones de concha, el pañuelo de seda caído contra la nuca, el mantón de alfombra o de flecos ceñido al cuerpo y la airosa falda de seda columpiando sobre los zapatos de charol, subía Encarnación camino del Madrid señorito por las cuestas del barrio bajo, llovían sobre ella los requiebros; y no cesaban, aumentaban al desembocar la moza en la Puerta del Sol. Un día se tropezó en ella con su madre. Iba ésta borracha, con el pelo en rebujo, la tundida carnaza asomando por los desgarros del corpiño, y las rotas medias mostrándose por los agujeros del zapato.

—¡Hija de mi alma!—exclamó la del *Malasangre*, dirigiéndose a la buena moza con los brazos abiertos—. ¿De ande sales tú, flor de mayo?

—De una casa mejor que la de usté, con ser de tó el que llama a ella. Apártese unas miajas, madre, que

vuelca el tufazo que trae a amílico y debe usté llevar reznos en la ropa.

—¡La miseria, hija, la miseria, que es una recocía ladrona! *Malasangre* está preso; yo... Ya me ves.

—Ya la veo a usté dibujando eses con las patas en el asfalto. Ahí van cinco duros, y largo, que la gente hace corro. Claro; parecemos talmente una escena del cine.

Su fama la hizo subir en rango. De casa de doña Gregoria, donde concurrían tratantes, abastecedores, mercaderes de los pueblos próximos a Madrid, gente rica, pero vestida y educada al uso popular, fué a otra casa de más alcurnia. A ésta acudían señorones de gran respeto y posición. Las habitaciones estaban amuebladas con lujo estrepitoso; las alcobas parecían de cuento de hadas. No siendo Jerez, Manzanilla y Champagne de marca, no se servían vinos; las cenas se traían del Casino de la Gran Peña... por lo menos de Fornos. La tarifa mínima era un billete, es decir, cien pesetas; los billetes chicos no contaban. A la dueña la veían solamente sus íntimos, y aun a éstos los recibía en trono, en reina gordinflona cubierta de pedrerías, terciopelos y encajes. El buen tono imperaba. Hasta «los chulos» debían vestir y proceder como señoritos. De no, se les cerraba el paso y sólo se avistaban con las sacerdotisas a la parte afuera del templo.

En aquel templo tuvo Encarnación que modificar su indumentaria, cambiando el clásico pañuelo de seda por sombrerotes de flores y de plumas; el man-

tón de alfombra o Manila, por abrigos de terciopelo y raso; el peinado flamenco, por otros a la francesa moda; la falda lisa y manolesca, por faldas llenas de cintajos y adornos. En joyería también fueron obligadas las modificaciones. Las orlas grandotas, de dobletes y piedras llamativas, aunque de ínfima condieión, no encajaban con el gusto de los señorones frecuentadores de la casa, gente hecha a lo bueno y a distinguir lo aparatoso de lo fino. Brillantes que competían con las gotas de agua, sobre monturas invisibles; perlas de perfecto dibujo; esmeraldas y rubíes de inmaculada transparencia; collares relucientes como astros sobre los descotes de morena o rosada piel: éstas eran las joyas y arreos que habían de gastar las pupilas de *la Marquesa.*

Con ellos estaba encantadora la de las riberas del Tajo. Tan lo estaba, que un titulado, ya maduro, asiduo tertulio del local, enamoróse de ella, y previo un montón de billetes, que *la Marquesa* guardó en su arca de caudales, instaló a Encarnación en un hotelito inmediato a la Castellana, y puso a sus órdenes media docena de criados, un coche, dos caballos ingleses, y un automóvil de 40 por hora; sobre sus almohadones atravesó muchas veces la hija presunta del sargento las calles y los paseos públicos mostrando por entre cristales su carilla graciosa enlucida por los negros y chispeantes ojos.

Poco duró aquel su vivir a lo dama. No le daba por ahí el naipe. El *chauffeur,* mozo de bigotazos negros, fué ascendido a amo y señor por *la Toledana,*

sin respeto del aristócrata; éste, nada romántico y nada sufrido tampoco, se encogió de hombros al saber la noticia, puso al *chauffeur* y a Encarnación de patitas en el arroyo, y volvió a ocupar sitio preferente en el gabinete de *la Marquesa.*

Duró poco el *chauffeur.* No estaba Encarnación por mantener a un gandulazo que se negaba a trabajar y gastaba los duros de ella con otras buenas mozas; menos estaba por sujetarse nuevamente a doñas Gregorias y a *Marquesas.* Con sus ahorros y la venta de sus alhajas alquiló un pisito muy mono en la calle de los Tres Peces; y siguió rodando la vida, unas veces en auge, otras a maltraer, pero siempre con franca independencia.

Así fué pasando de éste en aquel mantenedor, de uno en otro amante gratuito; así presumía por tabernas y colmados y bailes, hasta que en uno de ellos se tropezó a Tomás y se prendó de él con amor verdadero.

¡Necio amor que la hizo concebir ilusiones, imaginar que su vida podía modificarse en compañía de aquel hombre! ¡Romper con el pasado, ir de cara hacia un porvenir de honradez!... Aquello era un sueño, una borrachera de buen vino—como decía ahora Encarnación, alzando la cabeza de entre sus manos, luego de releer mentalmente su historia—. «De las borracheras se despierta—murmuró con voz desgarradora—. Tomás lleva razón. ¿Por qué ha de atarse a mí? Su porvenir y su talento le llaman a otras cosas mejores. Yo seguiré mi vida. No puedo seguir otra.»

Con mano febril escribió a Tomás, de su puño y letra, gracias a *la Marquesa* que la enseñó a leer y a escribir, esta carta, si falta en ortografía, sobrada en corazón:

«Yciste bien dejandome. Tomas, tu i tu madre sois antes que yo. Yo balgo muy poco. No des mas disgustos a tu madre. Hojala seas muy feliz. Adios.

Encarnacion.»

—¡Ea!—dijo, tirando contra la mesita la pluma—, hecho. Ahora a lo que falta.

Hizo camino al comedor y gritó a *la Avispa* con nerviosa alegría:

—Llena de Cazalla esa copa. No, la chica, no; la más grande. Estoy seca de sé.

Apuró de un trago el aguardiente, rechazó con la mano el vaso de agua que su compañera le ofrecía, fué hacia la ventana del patio, llamó a Balbina, la portera, y saboreando la taza de café mientras subía aquélla, añadió encarándose con *la Avispa:*

—¡A ver si lloras tú por mí!... No hay motivo, mujer; un clavo saca otro. ¡Ni que fuese una principianta! A seguida que suba la Balbina y quede hecho lo que tengo pensao, tomamos una manuela, echamos la capota abajo y ¡arrea cocherito!, hasta que nos cumpla o se nos acabe el humor.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—No tengas prisa. Pa tó nos va a sobrar el tiempo. Señá Balbina—agregó dirigiéndose a la portera,

que llegaba —. Tome una tacita de café, arréese media; guarde ese duro, por si es lo último que le doy, y lleve esta carta a sus señas. ¡Ah!, de paso avíseme un trapero; deje usté sin cerrar la puerta. No tengo ganas de medir con los tacones el pasillo.

—¿Un trapero? ¿Y pa qué el trapero? — preguntó *la Avispa*, apenas ausente la portera.

— Pa venderle hasta el último clavo y dejar las paredes a disposición del casero. ¿Tomás sale de aquí pa siempre? Yo salgo pa siempre también. ¿Él vuelve a su vivir de antes de conocerme? A mi vivir de antes de conocerle vuelvo. ¿Él va a lo suyo? Yo a lo mío. Cada uno a su faena. ¿No te parece natural?

— ¡Pero, Encarnación!...

— ¡Pero, *Avispa!*... Déjate de romances. Son pa los ciegos, y tú y yo tenemos buenos ojos. Vaya usté mirando tós los muebles y tós los trastos de la casa — añadió hablando con el trapero ya —; tós, menos ese baúl-mundo. Es el de mi ropa. Lo llevará un mozo ande haya que llevarlo. Aunque usté me conoce y sabe que soy de fiar, pa mayor seguro, aquí tié el recibo de inquilinato y la fatura de los muebles; hasta la de los cacharros de la cocina guardo. Me había vuelto la mar, pero que la mar de cuidaosa.

Fué siguiendo de cuarto en cuarto la tasación que el trapero hacía de muebles, cacharros y prendas, sin que por un segundo la tristeza o la desesperación salieran a su rostro. Sólo, a cada mueble nombrado, a cada usuraria cantidad ofrecida por el trapero, sus manos cerradas en puño se contraían y por entre sus

dientes se escapaba esta frase: «Está bien; alante, está bien.» Mordida, no hablada, salía la frase de la boca. Cuando la venta se cerró y las manos de Encarnación se abrieron para recibir el importe, sangraban por las palmas.

Tiempo dió el trato al regreso de la Balbina y al arribo del mozo de cordel.

— Usté — dijo a la portera Encarnación — dejará que el trapero saque de aquí lo que haya. Los días que sobran del mes, se los mete usté en el bolsillo. Usté — al mozo — coja de la alcoba ese baúl y llévelo de mi parte a casa de *la Sombrerera,* calle de Tudescos, número ... Es toa la casa. Nosotras — a *la Avispa* —, caminito de la del Rey.

Y echándose a hombros el mantón alfombrado, dejando caer sobre su frente el pañuelo de seda, echó, seguida de *la Avispa,* escaleras abajo. Por frente al portal pasaba una «manuela»; detuvieron con la mano al auriga, le mandaron abrir la capota y le dieron por primer sitio de alto el tabernucho de la Paca.

Entraron en reinas, arrojando un duro contra el mostrador, convidando a la reunión, aceptando las invitaciones con que respondieron los parroquianos a las suyas; pero sin pasar de ahí, sin admitir la compañía que les brindaban tres o cuatro varones. «Iban solas. De golfeo particular — según dijo *la Avispa*—. A correr las estaciones en clase de viudas.»

— Vaya mi ronda — exclamó la Paca, cuando las mujeres abonaron su gasto.

—Venga — respondió Encarnación —. Por si en mucho tiempo no nos vemos, échala bien cumplía.

— ¿En mucho tiempo?

— O en muy poco. Mañana salgo de Madrid. Voy a provincias, a tomar aires nuevos.

Recorrieron todos los establecimientos, todos los sitios donde Encarnación solía concurrir con Tomás. Era algo así como un vía crucis que el alcohol y las risotadas de las dos mujeres convertían en carnaval. El momento de mayor alegría aparente, acaso de más dolorosa tortura para *la Toledana*, fué el de su entrada en el Café de Lisboa. Estaban allí, donde apenas si concurrían desde la instalación de *El Rebelde*, Alejandro Nava, Manuel Gaso y López Guerrero. Al ver a Encarnación y a su amiga, en planta de jolgorio, hicieron un gesto de sorpresa.

— ¿Usted por aquí? — preguntaron.

Desde su ayuntamiento con Tomás no la tuteaba ninguno. Tampoco ninguno sabía la ruptura.

— Yo en persona; siéntense ustés. Hoy les convido yo.

— Hoy precisamente — dijo Gaso —, aunque ello sea extraordinario, podemos convidar a ustedes cualquiera de los tres. Como *El Rebelde* sale mañana, Paquito se ha sentido troquel y nos ha voleado en los bolsillos un montón de pesetas. ¿Y Tomás?

— Debe de estar en ese *Rebelde*. ¡Como sale mañana!... Antes que salga al periódico de la imprenta, habré salío yo por una estación de Madrid.

— ¡Usted!

— Por la del Norte o la del Mediodía, es lo que no sé a punto fijo; que salgo en un tren de los primeritos, tan seguro es como que esta monea vale cinco beatas. ¡Les he dicho que pago yo; no sean pamplineros! Como no he de ver a Tomás, puen contarle lo de mi viaje, y añadirle que tomo el tren pa que mi presencia en Madrid no le estorbe, pa no darme y darle el disgusto de tropezarnos en la calle, él con la vida que ha tomao, y yo con la que voy a tomar. ¡Buenas noches, amigos!

Los tres mozos quedaron mirando a la mujer que se alejaba con brava y arrogante andadura, y volvieron a su velador en silencio. López Guerrero dibujó sobre el mármol, desvaneciéndola entre sombras agrias de agua fuerte, la silueta de Encarnación.

Cuando ésta y *la Avispa* despidieron el coche, era ya madrugada. Estaban frente al portal de *la Sombrerera.*

— Oye tú — preguntó *la Toledana* a la dueña del establecimiento, quien las hizo entrar en su cuarto —, ¿tienes pedido de mujeres pa fuera de Madrid?

— Precisamente pa las fiestas que se celebran en León me pide *la Generala* cuatro. Es menester que sean de toa confianza y de tó postín, porque *la Generala* es allá como si dijéramos aquí *la Marquesa.* Cuatro onzas anticipa, con tal que sea bueno el género. ¿Sabes tú de alguna?

— ¿Sirvo yo?

— Déjate de bromas.

— No es broma. He vendido la casa y quiero irme. De manera que si sirvo, trato hecho.

— ¡No has de servir, mujer!...

— Sólo pongo una condición: no esperar a las tres mujeres que faltan. He de irme hoy, en el primer tren que salga de Madrid: en el mixto de la mañana.

— ¡Pero si el tren sale a las siete! Van a dar las cuatro.

— Por eso. Escribes a *la Generala* diciéndole quién soy. A las seis cojo mi baúl, y sin que me acompañe nadie, nadie, *Avispa,* ni tú, me meto en un vagón del mixto; vía alante no se pierden los trenes. Telegrafías tú que salgo y está tó arreglao.

Sola llegó a los andenes de la estación del Norte. Tomó asiento junto a la ventanilla de un vagón de segunda clase. La máquina pitó. *La Toledana*, dejando caer el vidrio y dando su busto al espacio donde griseaba el amanecer, sacó del pecho una cartulina. Era el retrato de Tomás. Lo miró con mirada larga. Después lo hizo cachos y arrojó los cachos a la atmósfera, manchada por los humos del tren. Revolotearon aquellos fragmentos en el aire; el aire los zamarreó. En sus ráfagas se perdieron.

Entre las brumas de la aurora invernal surgía Madrid como un monstruo de elefantíaca piel salpicada de gibas. Los remates de las iglesias y de los grandes edificios se desdibujaban en la niebla resudosos, temblantes. Parecían tentáculos del pulpo.

II

En los Viveros de la Villa iba a celebrarse el nacimiento de *El Rebelde.*

Desde muy temprano voceaban los vendedores el periódico, metiéndoselo por las narices a la gente. Los redactores del semanario corrían de puesto en puesto y de golfo en golfo preguntando: «¡A ver, *El Rebelde!* ¿Tiene usted *El Rebelde?...»* Hacían más: compraban números y se los leían unos a otros en alta voz, exclamando para que los transeuntes lo oyeran: «¡Es un gran periódico!... ¡Va a producir una revolución!... ¡Qué artículos!... Pues ¡y los grabados!, ¡y la confección!... ¡El mismo título resalta como una bandera de combate!... ¡Luego, muy barato!... ¡Diez céntimos! ¿Quién no gasta diez céntimos en ocho páginas como éstas?...»

Desde las ocho de la mañana — hora de la aparición del periódico — hasta mediodía no descansaron

los redactores de *El Rebelde.* Todos, incluso el director, danzaban detrás, delante y en torno del impreso. Hubo quien recorrió de un extremo al otro la villa. Manolo Gaso hacía gestos desesperados cada vez que tropezaba con un cartel-anuncio hecho tiras. López Guerrero suplicaba a los vendedores que dejaran visibles los dibujos. Alejandro Nava les encargaba que lo pregonasen gritando: «¡*El Rebelde,* con una crónica de su corresponsal en París, el gran novelista Alejandro Nava!...» Tomás se enfureció porque en el artículo-programa, escrito por él, le habían cambiado los cajistas un *con* por un *en.* El mismo Paquito salió de su apatía snóbica, para dar un vistazo a los puestos, del brazo de Ernestín. Compró *El Rebelde,* y mientras aguardaba en el Café de las Columnas la hora de ir al almuerzo, hizo que Ernestín le leyera su soneto *A un efebo,* composición repugnante y perversa que el jovencillo de la pintada boca recitaba entornando los ojos y mostrando sobre su cutis rubores de doncella en envite.

Al entrar en los Viveros, la pareja fué recibida con aplausos. Paquito, dejando sobre una silla su flexible y sacudiendo coquetonamente la onda de pelo rubio que sobre su frente caía, repartió entre la concurrencia abrazos y apretones de manos.

Ningún tertulio de los famosos tes faltaba al convite, ni el maestro en pornografía novelesca, que recostado en un sillón de mimbres lanzaba a la *Esmeralda* y a Varona miradas de rencor. Se habían liado la manta a la cabeza: la escritora, poniendo al maestro

de patitas en el arroyo; el discípulo, rebelándose contra el maestro, disputándole el primer lugar en el «género», después de soplarle la dama.

— Hijo — murmuraba a su oído la Valdenebro—, hay que resignarse; no puedes hacerle competencia. Tú no estás ya para esos trotes. Mírate a un espejo y te convencerás. Tienes media lagartijera en lo alto.

El maestro, plegando los párpados sobre sus pupilas de asombro, sacudía bajo el sol su figura acutángula. Parecía un saltamontes cogido por las zancas.

No faltaron, ¡cómo!, las de Mendaro. La madre, no obstante la estación invernal, llevaba un vestido con manga corta y cuello muy bajo y muy abierto. África había roto con Gaso. Ahora privaba Manuel López Guerrero, que iba a ilustrar el nuevo tomito de la minúscula coplera. *Gitanas* se intitularía el tomito. López Guerrero había hecho ya la portada: una gitana, a pleno sol, mirando a su hombre, que se perdía allá en el fondo de la carretera castellana entre una pareja de la Guardia civil.

— Debe usted substituir una figura — dijo Pepita Valdenebro cuando el pintor le mostró su dibujo.

— ¿Cuál? — preguntó el artista.

—La del gitano. Quien ha de ir entre una pareja de civiles es la autora del libro.

La hermanita de la coplera llevaba al retortero a un crítico, haciendo gran merced a su hermana; sería el único que se ocupara favorable y públicamente de las coplas. Alejandro Nava, unido a la oradora miti-

nesca, no en libre unión, en perfecto libertinaje, «a lo nihilista», como decía ella, confundiendo el rábano con las hojas, estaba insoportable con su artículo de *El Rebelde;* miraba a la gente con olímpica compasión, sacudía al aire su hermosa melena de azabache y recitaba trozos de su artículo a todo el mundo, hasta a los camareros.

Los jovenzuelos enfermizos que en casa de Paquito huían el femenino trato, glosaban ahora el soneto *A un efebo,* cada cual por su cuenta, emparejados a sujetos desconocidos para los asiduos a los tes. Según los jovenzuelos, eran estos desconocidos admiradores de *El Rebelde* que contribuían al esplendor del acto con una gran *corbeille* de flores traída de Valencia exprofeso. Valían un dineral las flores. Creyendo a las de Fuenterrota, eran, no los desconocidos, sus presentadores, quienes pagaban la *corbeille.* Paquito, guiñando el ojo izquierdo y jugueteando con las solapas de Ernestín, respondía a los murmuradores:

—Amigos, hay que hacerse cargo; no es cosa de que esos chicos anden solos. ¿Somos rebeldes o no somos rebeldes? Toda rebeldía contra la ortodoxia ha de tener representación en la mesa. Sea ella cual fuere, debemos respetarla.

—¡Bravo! ¡Bravo!... —corearon los comensales—. Está Paco en lo firme. ¡Viva la rebelión!

Tomás y sus compañeros de cenáculo no acompañaron este ¡Viva!

«La rebelión, sí, contra todas las leyes artísticas,

políticas, económicas, sociales que gobiernan el mundo actual. ¡Rebelarse contra las leyes de la Naturaleza!... ¿Qué serían los rebeldes de esta índole? ¿Con qué derecho, con qué títulos se presentarían al mundo proclamando un futuro mejor?... No admiración, asco inspirarían los apóstoles que fraternizaran con rebeldes de tal estota. No a la regeneración humana, a la extinción humana se iba con los corifeos de Paquito. ¡Y por qué sendas! Por derrumbaderos monstruosos que levantaban el estómago y deprimían el espíritu. Con tales aliados, serían derrotas los combates. A malos obreros, mala obra. El edificio de la sociedad por venir habían de levantarlo brazos fecundos y viriles. Ni el arte, oficiado por tales sacerdotes, produciría nada sólido. Belleza tal vez; pero una belleza malsana, cuyo disfrute, como el de las hembras fáciles y viciosas, traería el envilecimiento, la castración moral de las juventudes que sufrieran su influjo.»

—¡Bah! Después de todo—respondía a sus amigos Antonio Halconero—, hay que aceptar las armas, vengan de donde vengan. Sin Paquito y sus émulos no tendríamos *El Rebelde*. Apoyémonos en ellos ahora. Cuando podamos abrir las alas, démosles con el pie. Seamos un poco jesuítas. «El fin justifica los medios.» *Ad majorem gloriam rebelionis*. Francisco de Borja habla por mis labios. Sirva de norma a nuestros procederes aquel gran zorro disfrazado de místico, que se llamó el duque de Gandía.

Y una astuta sonrisa, un mohín escéptico de polí-

tico en germinación, irradiaban sobre su cara de pillete del Rastro.

Los otros del cenáculo no eran tan eclécticos como Halconero: «Si el periódico había de ser balcón por donde «flirtearan» en verso y prosa los estetas, valía más abandonarlo en su primer número y aguardar gerencia más noble. Había que imponerse a Paquito. Bueno que pagase; bueno, pagando, que diera al público sus versos en las columnas de *El Rebelde;* pero que no tratara de meter por ellas su cohorte.» El antagonismo, la lucha a muerte entre los dos bandos apuntaba desde el primer día de campaña, anunciando que ésta sería desastrosa y que la bandera de *El Rebelde,* zamarreada por la derecha y por la izquierda, desgarrada en jirones, vendría a tierra hecha un harapo.

Tomás fué a sentarse al lado de Luisita, con aspecto de mal humor, convencido interiormente, aunque se negara a confesarlo, de que el maridaje de mutua conveniencia hecho entre los «paquistas» y los del cenáculo constituía un ayuntamiento monstruoso que no daría frutos de bendición.

— No te disgustes — murmuraba Luisa acariciando las manos del poeta —. ¡Tú *sei grande!* — añadía con mimoso acento italiano — . Alighieri también padeció antes de triunfar. Tenía *à la sua Beatrice.* Sé como el Dante. *Entra sensa temore per la selva scura.*

Tomás no estaba en disposición de entrar por selvas más o menos obscuras; así es que, dejando a Luisa continuar con sus remembranzas dantescas, fué

a sentarse junto a Pepita Valdenebro, que, recostando su sillón sobre el tronco de una frondosa acacia, daba al espacio los humos de un cigarrillo turco.

Se lo dijo a las primeras de cambio. Estaba deseando contarlo. Había vuelto a sus relaciones con el condenado *Susini*.

—Nada, que aquel pícaro se le entró muy adentro, y no había quien lo arrancara. Ya hizo esfuerzos para lograrlo. Como si no. Después de su riña volvieron a encontrarse, y se tornó a abrir la casa de la travesía del Reloj. Era mucho hombre el tal *Susini*. ¡Con decir que la había quitado de sus antiguas aficiones y que apenas ponía los pies en los escenarios y los cafés-cantantes! La propia *Palillos* recibió licencia absoluta. ¿A qué negarlo? ¡Cogidita desde los remates del moño a la puntita de los pies! ¡Con decir que hasta se dejaba pegar! ¡Y que tenía el gachó mano de mortero! Algunas veces parecía el cuerpo de Pepa un colegio de cardenales. ¿Quién supusiera en ella cobardía tamaña? ¡Dejarse pegar ella, que se las sostuvo con todos! Pues ahorita mansa, hecha una cordera, aguantando los golpes como si fuera un jergón su carne. Eso sí, tocante a otros puntos, *el Susini* era un cumplido caballero. Ni un ochavo admitía. Estaba preso desde principios de semana. Una delación le había puesto en poder de los jueces. ¡Naranjas de la China! ¡No le probarían el delito! Conocía la aguja de marear por los mares de Monipodio, como el más experto de sus canallescos pilotos. Era un lince *el Susini*. Si acaso, con Candelas

admitía comparación. En la cárcel no le faltaba nada: celda de pago, comida de Lhardy... Para eso tenía la Valdenebro por fajos los billetes. A más, su influencia. Pronto le vería en la calle; no nació el galán para pudrirse entre barrotes. Llevaba sin verle medio mes. Vamos, sin verle a solas. Verse, veíanse a diario en comunicación extraordinaria. Antes de venir al almuerzo estuvo en la cárcel y llevó al *Susini* el primer número de *El Rebelde*. Por cierto que aquél la encargó un abrazo para Tomás. «Apriétale firme—la dijo—; es de los que no se aprovechan cuando anda un amigo por medio.» Y la Valdenebro, poniendo el encargo en acción, dió un estrecho abrazo a Tomás.

El nombre del *Susini* trajo a la memoria del joven el recuerdo de Encarnación. Había recibido su carta; sabía por Nava, por López Guerrero y por Gaso su ausencia de Madrid. ¿Dónde iba? ¿Cuáles eran sus planes? La abandonada aparecíasele como una sombra dolorosa por entre las hojas de los árboles que enfrentaban con la silla donde tomó asiento para presidir el banquete. Mientras presidía, mientras recibía el primer homenaje público, mientras se alzaban las copas de Champagne en su honor, la que fué su compañera durante doce meses iba camino de lo desconocido, a un viaje obscuro que ponía en el corazón del poeta náuseas de remordimiento. Encarnación no había protestado; no fué, como él temiera, dado su violento carácter, a buscarle, a pedirle cuentas de su abandono, a rubricarlo con una escena es-

candalosa. Resignadamente aceptaba la separación; se sacrificaba sin gritos. Hasta partía de Madrid para que no sirviera su presencia de estorbo. ¿No había en este proceder una grandeza menos lírica, pero más firme que la demostrada por las heroínas poemáticas de quienes se juzgaba trasunto Luisita cuando conversaba con Tomás, a la luz de la luna, en la ventana abierta sobre la calle de las Rejas?

Hubo de hacer un gran esfuerzo para alejar de su pensamiento la imagen de la abandonada y corresponder a los brindis con un discurso lleno de retóricas esperanzas en el éxito de *El Rebelde*, en el triunfo de aquella juventud. Ella barrería los viejos ídolos, asentando sobre fortísimos jalones el edificio nuevo.

Los aplausos atronaron el aire, llevando sones victoriosos por los boscajes virgilianos, por las praderas verdeantes bajo el sol invernal; Tomás recogió aquellos aplausos para su vanidad; pero el entusiasmo, la fe en la empresa comenzada, no estaban en su corazón. Al tender sus ojos, según pronunciaba el discurso, sobre sus oyentes, comprendió que ninguno de ellos, exceptuando a los del cenáculo, era capaz de altos y de nobles empeños, y sintió un desaliento grande, una profunda angustia.

No era entre la burguesía ñoña, egoísta, codiciosa, ininteligente, entre quien podían reclutarse los soldados del porvenir, pero tampoco era entre una intelectualidad enfermiza, entre un semillero de viciosas extravagancias. Seres de medula desanillada,

de conciencia en desequilibrio; espumas que la degeneración formaban y sacudía para hacerlas flotar sin rumbo, ¿cómo hacer de ellas combatientes y apóstoles?

En busca de aquellos combatientes, de aquellos apóstoles, iba la imaginación del poeta, en tanto saltaban a la atmósfera los corchos del Champagne y la embriaguez se apoderaba de los almorzadores; en busca de ellos iba, y sus ojos, atravesando las verdes celosías que el ramaje caprichosamente tejiera, llegaron hasta el río. De éste brotaban nieblas, que el poniente coloreaba de ópalo. Aquellas nieblas ascendían como un encaje hacia el puente bermejo. Por él pasó un tren a toda máquina, coronándose de humo...

III

Bajo palio andaba Encarnación por casa de *la Generala*. La epístola de *la Sombrerera* se la presentaba como un prodigio: «A no ser porque las trapacerías de su hombre la cegaron llevándola camino del tren, no disfrutarían tal regalo los feriantes de la capital leonesa. Era mucha persona. Le haría una gran feria. A espuertas iban a entrarle por la cancela los billetes. Eso sí, que la tratara con toda reverencia, porque tenía alto el orgullo, breves los aguantes y, respective a genio, tan arisco, como tenía pronta la resolución y largas las manos.»

Aleccionada por la epístola, trató a su huéspeda en codueña y no en tributaria. Para ella la mejor habitación de la casa, la mejor presa en las comidas, el primer vaso de café, y, tras el café, la copita de marrasquino. Esto del marrasquino era en *la Generala* prueba rara de aprecio. Quien compartía su botellín

compartía su corazón. No en el comedor, en una sala próxima escanciaban el licor aceitoso las manos sapescas de *la Generala,* empedradas con brillantes, esmeraldas, topacios y rubíes. Su apaño, que tiraba la cabecera en el Casino, y Encarnación, eran únicos al disfrute del botellín. Para las otras huéspedas bueno se estaba el aguardiente. ¿Qué entendían de «extrafinos» las recién venidas del campo o las hechas a andar por tascas?

Sólo una, llegada la semana anterior de San Sebastián, se hallaba en condiciones de apreciar las bondades del marrasquino, pero no quería beberlo: «Era un purito dengue. Eso sí, cumplía admirablemente su obligación y ganaba mucho dinero.»

Sólo para la obligación dejaba su gabinete la señorita — así la llamaban en la casa —. Una vez la obligación terminada, despedía honestamente al parroquiano y tornaba a encerrarse, hasta que la voz de *la Generala* la llamaba al salón.

La guipuzcoana, a su decir — probablemente no mentía —, andaba en el oficio por hacerse una dote y casar con un buen muchacho que allá en Vasconia aguardaba su vuelta para unirse a ella santamente ante los altares de Dios. Hecha la unión, pondrían una tiendecita donde hubiera de todo, y vivirían en santa paz y en perfecta honradez. A estar cualquiera de los dos en posibles para establecerse, se hubieran casado a escape, sin meterse ella a oficio tan molesto.

«¿Qué remedio? Eran pobres. Casar sin dinero mala cosa te es — decía la reflexiva guipuzcoana —.

A locos sí ocurre; a formales nunca pasóles mientes. Formales somos yo y el Inasio. A la ves que yo aquí te trabajo, él también se anda por Baracaldo en una mina. Mal ofisio es; no sé cuál del mío o de el del Inasio es peor; pero tiempo pasa y fatigas concluyen. A dos años habremos lo que nos hase falta y marchará nuestro negosio, y nadie tendrá que echar en cara cosas. Él y yo sabremos respetar y guardarnos querer. Ni propina le gastaré en diversiones y trapantojos. Tampoco él me gastará séntimo en mujeres y chacolín. Conducta la tenemos, cariño grande es; lo que para él debo guardar, guárdolo. Entero lo tendrá, que ya tú, si eres lista, bien te compones para complaser y no dar faltas al Inasio, que en el pueblo se está esperándote.»

Este era el tipo. En buen examen de conciencia juraría ante un confesor que procedía como honrada mujer, si atenta a su negocio, no dando pretexto de enfado a quien iba a ser su marido. Con su licencia trabajaba. Aparte el trabajo, ni él ni nadie podía tachar sus procederes. La más grave doncella no la ganaba en seriedad y en antipatía a las diversiones mundanas.

Encarnación — que se hacía llamar Estrella—era, por el contrario de la guipuzcoana, la alegría, la bullanga en persona. Siempre con la risa en los labios y el cantar en la boca; siempre con los ojos en calenturiento fulgor. Algo pálida estaba; un hondo frunce vertical se marcaba entre sus dos cejas. La palidez daba mayores atractivos a su rostro moreno; el

frunce de las cejas debía ser en la madrileña habitual, porque ni sus frases ni sus gestos denunciaban disgusto, contrariedad o mal humor. ¿Cómo iba a sentirlos, siendo el regocijo de la casa?

Si llegaba la del descorche de botellas, ni en habilidad para echar desde muy alto el vino, ni en resistencia para defenderse de las traiciones del alcohol admitía rivales. Hasta los varones cedían al competir con ella. Cierto que a hurtadillas, aprovechando los descuidos, envolviendo el vaso con la mano, dejaba caer bajo la mesa dos terceras partes del líquido escanciado en su copa; nadie paraba en ello mientes. Sabía distraer a los hombres con el mirar gachón de sus ojos y con el pícaro atractivo de su habla. Al enardecerse las cabezas de los parroquianos, acrecía en desgarros y envites. Si el cansancio llegaba, ahuyentábalo con sus cantares manolescos, con su baile truhán, con su parla de chulapa barriobajera. Los hombres se la disputaban a golpe de billete. Algunos hubo que quisieron llevársela a vivir con ellos. A tales ofertas encogía Encarnación los hombros, sus negras pupilas relumbraban, llenaba su vaso hasta los bordes y exclamaba haciendo un mohín pícaro: «¡Vivir juntos! ¡Juntos! ¿En marido y mujer, verdá? ¡No sueñe, hombre, no sueñe! Los matrimonios no rezan con esta personiya.»

Así hablaba en público. Si la oferta era de solo a sola, la rechazaba con un «no» tan seco, que el ofrendador no volvía a insistir. «Ella era de tós; vino al mundo pa ser de tós. ¿A qué empeñarse en que fuera

de uno no más?... Bien se estaba en el parral la uva. Que viniesen a picarla los pájaros.» Los pájaros revoloteaban en torno a ella, disputándosela, entregándole su voluntad y sus bolsillos; la primera no era aceptada; los segundos pasaban, por mitad, a poder de *la Generala;* la otra mitad duraba poco en manos de la famosa Estrella. En francachelas y regalos para sus compañeras íbanse las ganancias. ¿A qué guardarlas? Mientras el fruto estuviera en sazón no faltarían pájaros golosos. Después... siempre hay un surco libre para que el fruto picoteado se acabe de podrir.

En sus horas de soledad, cuando entraba en su alcoba y arrojaba desdeñosamente el dinero ganado, al cajoncillo de la mesa de noche, quedaba Encarnación inmóvil sobre una butaca con el codo puesto en las rodillas, la barba en el puño y los sombríos ojos en un ángulo de la pared.

Aquellos ojos, que en los primeros minutos de la soledad de su dueña adquirían durezas criminales, iban poco a poco enterneciéndose, entristeciéndose, llenándose de lágrimas. Acababan ellas por rodar hilo a hilo al largo de la cara; descendía el brazo por la falda; desplomábase la cabeza en el pecho; subía desde éste a los labios un tropel de sollozos, y los dedos de Encarnación se engarfiaban contra la piel de sus muñecas, penetrándola hasta hacer brotar sangre.

Al término de uno de estos solitarios martirios irguióse Encarnación, y llegando al gabinete donde estaba *la Generala,* le dijo:

— Arrégleme la cuenta. Me voy en el correo.

— ¿Irte? ¿Por qué?

— Por lo mismo que vine. Porque se me ha puesto en la cabeza. Vaya usté echando números mientras arreglo el baúl.

Salió de la casa entre adioses llorones.

Al recostarse contra el asiento del vagón hundió la cara entre sus manos y murmuró con voz angustiosa:

— ¡No podía!... ¡No podía, Jesús de mi alma!... ¡Bien sabes tú que no podía!

IV

Cuando vió *la Avispa* entrársele a Encarnación por la puerta de su domicilio de la calle de Buenavista, saltó como una loca y se agarró a su cuello llenándola de besos la cara.

— ¡Tú! ¡Pero tú!... ¿Es de veras, de verdá, que eres tú? ¡Quién se lo iba a pensar! ¡Ni una carta en tó el tiempo! Pa mí que te habías embarcao pa las Indias de los ingleses. ¡Cualesquiera soñaba con verte por Madrí! Por supuesto—añadió sin permitir interrupciones—, por supuesto, que fuí una simple pensando que iba a durar el viaje. ¡Cómo no, serrana de los picos! ¡Miá que durar, dejándote el corazón en esta pijotera tierra!... Al nochecer vuelven los pájaros al nío, y al nío en busca del Tomás vuelves tú! Tomás, en cuanto que te vea esa cara de dolorosa que has traído de León...! Más claro está el lance que el agua

de la fuente del Berro. En cuanto te eche Tomás los ojitos encima, tras los ojos se le van los brazos y la boca y el corazón y torna a las andás, y tornáis a ser felices otra vez, y a comeros a bocaos, y a vivir como antes, tú liando pitillos, él escribiendo esas cosazas que escribe en *El Rebelde.* ¡Lástima de peródico! El chico de mi portera, que es perodista de los que vocean en la Puerta del Sol, dice que *El Rebelde* ha salío Veragua, vamos, que después de comerse el mundo en la primer vara se ha tirao pa atrás y no hay quien lo coloque en suerte. A chorros se vendió el primer número. Los otros van pa abajo. ¡Miá tú que la gente! ¡Como pega a los de la guita, éstos se han concertao pa estriparle a tu Tomás el cuento! Te azvierto que a mí me gusta la mar, pero que la mar y sus peces, tó lo que escribe tu gachó. ¡Dice cá cosa! ¡En cambio hay otros que escriben en el diario versos!... Chica, yo no soy la Pardo Bazán, pero que no me gustan. Los que no son una guarrá, son talmente unto de manteca sin sal. Cuando los lees alto, paece que masticas *colcrén*...

—¿Callarás un instante, *Avispa*? Respira, aunque sólo sea respirar; luego puedes seguir.

—¡Es verdá, que no te dejo meter baza! La alegría de verte me ha soltao el frenillo. Habla tú, en tan y mientras hago provisión de saliva. ¡Vienes más delgá, mujer!

—He pasao mucho.

—¿Muchos trabajos?

—Mucha pena.

— ¿Pena? ¿Te ha tratao mal *la Generala*? Sería extraño, porque en su clase es pan de flor.

— No es eso. Es otra cosa.

—¿Cuál?

— Yo misma no me lo sé explicar; me iba a ser difícil contártelo de mó y manera que lo entendieses a las claras.

— Entonces guárdalo pa otro día. No estoy con vena de acertijos. Hablemos de lo que está claro; porque lo que sí es como la propia luz, es que vienes en busca de Tomás.

— Sólo con pensarlo te engañas. Salí de Madrid segura de que habíamos terminao pa siempre; segura vengo de lo mismo, y resuelta a no volver a verle.

— Entonces...

—¡Entonces!... Volver con él, nunca; ya está dicho. Hay cosas que no tien remedio; ésta es una. Pero si no verle, hablar de él, saber de él, sí lo quiero. ¿Dices que está bueno?, ¿que sus artículos son mucha cosa? ¡Trae, trae el periódico! ¿No tiés por ahí ningún número? Si no lo tiés envía a buscar no uno, tós los que haya en el puesto.

— No hacen falta derroches. En un rinconcito del baúl guardo la coleción. La guardaba pa enviártela cuando te dinases de escribir. Si no escribe, pensé, castigá. No le mando *El Rebelde*. ¿Vienes, y vienes a mi casa? Pues se arrematό la condena. ¡Ahí te va *El Rebelde*, golosa! Trágatelo, y ten cuidaíto con las indigestiones.

Encarnación desdobló uno de los números con ner-

viosa impaciencia. Antes que nada buscaron sus ojos la firma de Tomás. Al mirarla, lloró; alzó el periódico hasta la altura de su boca, y sus labios depositaron un beso sobre las letras que componían aquel nombre.

—Es tonto hacer esto, lo sé—murmuró contemplando a su amiga, que procuraba sonreir—. Sólo que no hay remedio. Cuando las cosas son, pues son, y ni Dios las evita. No haciendo lo que he hecho, me hubiera sido imposible empezar a leer.

—Te aviaré una taza de café mientras deletreas a tu hombre. Son ocho los artículos. Como no los leerás una vez sola, hay murga pa rato. La entretendremos sorbo a sorbo. El aguardiente se acabó. Voy a escape por él. Bien mirao, pueo tardar un siglo. Con esos papeles delante, no me echarás de menos.

Uno a uno fué Encarnación leyendo, absorbiendo los artículos de Tomás. Leía en alta voz, despacio, reteniendo las frases como si quisiera besarlas, como si fuera Tomás quien en cada frase vivía. El segundo número de *El Rebelde* traía en su primera plana un fotograbado conmemorador del almuerzo que solemnizó la publicación del periódico. La instantánea era admirable. A la cabecera de la mesa, puesto en pie, con una copa de Champagne en la mano, hallábase Tomás en actitud de dar gracias a la concurrencia. Veíasele alta la frente, entreabierta la boca, inclinado un poco hacia adelante el cuerpo varonil. Cerca de él andaban los compañeros del cenáculo Nava, Gaso, López Guerrero, Halconero, Puente... Todos frecuentaron la casa de la calle de los Dos Amigos. To-

dos trataron a la joven. Ahora, vueltos hacia ella por exigencias fotográficas, la sonreían con sus caras joviales, llenas de juventud. También reconoció entre los comensales a Pepita Valdenebro, aquella golfa que cierta noche se acercó a saludarla. Otros personajes le eran desconocidos, especialmente las mujeres.

¿Quién sería la muñequilla de chispeantes ojos que se perfilaba para ponerlos en Tomás? Más atentamente que nadie miraba al orador aquella doña huesos. ¿Tendría algo con él? En un rapto celoso estrujó el dibujo con su mano derecha y clavó las uñas de su izquierda en el rostro de la italianita. Igual hiciera de tropezársela en persona y resutar ciertos sus celos. «¡Hacerlo! Aunque fuese verdad, ¿con qué derecho lo iba a hacer? Antes, sí. Quien no tembló ante «la decimera», ¿temblaría ante la esmirriada señoritinga? Antes, sí. Hoy..., no... ¿Qué significaba ella hoy? Nada. Un pingajo, un desperdicio que se barrió para el trapero. Tal vez si se hubiera presentado en el almuerzo, la hubieran hecho despedir por un mozo. ¿Cómo podían tolerar tantas señoras y señores que la huéspeda de *la Generala* se confundiera y se codeara con ellos?... Fuera un estorbo allí.» «Puede que en todas partes», sollozó Encarnación, haciendo del papel un rebujo y tirándolo contra los ladrillos a tiempo que entraba *la Avispa*.

—Ya está en casa—dijo, sacudiendo al aire la botella—la música que hemos de tocarle al café. En un santiamén lo saco de la lumbre. Lo puse como a ti te gusta, cargao. Ahí tiés la azúcar. No te la ofrezco

de pilón, porque ando mal de cuartos. Antiyer empeñé el alfombrao pa pagar la casa. El viejo tomó el tole; hasta que salga otra proporción habré de agarrarme a los cortecitos de chaleco. Menos mal que Pancracio es buen sastre. Me basta presentarme en su tienda pa que me dé trabajo con preferencia a las antiguas. Ventajas de ser joven y de haber corrío con él mis juerguecitas. Esta noche me planto frente al mostraor y me traigo pa el domicilio un par de chalecos. Es mi sino; de una manera u de otra, chalequeando tendré yo siempre que vivir.

—Por el pronto, y tocante a perras, no te apures—respondió Encarnación—. Lo que gané en casa de *la Generala* quedóse por allá. El dinero de allí me quemaba. ¿Qué quieres? Más de un año viví en mujer buena y se me ha hecho muy cuesta arriba vivir de un otro mó. Así es que en casa de *la Generala*, lo mismo era coger un billete que hacerlo polvo en francachelas y en regalos a las infelices que no saben ganar dos pesetas. ¡Qué desgraciás! Ni pa ese oficio valen. Sin embargo, aun traigo en la faltriquera veinte duros. Cógelos y gasta de ellos hasta que se concluyan. A mí, pa mis gastos, con estas pesetas me sobra.

—¿Qué piensas hacer luego? Porque veinte duros dan la espera muy corta.

—Ya lo pensaremos. Antes de arrematarlos, algo me ocurrirá. Coge el billete, cámbialo y tráete lo que sea menester pa el aquel de la casa.

—Es que yo...

—Entre tú y yo no hay pan partido. Hoy lo tengo yo, y se aprovecha. Mañana, Dios dirá.

—Conformes. ¿Por qué no vienes a la compra conmigo?

—Estoy muy cansá. En lo que vuelves me tumbaré unas miajas. Quizá que me duerma. El sueño es ganancia pa mí.

—Mal humor te traes de la antesala de Galicia.

—Anda, mujer, anda; que aun no hay ná dispuesto. Antes de acostarme dejaré la lumbre en sazón.

Monótonos transcurrieron los días para las dos mujeres. Encarnación se negaba a salir de casa; *la Avispa*, parte por acompañarla, parte por dar cumplimiento a sus labores chalequeras, hacía lo propio. Inútilmente quiso penetrar el espíritu de su amiga, conocer sus proyectos, llevar su mariposesca alegría a aquella alma, de hora en hora más hosca. No lo consiguió. Encarnación pasaba tiempo dentro de su cuarto. Vióla su compañera ir y venir con pasos lentos de cautivo. Las palideces de su cutis habían aumentado; la arruga de su frente se hizo más profunda; en sus labios se crispaba un gesto doloroso. Cuando abandonaba la alcoba, lo hacía automáticamente. En la mesa, durante las comidas, solía quedarse con la cuchara en el aire y los ojos inmóviles. No miraba hacia afuera con ellos; dentro de su ser los ponía. Bien lo indicaba la inexpresión de su mirada, las medias palabras que movían sus labios. Si *la Avispa* la sacaba a gritos de su ensimismamiento, Encarnación se estremecía y contestaba con fatigosa

voz, como si rendida estuviera, como si su espíritu hubiese necesitado para regresar a la vida externa ascender desde el fondo de algún abismo.

—Acabarás por consumirte y por reventar, como sigas así — solía decirle *la Avispa* —. Echa las penillas al cesto. El remedio, al lao de tu mano y sobre la mesa lo tiés.

—¿Aguardiente?

—Y Cazalla de lo más fino. En la taberna de Ruperto no hacen traición al estómago de las presonas.

—¡Aguardiente! Quizás lleves razón. Quizás que en él esté el remedio.

—Diciendo esto Encarnación llenaba su copa y se la bebía de un trago.

Cierta noche en que *la Avispa* salió a entregar unos chalecos, dejando sola a Encarnación en casa, la sorprendió, al volver, sentada frente a un vaso mediado de aguardiente. Vió esto al encender luz. A su entrada, hecha sin llamamiento previo, fué algo así como un montón de lucecillas microscópicas que en la atmósfera chispeaban, las que llamaron la atención de *la Avispa*. Desaparecieron a la lumbre de la cerilla. Sólo descubrió el vaso encima de la mesa. Debía estar mezclado con agua el aguardiente; pero a cuenta del matiz opalino que tal mezcla produce, ostentaba el líquido un tono azul obscuro, casi negro, hacia el fondo del vidrio.

—¿Qué aguardiente has echao ahí, mujer? — preguntó *la Avispa* a su amiga—. ¡Vaya un agua que pone! Con puro amílico está confeccionao.

—¡Bah! Adentro hará su operación.

Con mano firme, de un embite, apuró Encarnación el vaso.

Antes de fregar la vajilla, al recoger el vaso de sobre la mesa del comedor, que estaba completamente a obscuras, volvió a notar *la Avispa* que el fondo del vaso chispeaba.

—¡Vaya un amílico!—monologó—. Ha dejao en el cristal un rastro de lumbre. ¡Así arde una después y hace las cosas que hace!...

V

Tomás se acostó con un humor de perros. Preciso fué que su madre le endulzara la furia para que no hiciera un disparate.

Había reñido, en unión de los del cenáculo, con Paquito y con los jovenzuelos que llevaban la basura de su estetismo a las columnas de *El Rebelde*. Así andaba el periódico: sin hallar quien ni regalado lo admitiese. Aquella gentuza asaltó todas las columnas, proclamando desde ellas su estéril y repugnante credo.

Al apostolado del arte por el arte, siguióse el apostolado de la inversión por la inversión. ¡Acabaron las contemplaciones y el codeo con la canalla ruin! Si el periódico moría, que muriera; mejor era llorarlo muerto que padecerlo vivo. Resueltos a dar la campanada, abandonaron *El Rebelde*. El periódico estaba inscrito en el Gobierno a nombre de Paquito; a más Paquito pagaba imprenta, papel, casa, administración... ¿Qué

iban a hacer los del cenáculo? Lo que hicieron: armar una escandalera a Paquito, enredarse a golpe limpio con sus corifeos y con él, no dejar en la Redacción mueble sano y llevarse, en prenda de victoria, las armas que decoraban las paredes. Vendidas fueron y devoradas en una cena fúnebre.

Se imponía la continuación del periódico, con otro título, naturalmente; pero había que seguir peleando, asombrando al universo con un nuevo papel donde se diera escarmiento a los señoritines y se marcaran los «verdaderos rumbos».

Ello estaba dicho y pensado admirablemente. Una sola cosa faltaba para poner en planta el programa: dinero. ¿De dónde sacarlo? En don Elías se pensó. Don Elías, llegado a la reunión de los jóvenes, puso a su esperanza un *requiescat.* Bueno era *El Tábano* con sus articulitos de sorpresa final. ¡Tocante a otros arrestos...! A don Elías se le daba una higa de la humanidad por venir; había explotado la pasada, se divertía en la presente, y paren ustedes de contar. Un periódico de las hechuras de *El Rebelde* suponía gastos «enormes»; así, ENORMES: *El Tábano* era un deporte para el ex farmacéutico, algo así como las buenas mozas; ni con periódicos ni con mozas llegaría a dispendios que pusieran en riesgo su caudal. «Esas cositas no.» Que tomasen los muchachos una de «tres estrellas» y que le hicieran articulitos, versos y dibujos para *El Tábano.* Con tal que artículos, versos y dibujos fueran de gran sorpresa, les permitía arremeter con los «efebos» y cobrar dos duros como unos

consagrados. De ahí a lo de *El Rebelde,* mediaba un abismo. No sería él quien lo franquease.

Perdido en su naufragio aquel asidero, pensaron los jóvenes en Pepita Valdenebro.

Estaba fuera de Madrid. En cuanto *el Susini* salió de la Cárcel Modelo, improvisó Pepita un viaje a uno de sus andaluces cortijos. Al cortijo fué con su pícaro a tomarse el desquite, a vivir en libertad completa por aquellos salvajes montes, bajo el cielo de limpios y cálidos azules, a disfrutar las caricias de su bandido en la serranía ilustrada por los *Tempranillos,* Palomos, Corrientes y Melgares. ¡Cualquiera proponía a la Valdenebro subvencionar el periódico en gestación!

Unido esto a que Luisita, contratada de primera dama por una compañía de cuarto orden, se fué a correr la farándula en unión de un galán joven, muy de su gusto, por esos pueblos de la Guardia civil, era fácil de comprender el mal humor con que llegaría a su casa Tomás. Lo de Luisita le importaba muy poco. La chicuela fué para él pasatiempo. Sólo su amor propio sufría. Ser suplantado por un comiquillo de la legua le crispaba los nervios. ¡Vaya con la Julieta y con la Beatriz, que le juraba amor inmortal en el antepecho y en el gabinete de la callecita de las Rejas!... Quizá a la hora en que él la recordaba, estaría su Beatriz espumando la olla del galancete en cualquier manchego figón. En fin... ¡Si todo fuesen sobresalientes de Julieta...!

Lo malo estaba en lo otro, en la desaparición de

El Rebelde. Era una puerta hacia el futuro que se le cerraba de golpe; porque no valían ensueños: el nuevo periódico no iba a ver la luz más que en la imaginación de los del cenáculo; ¡lo que es en imprentas y en puestos de periódicos!... Cualquiera adelantaba papel, letras y máquinas por la linda cara de Tomás. ¡Si su drama estuviera cerca de ser representado! Pepita, distraída con los amores del rufián, no aportaba por los teatros. Cuando volviera de su excursión finalizaría la temporada. Tendría el joven que aguardar al año siguiente. Suponer que la Empresa y los señores cómicos hicieran caso a un autor primerizo y le permitieran leer su obra, equivaldría a declarar posible coger con las manos la luna.

Desesperado, dudando de sí propio, dejaba caer Tomás la cabeza en la falda de doña Dolores.

La anciana, más valiente, más hecha que el hijo a la decepción y el dolor, llevaba consuelos a su espíritu. ¿Iba a rendirse con el primer tropiezo? ¿Tan falto de valor se encontraba? ¿Tan poco fiaba en sus arrestos juveniles? El mundo es muy ancho. La victoria no llega sin combate. Quien tiene constancia, quien no pierde la fe, triunfa más tarde o más temprano. Una escaramuza infeliz no es batalla perdida. Adelante, a restañar la sangre, a seguir peleando. ¿Que el periódico había muerto? Otro vendría a los alcances de su pluma. En tanto, a trabajar sin desmayos de ninguna índole, a esperar en la representación de su drama.

«Era su deber de hombre erguir la frente ante el

peligro y dar el pecho a la desgracia. En las batallas decisivas—como decía el padre muerto—, soldado que cae y no cae redondo, debe alzarse y seguir la brega. No era mortal la herida del joven. A ponerse en pie, a dar la cara al enemigo. Por de pronto—añadió sonriendo—, a la cama. Son las cuatro y tus nervios necesitan reposo. Te llevaré, si no en brazos como cuando eras niño, cogido del brazo. En su apoyo aguarda mi vejez. Siquiera por eso no lo rindas.»

No eran las diez de la mañana cuando, por ausencia de doña Dolores, entró la criada en la habitación de Tomás.

—¡Señorito!—gritó, sacudiendo reciamente al poeta—. ¡Señorito! ¡Despierte! El recao trae mucha prisa.

—¿Qué es ello?—balbució Tomás, incorporándose y restregándose los ojos.

—Un mozo del café de ahí enfrente que sube de parte de su amigo don Alejandro Nava a decir que baje usté corriendo al café, donde le espera ese señor.

—¿Por qué no ha subido?

—Dice el mozo que don Alejandro está con otro que el señorito no conoce...

—Bueno; ya bajo. ¿Qué será?—añadió mientras abría la ventana—. ¿A qué hacer calendarios? Ellos me lo dirán.

No fué a Nava, fué a Encarnación a quien halló Tomás esperándole en el café.

—¡Tú!—exclamó, palideciendo más que ella aún y ella estaba lívida.

—Yo, Tomás. No te asustes. No vengo a mendi-

garte una limosna de cariño. Tampoco voy a darte un escándalo.

— Encarnación...

— No te sientes; podrían vernos juntos. A la vuelta de la calle está aguardando un coche. Metámonos en él. Nos llevará ande sea, lejos; allí hablaremos apartaos de la gente. Es menester que hablemos; si no fuera menester no hubiese venío en tu busca. Es la última vez que te molesto. Bien pués hacer un sacrificio.

— No es sacrificio; yo...

— Lo es, Tomás, lo es. ¿A qué fingir entre nosotros? Vamos, que yo no tengo mucho tiempo.

Seguida de Tomás entró en el coche, dando al cochero orden de llevarles a la Moncloa. Después, recogiéndose contra un ángulo del carruaje, procurando que su cuerpo no tocara al del joven, cerró los ojos y se arrebujó en el mantón.

— Oye — dijo Tomás queriéndola coger por una de las manos.

— ¡Suelta! No me hables tampoco; no quiero que hablemos hasta llegar bajo aquellos árboles que nos vieron juntos en las mañanitas de abril. Un capricho. Sabes que soy muy caprichosa.

Poniendo la frente sobre las palmas de las manos, obedeció Tomás el ruego de la triste mujer. ¿A qué vendría? ¿Qué causas motivaban una conversación entre ellos, lejos de la gente, en los boscajes que presenciaron la loca expansión de sus amores?... ¿Llevaría Encarnación propósitos reconciliatorios?... De ir

con tales propósitos lo hubiera manifestado sin titubeo alguno. Otra era la causa. ¿Cuál? En vano procuraba inquirirlo.

No por reconcentrar sus ideas, porque sentía vergüenza de alzar el rostro hacia su antigua amante, conservó durante el camino la misma postura que adoptara a poco de emprenderlo.

Aprovechándose de tal postura, Encarnación contempló a Tomás de reojo al principio; luego, cerciorada de su ensimismamiento, soltó el embozo del mantón, echó hacia atrás el pañuelo de seda y puso sus pupilas adoloridas en aquel hombre que fué suyo.

La caricia con que los ojos de Encarnación envolvían al hombre era algo así como un beso sin término y un adiós sin vuelta, todo junto; el hambre de poseerle unido a la decisión de huirle. De ahí que cuanto más adentro de su amante se metía Encarnación con el alma en los ojos, más apartaba de él su cuerpo, más se embutía contra el ángulo del carruaje, más se esforzaba en contraerse, en hacerse invisible; dijérase que quería desaparecer, borrar su carne en el gris de la gutapercha, dejando el espíritu libre, flotante, envuelto en la lluvia de luz rosácea que metía el sol por las junturas de los vidrios...

VI

Detúvose el coche frente al Instituto de Alfonso XII.

— Espéranos aquí — dijo Encarnación al cochero, y, cogiéndose al brazo de Tomás, echó cuesta abajo hacia un paseo de árboles que conduce a Puerta de Hierro. Dejando el camino a su izquierda, tomaron por una senda entapiada con paredes de boj e hicieron alto en un pinar.

— Aquí estamos bien — dijo ella tomando asiento en un montículo, bajo la sombra de un pino gigantesco.

Caía el sol en polvo menudísimo de oro por entre las hojas del árbol para bordar la hierba con lentejuelas diamantinas; un aire cálido prologaba la primavera esparciendo por la atmósfera el perfume de los capullos tempraneros y el bravo aroma de los pinos, por cuyos troncos bajaba la resina en lagrimones de

ámbar. Los insectos zumbaban en el aire sacudiendo sus élitros; gorjeaban los pajarillos sobre la punta de las ramas o se perseguían entre las diafanidades azules; oculto en la más prieta copa silbaba un mirlo sus quereres, supliendo las ausencia de Pan.

Únicas figuras humanas del cuadro eran Tomás y Encarnación.

—¿Podré ahora saber...?—dijo el mozo.

—Me voy lejos, muy lejos. No he querido emprender el viaje sin decirte adiós para siempre.

—¿Te vas?

—Pa no volver. ¿Qué hago yo, qué haría yo en Madrid o en cualquier otro sitio? ¿Volver a lo de antes? He procurao hacerlo; sólo que no puedo, de verdá que no puedo. ¿Qué quieres? En el año que contigo viví me acostumbré a ser una mujer de mi casa. Tú me enseñaste a serlo. Al fin y a la postre te debo ese favor. ¡Ay, Tomás! —prosiguió, cogiendo las dos manos del joven—. Ha sío esto como una raíz que se me ha hincao en las entretelas del alma. Bien quise arrancarla... Más firme seguía, cuanto más tiraba yo de ella. Al día siguiente de abandonarme tú, desesperá, loca, calcúlate cómo estaría, eché por la de en medio y me fuí a León a una casa... A casa de *la Generala*.

—¡Tú!...

—¿Dónde ir? Donde iba antes de conocerte. Tú me quitaste de eso; dejándome tú, tirándome tú, ¿qué podía yo hacer? Me creí que lo pasao volvería habiéndote marchao tú. No volvió. ¡Me daba asco, mucho

asco!, ¡y vergüenza, mucha vergüenza! ¡Cuánto he llorao; cuánto he maldecío!... Figúrate que yo soñaba, cuando estábamos juntos en la casa de la calle de los Dos Amigos, que era pa en jamás; que tú y yo habíamos de andar por el mundo diquiá que la muerte dijera: «Esto se arrematό.» ¿Lo pasao? Ni me acordaba de que tuve pasao. ¿Mi vida de antes? Mi vida empezaba contigo, y contigo debía concluirse... No se concluyó. Había que seguir viviendo. Como antes, ya te he dicho que lo he procurao, y que no puedo. Yo no puedo ser más que mujer buena; pero el caso está en que sin ti tampoco puedo serlo.

—Lo serás conmigo. Aun es tiempo.

—No lo es. Si lo fuera, no te hubiese buscao; no te hablaría como lo hago. No es tiempo, Tomás. Porque no lo es estamos juntos. Ahora oye. Óyeme sin interrumpirme y sin espantarte. Bien puedes ver que estoy tranquila. Unas miajas tiemblo; quizás sea la fiebre; quizás sea la felicidá de tenerte a mi lao, pa mí sola, sola, hasta que me vaya, hasta que te deje pa siempre.

—¿Irte? ¿Dónde?

—Muy lejos. Ya pueo decírtelo porque está hecho, y hecho pa que nadie puea volverlo atrás.

—Pero...

—Oye. Te he suplicao que me oigas sin interrumpirme hasta que termine de hablar—repuso Encarnación echando un brazo por el hombro del joven, aproximando su cara a la de él, acariciándole con sus ojos, metiéndole por la piel los vahos de su aliento—.

Ello era menester. Contigo había terminao; a lo otro, aun queriéndolo, no podía volver. Siendo esto así, claro estaba el camino. Quien no cabe en el mundo, se va. Eso hago, me voy.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

—Anoche, anoche, sabes, revolví en medio cuartillo de aguardiente tres cajas de cerillas: mezclando las cabecillas con aguardiente, hacen más de prisa su efecto. Apuré la copa de un trago, dejé pasar la noche pa que no hubiese al mal remedio; te busqué, y aquí estoy. Aquí está la Encarnación de antes, tu Encarnación, porque ahora pueo serlo, estar junto a ti, pa no separarme de ti hasta que mi vida concluya. Serán pocas horas. ¿Y qué? Pa mí valen por una eternidá.

Y rodeando con sus brazos al joven, en quien la trágica revelación había producido un estupor, un aplanamiento absolutos, le atrajo hacia ella, se enroscó a él para que ni un solo punto de su cuerpo dejara de sentir el contacto, y puso en su boca un beso repretado, quemante, mientras sus ojos se dirigían al espacio en ofrenda de gratitud.

—¡Pronto!... ¡Pronto!—gritó Tomás saliendo de su anonadamiento—. ¡Pronto!... ¡Conmigo!... ¡Conmigo!... La Casa de Socorro está próxima. Corramos al coche. Llegaremos a escape. ¡Es Tomás, tu Tomás, quien te dice que vengas!

—Porque lo dices voy. ¡Llegar!... Siempre sería tarde. Es mejor—repetía Encarnación ya dentro del coche—; es mejor pa los dos, Tomás. Esta mujer sería

una carga pa ti, si por lástima de ella no la abandonaras y si volvieras a su lao. Te verías sujeto a mí contra tu voluntá. Contra tu voluntá. No me digas que no. En este momento te crees capaz de quererme como antes, más que antes, de pasar la vida junto a mí. Tomás, no es cariño la lástima. El cariño, cuando se va, no vuelve. El tuyo se fué. Durante unos días, acaso llegara tu cariño a mí como un muerto resucitao; los muertos, más temprano o más tarde, a su sepultura se vuelven. Más vale que yo acabe mientras el muerto resucitao esté junto a mí.

—¡Te juro...!

—No jures. Bésame.

El médico de la Casa de Socorro apeló a todos los recursos. Tras ponerlos y oir la declaración de la suicida, ordenó que la trasladasen al hospital.

Al quedar solo, encogiendo filosóficamente los hombros y prensando el puro con sus dientes, murmuró por lo bajo: «¡Juventud!, ¡juventud!... Pobre criatura. Es un caso perdido.»

VII

Luego de dejar a Encarnación en la sala de reconocimiento y de conseguir por influencia de un amigo, alumno interno de la casa, entrada para el día siguiente, Tomás echó Paseo del Botánico arriba, hasta esquinarlo y ganar la entrada del Retiro.

Las ideas iban y venían desordenadamente por su imaginación. Aun no había llegado para él aquella fase cerebral en que la razón, ordenando, clasificando hechos y pensamientos, analiza, contrasta y juzga. Ahora componían sus ideas un desordenado oleaje, sobre el cual flotaba Encarnación como imagen de pesadilla. Esta imagen, que al principio era vaga silueta, fué agrandándose poco a poco hasta llenar por completo el espacio, hasta convertirse en un gigantesco fantasma, por cuyos ojos, de par en par abiertos, salían llamaradas fosfóricas que dibujaban en la atmósfera interrogaciones azules.

¿A quién se dirigían aquellas interrogaciones? A él indudablemente. ¿Qué le preguntaban? ¿Le preguntaban si era justo lo que realizara abandonando a Encarnación? ¿Si no había sido infame traerla por capricho o por vanidad masculina a un honrado vivir para devolverla, una vez harto de ella, al pudridero donde la tropezó? ¿Le pedían cuenta del suicidio que contra los vidrios de una copa romanceara con jeroglíficos cárdenos el fósforo?... Aun no lo sabía; aun no comprendía, aun no podía comprender las preguntas que abarcaban las interrogaciones flotantes en la atmósfera; pero las sentía llamear en su corazón, y adueñarse de su conciencia.

Vagó durante horas y horas por los rincones del Parque de Madrid. El sol meridiano no tenía fuerza para borrar las tinieblas que danzaban por su cerebro ni para desvanecer el fantasma por las tinieblas recortado. El canto de los pájaros venía a él como un coro de quejas; los paseantes se esfumaban con vaguedad de espectros; si sus pies hacían recrujir la arena, imaginaba aplastar criaturas vivas; cuando pisaba sobre losas, creía andar por encima de tumbas; al atravesar los puentecillos, temblaba con el vértigo de las grandes alturas; preciso le era agarrarse a las barandillas para no caer contra aquellos abismos minúsculos.

Rendido, se desplomó, a todo el largo de su cuerpo, contra un banco de piedra. Pensó que estaba en un sepulcro del que nunca saldría; que la muerte, haciéndole suyo, le dejaba insensible para todo do-

lor. ¡Qué hermoso aquel sueño sin despertar! ¡Qué reparadores aquella calma, aquel total y definitivo reposo! Merced a ellos, ya no tendría que sufrir.

Súbito su quietud desapareció. Una sacudida dolorosa le hizo ponerse en pie. No podía, no debía permanecer estúpido, inmóvil, inactivo, en tanto que en el hospital agonizaba Encarnación.

Con paso rápido, casi en carrera, salvó la distancia mediante entre el hospital y el Retiro.

En la portería del hospital preguntó por su amigo, el alumno interno; estaba franco de servicio y había dejado la casa después de la visita. En su busca iría Tomás. Antes quiso adquirir noticias. Registró sus bolsillos, y sacando la peseta única que había en ellos, se la entregó a un mozo, diciéndole:

— Haga usted el favor de enterarse cómo sigue una enferma, Encarnación Pérez, que entró esta mañana. Se trata de una joven que se ha envenenado con fósforos.

— Ya sé, ya sé — contestó el mozo —. Precisamente es de mi sala. Sigue lo mismo. Acabo de verla hace media hora.

— No importa; suba usted. En la media hora ha podido sobrevenir algún accidente favorable o adverso. Suba, y baje al portal con las noticias que haya.

— Allá voy.

Despacio, con gran cachaza, subió el mozo las escaleras.

Tardaba en volver. Tomás se consumía de impacia pateando las losas, restregándose febrilmente las

manos, clavándose en la piel las uñas, haciendo gestos de inquietud. Con paso igual al de la subida bajó el mozo las escaleras.

— Ya se lo dije antes. Lo mismo. Era inútil subir. Aunque uno no es médico, tié práctica en estas cosas. No anda la probe bien. La cara va tomándole color de tierra... Cuando lo toma es señal que la tierra llama. Quede con Dios, y mil gracias por la propina. Ya sabe, con preguntar por Juan, el de la 12, darále razón cualsiquiera. Don Enrique, el interno, vive cerca, calle de San Carlos, número 3. Pase usté antes por el Café de Atocha; quizás que esté allí jugándose un *chapó*.

En el café estaba el interno. Sus noticias conformaron con las del mozo. Ver a la enferma era en aquel día totalmente imposible. Al día siguiente entraba el alumno de guardia. A más de la visita, autorizada por el pase, se arreglarían las cosas en forma que Tomás pudiera permanecer junto a Encarnación hasta anochecido. El caso era muy grave, pero no significaba peligro de muerte en las veinticuatro horas. Luego... Ser profeta resulta peligroso... En opinión del interno, las probabilidades funestas abundaban.

— Ánimo — dijo, estrechando fraternalmente la mano de Tomás —. Hay que sobreponerse. Estás febril. Métete en tu casa y esperemos hasta mañana. Puedes venir al café temprano; iremos al hospital antes de la visita; el médico de la sala es bueno y hará la vista gorda. ¿Quién iba a pensar un suicidio

en Encarnación? La traté antes de enredarse contigo. Francamente, capaz de matar a cualquiera sí la creía yo; capaz de matarse no la hubiera creído nunca. Ha cambiado mucho esa chica.

Tomás llegó a su casa en un estado de gran excitación. Sin responder al «buenas tardes» de su madre entró en su cuarto, y tirándose contra el sofá, rompió en desgarradores sollozos.

— ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? — preguntó doña Dolores asustada.

— ¿Qué tengo?... ¡Ay, madre mía! La mujer que yo abandoné, la que llamabas mala, se ha suicidado porque no quería ser mala.

— ¡Encarnación!...

— Encarnación. Y yo tengo la culpa; yo, que la arranqué de su vida, que le hice ver, disfrutar otra más honrada, y después la he abandonado brutalmente, sin más razón que mi egoísmo, que nuestro egoísmo. ¡Soy un miserable, un canalla!...

Doña Dolores, inclinando silenciosamente la cabeza ante la censura de egoísmo que sobre los dos arrojaba Tomás, procuró consolarle, calmar sus angustia, y le hizo contar punto por punto lo ocurrido.

Todo lo supo; desde el recado que enviara a su hijo Encarnación, hasta su diálogo con Tomás en el pinar de la Moncloa. Palabra por palabra iba repitiéndolo el joven el relato de Encarnación; su martirio al verse abandonada; su despecho, que la hizo arrojarse al antiguo vivir; el asco que el antiguo vivir causó en ella; su decisión de renunciar a él; su gesto

hermoso de buscar refugio en la muerte para morir en mujer buena, para no constituir una vergüenza o un estorbo en el porvenir de Tomás.

A medida que hablaba el hijo, que la figura moral de Encarnación se engrandecía, notaba doña Dolores que su odio se trocaba en piedad, que la piedad se volvía respeto, y que el respeto iba acercándose al amor.

Por el amor de su hijo sacrificaba aquella mujer la existencia. ¿Cómo no amar la madre a quien por el amor de su hijo entregaba la vida?

Ya no contemplaba a Encarnación al través del prisma que formaron sus celos y su egoísmo maternales. Tampoco la contemplaba envuelta en la atmósfera de su pasado vergonzoso. La veía purificada, engrandecida por su culto al amado, negándose a perder la honradez que puso el amado en su espíritu, llegando a la muerte por no perderla, acaso porque la puso él, por irse del mundo guardando una reliquia de él en el tuétano de sus huesos.

— ¡La pobre! ¡La pobre! — sollozaba doña Dolores —. Si yo pudiera cuidarla, atenderla, endulzar su agonía!... ¿A qué hablar de agonía? La Medicina ha adelantado mucho. Vamos, hijo, Tomás, serénate. No lo des todo por perdido. Tu amigo dice que por hoy no hay cuidado. Ganar un día es ganar mucho. Confiemos en el mañana!...

— ¡Señor, Dios mío! — exclamó, a solas en su alcoba, arrodillándose frente a un Cristo que presidía la cabecera de su cama—. ¡Señor, Dios mío y de

todos los hombres, si es que pequé, perdóname! ¡Aunque su salvación trajera para mi vejez la soledad, sálvala, Señor, sálvala!

Los tenues reflejos del alba reflejaron en los ojos abiertos de Tomás.

Se vistió presuroso y ganó el corredor de puntillas para no despertar a su madre. Estaba ya en pie; no pudo tampoco dormir.

—¿Dónde vas tan temprano?—dijo doña Dolores—. Al menos, al lado de tu madre puedes hablar de ella o llorar sin rubores. La cita con el interno es para las ocho; aun no han dado las seis. Toma una taza de café, sin azúcar para despejar la cabeza. Sobre todo, no desesperes. Pide a Dios, como yo, que la salve. Después ya veremos. No ando tan mal de corazón. ¡Quién sabe si salvándose, y corriendo el tiempo, no se hará ella digna de todo! ¡Entonces...! ¿A qué hablar del entonces estando el ahora amargando este amanecer? Arregle Dios, puesto que a su ilimitado poder exclusivamente puede encomendársele, el ahora; el después, ya lo arreglaremos nosotros. Ve, hijo mío, ve —concluyó por decir—; estás sobre ascuas. Tendrás que esperar a tu amigo; pero tal vez el andar te haga bien y te aplaque los nervios; de casa al hospital hay buen trozo: hazlo a pie. En cuanto llegues al hospital y sepas cómo sigue, envíame recado. Toma tres duros de los cinco que me dieron anoche en la tienda por la labor de esta semana.

VIII

Tomás hubo de aguardar una hora al interno.

— No me he retrasado — dijo éste —. Las ocho en punto son. Vamos. No nos pondrán dificultades en la puerta.

Cruzaron algunos corredores, por cuyas ventanas abiertas salía el polvo que alzaban los mozos al barrer. Saludaron a una hermana de la Caridad que pasó por junto a ellos con balanceos de oca, y llegaron al pasillo que a la sala 12 conduce.

Por el fondo del pasillo venía una camilla.

—¿Será...? — preguntó temblando Tomás.

Aún no era ella. Era el cuerpo muerto de un tífico. Por el descompuesto sudario asomaban sus carnes liriosas, su tumefacto rostro, donde relucían los labios como dos manchas de carbón. Un brazo descolgaba rígido a lo largo de la camilla. La mano de aquel brazo producía, al rozar en los ladrillos con las

uñas, un ruido semejante al que produce con su frotamiento el papel de lija.

Los camilleros pasaron en silencio, vueltas las caras hacia atrás para substraerse a las emanaciones pútridas que se desprendían del cadáver. Tomás y el interno entraron en la sala 12.

Alumbrada ésta por luz matutina, sonreía sobre el dolor. Los rayos solares penetraban los vidrios, dibujando haces luminosos en el suelo, pintando contra las paredes arabescos de lumbre, ascendiendo como reptiles áureos por los lechos de los dolientes para enroscarse a sus brazos y lamer sus caras amarfiladas por el sufrimiento o enrojecidas por la fiebre. Las hermanas de la Caridad iban y venían de unas camas en otras, desarrugando embozos, remetiendo colchas, ahuecando almohadas, guardando las escupideras en las mesas de noche, poniendo en orden los desarreglos consiguientes a la pereza nocturnal para que al llegar «la visita» lo encontrara todo en su punto, y el médico, un gruñón que tocante a higiene era implacable, no hallara cosa a reprender.

Encarnación tenía su lecho al fondo de la sala, entre una obrera a quien la guillotina encuadernadora había partido una mano, y una vieja, lavandera del río, sobre cuyo cuerpo paludismo, años y reuma celebraron concierto para remitirlo al hospital hecho sarmentoso rebujo. El muñón de la joven se remarcaba contra el vendaje sujeto al brazo inútil. En adelante aquel brazo tal vez sirviera sólo para exhibirse implorando la pública limosna. «¡Ay, Dios mío, Dios

mío! — gimoteaba la obrerita —. ¿Qué va a ser de mis hermanos chiquitines? ¡Mis padres viejos, el hermano mayor en esa guerra de los moros!... ¡No había en casa más jornal que el ganado por estas dos manos!... ¡Ahora sólo queda una!...» La vieja, recostada contra los almohadones, gruñía con gruñidos de bestia, poniendo en la pared sus ojos imbéciles, sin temblor alguno en los párpados.

Encarnación se incorporó al ver a Tomás y le aguardó con los brazos tendidos.

— Vamos, échese — dijo el interno —. Los movimientos bruscos pueden perjudicarla. El director da permiso para que estés hasta el anochecer. Pasas por alumno de Medicina que viene a estudiar los efectos del fósforo. El médico de la sala, don Sebastián, tampoco hará objeciones. Es un hombre completo. Con dejar paso a «la visita» cuando llegue a la cama, estás del otro lado. Hasta luego.

— Creí que no iba a verte. No porque no vinieras; porque lo hicieras tarde, cuando esta calentura — exclamó Encarnación — acabara de quitarme el poco juicio que me queda. Mi terquedad en verte, en oirte, ha debido tener fuerzas para conservarme la razón — añadió cogiendo entre sus manos ardorosas las del joven, que parecían mármol —. ¡Ay, Tomas, Tomás!... Ahora que quisiera vivir, no puedo vivir. Siento la muerte subir hecha llama desde las entrañas a mi boca. ¡Cómo se retuerce la llama! — siguió, ya en pleno desvarío febril —. Quiere quemarlo, consumirlo, achicharrarlo todo, todo, hasta el cariño que

tengo a mi Tomás. Llega hasta él; procura alcanzarlo... ¡No lo alcanza! Mira cómo se encoge y se achica y se extingue la llama cuando llega hasta donde está mi cariño. Abrasa todos los cachos de mi cuerpo. Con el que guarda el cariño de Tomás no se atreve. Mi cariño está aquí. ¿Lo sientes? Va y viene sin cansarse, de prisa, cada vez más de prisa; fuerte, más fuerte cada vez.

Y ponía la mano del joven sobre su corazón. Los latidos de éste alzaban el pecho de la enferma, descubriéndolo por entre las blancuras de la desabotonada camisa.

A aquel borbotón de palabras siguió un silencio trágico; las manos de la suicida se engarfiaron; su corazón latió más despacio; en cambio, sus alentares se hacían más rápidos, duplicando la normalidad. Sus labios tornábanse lívidos; las pupilas desaparecían tras el párpado superior, manchándolo con una extensa sombra azul, dejando al descubierto el blanco de los ojos; teñíase el cutis de cobrizas amarilleces, semejantes a las que barnizan la piel de los coléricos. Anchas gotas de sudor frío brotaban de entre las raíces del pelo. Las manos arañaban las sábanas, mostrando, desde el arranque de las uñas hasta su parte media, un tinte violáceo que se acentuaba por segundos.

Tomás iba a pedir auxilio cuando el mozo gritó desde la puerta : «La visita.»

Un grupo de personas, a cuyo frente iba el médico de la sala, avanzó por la derecha de las camas, dete-

niéndose ante cada una de ellas, siguiendo la inspección del facultativo, escuchando las explicaciones que daba a propósito de las dolencias, de su proceso, del plan curativo, del éxito que obtendría el plan según el caso y las contingencias probables.

Llegaron junto al lecho de Encarnación. A un gesto del interno se retiró Tomás de la cama.

—Una que se las lía—dijo el médico—. Envenenamiento por fósforo. Están los síntomas tan claros, que huelga explicación. Las manchas azules en los ojos, las violáceas en las uñas, el sudor, la frecuencia respiratoria, la hipertrofia hepática, el matiz de la piel... No falta uno. Entrará en el período agónico antes de media noche. No la compadezcan — añadió —. Se va del mundo y se va joven. Mejor es que seguir en él viejo, pobre o inútil. Además, la fiebre le privará de padecer, al menos de saber que padece, hasta que llegue la agonía. La agonía es un trance dulcísimo; un período de beatífico bienestar. No ocurre ello por influjo de Dios — y perdonen las hermanitas—; Dios, caso de existir, no se ocupará en estas pequeñeces humanas; tendrá por aquellas alturas asuntos más formales. El bienestar de la agonía procede — según dicen los sabios — de que en el periodo agónico apenas si funciona el oxígeno. El ácido carbónico queda por rey de nuestro aparato respiratorio. Agradecido al homenaje, extiende por todo el organismo una gran somnolencia, una deleitosa languidez, bajo cuyo imperio va llegando la muerte. Llega de puntillas, coge la vida del enfermo y se la lleva sin que la víctima se

entere. A esta muchacha la volveremos a encontrar en la sala de autopsias. ¡Verán ustedes, verán ustedes qué precioso color amarillo limón tiene el hígado!

El médico continuó la visita. Tomás, vuelto de espaldas, ocultaba el rostro para que la gente no le viese llorar.

Sin que Encarnación recobrara el sentido, sin que Tomás aceptara el almuerzo a que le invitó reiteradamente el alumno, transcurrieron la mañana y la primeras horas de la tarde. El poeta, asido a las dos muñecas de Encarnación, inclinado sobre ella, seguía las oscilaciones de su pulso y el ir y venir de su aliento. Iba siendo aquél más desconcertado y más tenue; éste más frecuente y más corto. Las sombras azules de los párpados se acentuaban al igual que los morados de las uñas; el sudor era más copioso, más frío; la lividez de los labios los volvía de marfil viejo; el tono de la piel pasaba de terroso a ceniza.

Próximo el crepúsculo llegóse a la cabecera de la enferma el médico de guardia: hizo un gesto, encogió tristemente los hombros y habló en voz baja con una hermana. Ésta fué hacia la puerta, y antes de subir dijo algo al interno, que venía en busca de su amigo.

El interno, llegando al lado de Tomás, separó sus manos de las muñecas de la enferma y murmuró afectuosamente:

— Despídete; es la hora. Ya volverás mañana.

— ¡Déjame, déjame! — respuso Tomás — ; aun no murió la luz del día; tu promesa fué hasta la noche. ¡Dejame hasta la noche!, ¡deja que la vea morir!...

Un sacerdote y dos hermanas llegaron a los pies de la cama. Antes de acercarse a la moribunda el cura, preguntó a Tomás:

—¿Es usted hermano, marido, pariente de la enferma?

—No, señor. Soy la única persona que puede endulzar su agonía.

—No siendo hermano, esposo, pariente, no puede usted continuar aquí.

—¿Por qué no? Soy su amante. Si ella pudiera hablar, me diría que no me fuera, que no la abandonara. Como ella me lo diría, estoy dispuesto a no irme.

Casi por la fuerza, arrastrándole, suplicándole en nombre de su buena amistad, haciéndole ver el grave compromiso que un escándalo traería al interno, logró éste que saliera Tomás de la sala.

—Aún vivirá mañana —dijo el alumno—. Ven mañana en cuanto abran la puerta. Te aseguro que la verás.

—¡Mañana!... ¡Cuántas horas hasta mañana! —murmuró el poeta, poniendo sus ojos en el abanico solar del crepúsculo.

Los reflejos que acompañaban la agonía del astro eran amarillo limón.

IX

En la noche clara, bajo el fulgor de las estrellas, rondaba Tomás el edificio hospitalario, los amarillentos y desconchados murallones, salpicados con ventanales y unidos a las clínicas de San Carlos por un puente de hierro. En algunas vidrieras temblaban rayos tenues de luz. Otras recortaban negruras sobre el ocre de las paredes. Los rumores de la ciudad llegaban a la planicie inmediata a la estación del Mediodía, sordos, destimbrados, confusos. De vez en cuando el pitar de una máquina, el campanilleo de un tranvía, el rodar de un coche, turbaban el cuchicheo ciudadano con sones más precisos. Al escucharlos alzaba Tomás la cabeza. Pronto la dejaba caer, y proseguía su paseo al largo de los muros. En uno de estos viajes subió los escalones que conducen hasta la puerta principal, cerrada desde antes de las nue-

ve, y puso atención a los ecos del interior. Eran tintineos de llaves, chirriamientos de cerraduras, pasos que retumbaban en las espaciosas crujías. También creyó oir el repique de una campanilla. Quizás fuera el Viático. Acaso iba a turbar con él la agonía de Encarnación, representando a un Dios todo misericordia, el cura que expulsó a Tomás de la sala a pretexto de que no era hermano, marido o pariente de la moribunda mujer. Esclavo de una nerviosa angustia, se inclinó a mirar por el agujero de la llave dibujada en la cerradura con un ziszás de lumbre. Por el portal paseaba el mozo de guardia, rechupando la colilla de un puro. El humo de éste ascendía en espirales grises, acompañadas por la voz del guardián, que canturreaba una copla gallega. La luz, cernida por los vidrios de un empolvado farolón, se descomponía tristemente en la atmósfera. Al fondo del zaguán divisó una verja pintarrajeada de negro. Tras sus barrotes vió desfilar a un cura revestido; le seguían un monaguillo en traje ritual y dos mozos empuñando blandones de lacrimosa cera: pasaron rápidos; el cura desciñendo con su mano libre la estola; el monago con la campanilla en sobre el hombro. Uno de los mozos escupió en la llama del blandón; chisporroteó aquélla, y se extinguió contra la torcida. Una mancha pardusca, semejante al jirón deshecho de un luto, quedó flotando en el espacio.

Tomás retrocedió de espaldas y tomó asiento en una piedra a medio pulir de una obra en construcción próxima al hospital. Durante un cuarto de hora

se entretuvo siguiendo las oscilaciones de las luces en los vidrios del edificio.

¿Cuál sería la ventana inmediata a la cama de Encarnación? ¿Aquella que relumbraba con destellos de hoguera, tiñendo los cristales en rojo? ¿La otra por donde iba la luz débil, intermitente, como una vida que concluye?... La luz pálida se extinguió. Al verla desaparecer, al quedar el vidriaje en sombras, vino a la memoria del joven el recuerdo del muerto que entreviera durante la mañana, transportado por dos enfermeros sobre una descuidada camilla. Hasta creyó oir el ruido de las uñas del tífico arañando las losas. Un reloj dió las diez; Tomás contó las campanadas una a una, en voz alta. La voz sonó mate, sin timbre. A él mismo le hizo dudar de que fuera la suya.

Tras una gran pausa, empleada en recoger las mil y mil ideas que desde su reencuentro con Encarnación flotaban dentro de su cráneo, comenzó uno de esos monólogos en los cuales no son los labios, es el remordimiento quien va modulando las palabras, y la conciencia quien las oye: la conciencia, oyente inflexible al que no se gana con sofismas y con retóricas.

—Era indudable que la muerte de Encarnación recaía sobre Tomás. Su egoísta abandono fué rúbrica del crimen. Tomás, rechazando a la suicida luego de abrir ante los pulmones de su alma ambientes de honradez, de poner frente a sus ojos la esperanza de un sereno vivir, de una vejez noble y tranquila, la devolvió brutalmente a la infamia, la arrojó de golpe

contra el abismo que ella imaginó dejar para siempre. Faena cruel que el poeta había realizado sin sentir piedad por su víctima, inmolándola con un frunce desdeñoso de espaldas. «Ahí va el juguete humano. Lo saqué de la sombra y lo hice contemplar el sol: fué capricho; que vuelva a la sombra otra vez.» ¿No era esta acción horrible? ¿No equivalía a dar vista a un ciego y vaciarle después los ojos?

—Si al conocer a Encarnación, si al caer ésta en sus brazos, tras una noche de embriaguez, la hubiera pedido Tomás, lo que ella daba siempre, el disfrute material de su cuerpo, sus responsabilidades, fueran cuales fueran las acciones posteriores de Encarnación, resultarían nulas. Al dejarla, cuando ello ocurriera, la dejaría tal como la encontró, en su medio, en su atmósfera, pronta a buscar otro galán que satisficiera su gusto y otro necio que pagara sus gastos. Representaría en la vida de aquella mujer un episodio, más o menos interesante, pero un episodio. Al terminarse, cada cual por su lado, sin deberes, sin compromisos, sin remordimiento para ninguno de los dos.

—Tomás no había procedido así. Cuando *la Toledana,* siguiendo los usos de su desventurada estirpe, quiso partir su lecho entre el amante pagador y el amante gratuito, Tomás hizo valer su orgullo, su derecho de vanidad, a que la mujer fuera para él solo y de él tan sólo dependiese. Llegó a más: aceptó la existencia en común, bajo el mismo techo. Aceptar lo otro no era digno de un caballero. ¿Era digno de

un hombre de bien dar por lazo seguro de compañerismo amoroso lo que sólo era amor propio de señorito y egoísmo de macho en celo? ¿Por qué la engañó? ¿Por qué la dió como cierto lo que no iba a cumplir? Dejarla para siempre al amanecer de su primera noche o tomarla en entretenimiento, fuera proceder noblemente. Hacer lo que él hizo, fué proceder como un infame.

—Durante un año, como a compañera, como a esposa había tratado a Encarnación. Junto a ella vivía, junto a ella emborronaba hojas de papel para ganar el pan o para conseguir la gloria. Ella trabajaba también para contribuir al sostenimiento de la casa común. Por orden de Tomás acabaron para ella juergas, visiteos y bailes. Su existencia se cambió totalmente. Si conservaba algunas amistades antiguas, era porque Tomás no puso empeño en evitarlas; porque, en su desdén de grande hombre presunto, no se dedicó a pulir el alma de ella. Aun sin pretender, sin intentar él directamente aquella regeneración, la joven, al sólo influjo del ambiente moral que él trajo al hogar con su persona, la fué realizando en cuanto de ella dependía; llegó una hora en que dejó de ser *la Toledana,* la moza de placer, la criatura del arroyo, para convertirse en mujer buena, en compañera honesta del hombre que vivía a su lado, en compañera del artista también. Si no razonaba, adivinaba las ambiciones, los sueños de Tomás. Si no le daba la mano para ayudarle a escalar la gloria, le seguía en el viaje; iba detrás de él silenciosa, humilde, pero confiada

y resuelta, con los ojos en admiración y la boca en sonrisa. La transformación fué completa. La larva despreciable, al contacto de aquella espiritual primavera, parió una mariposa de limpias y deslumbrantes alas que revoloteaba hecha bondad y amor sobre la frente del poeta. El poeta cogió la mariposa con sus dedos, y luego de revolverla, de manosearla a su antojo, de desprender de sus alitas el polvillo que las ayudaba a volar, la arrojó contra un estercolero.

—¿No constituía ello una iniquidad, un delito mayor que los que en presidio se purgan?

—Encarnación se creía salva, libre en la playa, del naufragio. El egoísmo, el cansancio del hombre rompía la esperanza de la mujer. «¡Vuelve a lo de antes! — gritaba el hombre incompasivamente –. Yo sigo mi camino. Torna al pudridero donde te emporcaste de larva.»

—Y tornó empujada por los rafagazos del engaño; cayó en el pudridero, pero no pudo permanecer en él. Sus alas transparentes de mariposa no querían mancharse. Valiéndose de ellas, en un supremo y último esfuerzo, emprendía el viaje hacia la muerte. Acaso para acompañar aquel postrimer aleteo volvieron a relucir sobre el cristal de la ventana hospitalaria rayos tenues de luz.

—Sostenida por el joven, Encarnación hubiera sido modelo de mujeres, santa madre quizás. El poeta la abandonó.

Ahora sollozaba el poeta en la obscuridad de la noche.

Su pensamiento, ennoblecido por el dolor, generalizaba el caso individual.

La suicida no era ya un individuo; era una concreción humana; el símbolo de toda una casta educada en ambientes de prostitución y miseria. Aquella casta se revolvía en la ignorancia, en el envilecimiento, en el crimen, por falta de apoyo, por culpa de un bárbaro egoísmo que no oxigenaba su atmósfera.

¿Lo que Tomás debió hacer con Encarnación, no debía hacerse por el cacho de humanidad que simbolizaba ella? ¿No sería el hecho particular que pesaba sobre el artista, una ruda advertencia, un señalamiento perentorio del camino a seguir?

Esta idea fué como un relámpago; se desvaneció rápida en el horizonte del dolor personal. Una sombra que transparentaron los vidrios, prolongándola espectralmente, trajo a la conciencia de Tomás la agonía de Encarnación. Tal vez ni agonía era ya. Tal vez en aquel segundo la muerte llegaba a la cabecera de la cama. Quizás fuera la de la muerte la sombra que transparentaron los vidrios. Pasó por junto a ellos; llegó a la suicida, la tocó con sus dedos de escarcha y se desvaneció en los altos de la techumbre, en los rincones donde no alcanzaba la luz. En el lecho, las manos al largo del embozo, la cabeza en escorzo, el pecho sin alientos que lo empujaran, los blancos de los ojos perdidos, engarzados como dos perlas en los párpados lapislázuli, yacería la mariposa humana con las alas rotas, estremecidas aún por la vibración de su último vuelo.

Fueron doce campanadas las que Tomás contó. Al oirlas tuvo un sacudimiento pleno y sintió ansia invencible de abandonar aquellos lugares, de buscar compañía, de unirse a alguien que le escuchara y respondiera.

Con paso rápido desembocó en la calle de Atocha, bajó la de Carretas y ganó la Puerta del Sol en busca del Café de Lisboa.

Sus amigos estuvieron hasta las doce. A esa hora, según le dijo el mozo, habían salido con dirección a la Zarzuela. No era fácil que regresaran. El baile concluía a las cuatro; a las dos se cerraba el café.

Maquinalmente, sin darse cuenta cabal de sus acciones, llegó a la Zarzuela Tomás; atravesó el vestíbulo y se halló en la sala de baile.

La luz de los focos y el griterío de la gente le sacaron de su inconsciencia. Al mirar en rededor suyo creyó que soñaba, y se restregó fuertemente los ojos.

¿Qué hacía allí? ¿Quién le había llevado allí? Allí fué donde la conoció. Sobre aquella alfombra giraron enlazados cien veces, transmitiéndose el calor de sus cuerpos, enrejando sus manos, poniendo él sus labios en los cabellos de ella, atrayéndole ella hacia sí con el afán de sentirlo más próximo. En aquel palco, el segundo a la izquierda, estaba él con «la decimera» cuando Encarnación fué en busca de la presumida rival y la hizo rodar a sus plantas, arrastrándola por el pelo.

En el *restaurant,* rodeado por mozos y mozas que apuraban el contenido de una vieja ponchera, blan-

queaba el velador donde se acercara *la Toledana*, acompañada de *la Avispa*. Allí empezaron sus amores; de allí salieron juntos para subir entre obscuridades, cambiando besos en la sombra, la escalera de la calle de los Dos Amigos.

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame! Si no me sacas, voy a volverme loco — dijo Tomás a Nava.

Éste, primero y único amigo con quien tropezara el poeta en el baile, estaba ignorante de todo. Al saberlo le acompañó. En el rincón de una taberna permanecieron haciendo hora para ir al hospital. Cuando el mozo trajo a Nava un medio cuartillo de aguardiente, Tomás, cubriéndose la cara, rechazando el vidrio que Alejandro se aprestaba a coger, gritó con voz de espanto:

—¡Haz que se lleven eso!... ¡Aguardiente no!... ¡Me parece verla frente a mí, apurando el vaso asesino!...

X

El interno aguardaba en la puerta. Cuando llegaron Alejandro y Tomás, éste, con los ojos, sin atreverse a proferir palabra, hizo la pregunta. El alumno le echó al cuello los brazos y no habló palabra tampoco.

— ¡Muerta!... ¡Muerta!... ¿Cuándo fué? ¿Cómo fué?

— A las doce, en una extinción lenta. Sin dolor, sin conciencia de que moría.

— Quiero verla... ¿Podría verla?...

— No hay obstácnlo. Está en el depósito. Venid. Aunque — añadió mirando a Tomás — mejor fuera dejarlo. Será un rato muy duro.

— Razón de más para que vaya.

Guiados por el interno, atravesaron extensas galerías. Ganaron un jardín, descendieron tres escalones, cruzaron un pasillo, hizo girar el alumno una puerta,

y se hallaron en el depósito. A su fondo, sobre un ancho estante aforrado con cinc, había tres cadáveres.

El de la izquierda era un varioloso. Su cabeza constituía una pasta roja, un amasijo blando por donde chorreaba el pus; el otro cadáver era un herido en riña: sobre sus cejas se dibujaba el agujero cónico de la bala. Entre los dos hombres dormía su último sueño Encarnación.

Tomás, empinándose sobre la tarima, trepando por ella, arrodillándose en el hueco que dejaba la cabeza del varioloso, se inclinó hacia la muerta y besó aquellos labios entreabiertos por una contracción que parecía una sonrisa. El frío de la muerte, ese frío a ningún otro igual, se le entró en la sangre con el beso. Por un segundo se imaginó muerto también, sepultado con Encarnación en una urna de cristales de hielo. Al bajar del estante, al recular hacia la pared, hubo de sostenerse contra ella para no caer redondo.

Entonces vió realmente a Encarnación. Al penetrar en el depósito, más que guiado por sus ojos, impulsado por su alma, fué inconscientemente hacia aquel bulto de mujer del que sólo se le aparecían precisas, llamándole con dulce imperio, las pupilas engarzadas en los párpado lapislázuli.

Ahora contemplaba el cadáver clara, totalmente, como lo dejaron la agonía y los hombres.

La agonía había desfigurado el rostro y tumefaccionado el cuerpo; el vientre, con su bárbaro abul-

tamiento, remarcábase sobre la ropa como si quisiera hacerla estallar; las manos daban contra el cinc. En la comisura de los labios burbujeaba un espumarajo negruzco; los párpados eran dos brochazos azules.

Los hombres fueron más crueles que la agonía con la muerta. Sus cabellos, sus largos y rizosos cabellos, habían desaparecido. Trasquilados por tijeras inhábiles, se erizaban contra la piel del cráneo formando escalones, dibujando en ella calvas irregulares que recordaban las cabezas de los tiñosos. La ropa con que ingresó en el hospital no ceñía su cuerpo. Sólo dejaron, para mal encubrirla, el gabanote que puso encima de su traje cuando fué en busca de Tomás. Ni intención pusieron en abrochar todos los botones del gabán. La carne surgía por los desabroches del paño; abierto el gabán en su parte inferior, se tendía a un lado y otro del estante mostrando unas piernas sin calzas y dos pies desnudos, amoratados hacia el tercio inferior de las uñas.

El alumno les dió explicación de estos hechos. Las ropas se guardaban para devolverlas a las familias, si éstas las reclamaban; si no, para repartirlas entre gentes menesterosas; el pelo se cortaba para evitar obstáculos. Las hermanas se lo vendían a los confeccionadores de peluquines y añadidos. «¡Después de todo!... El cabello no se estudia en la salas de disección.»

—¡Salas de disección—dijo roncamente Tomás—. ¿Van a llevarla allí?

— Como a todos. Le harán la autopsia, para que la Ciencia estudie sus despojos. Al fin y al cabo, son estas criaturas, que el desamparo nos entrega, quienes cumplen más noblemente su misión. Después de muertas continúan siendo útiles al bien de las humanidades.

— ¡No!... ¡No! — gritó el joven —. No quiero que la descuarticen; que su carne, ya de todos en vida, siga siendo en muerte de todos. Tiene derecho a que en la muerte, siquiera en la muerte, la dejen los hombres en paz. Habrá medios para evitar ese nuevo ultraje. Indícamelos.

— Reclamando el cadáver, haciéndole entierro de pago, no es difícil arreglar el asunto. Como el envenenamiento y sus causas están diagnosticados y declarados con absoluta precisión, el médico de la sala, rogándoselo yo, no hará hincapié en la autopsia. El pelo y las ropas te serán devueltos si quieres conservarlos. Eso sí, de resolver el enterramiento de pago, hay que hacerlo antes y con antes. El cadáver debe pasar hoy a San Carlos si nadie lo reclama.

— ¡Aguardadme, aguardadme! — dijo Tomás —. Lograré, alcanzaré que este cuerpo vaya a la fosa entero, sin que nadie vuelva a manosearlo.

Fué su madre quien lo hizo. «No hay dinero en casa — dijo a Tomás doña Dolores —. No importa. Mira — siguió, abriendo un mueblecillo de caoba con incrustaciones de marfil, resto único de sus bienestares antiguos —, estos pendientes, estos dos brillantitos, son la sola alhaja que conservo. No quería des-

prenderme de ella; fué el regalo de boda de tu padre. Empéñalos o véndelos. Con lo que te den por ellos entiérrala. Y tráeme su pelo. Lo guardaré en la caja donde guardo la cruz laureada. En la caja de las reliquias.»

XI

A la vuelta del cementerio donde acompañó a Encarnación con los amigos del cenáculo, rogóles que se fueran, que le dejaran.

—No temáis ningún arrebato, ninguna acción irreflexiva — dijo —. Tranquilo estoy; pero quiero estar solo.

Sus amigos —por algo eran inteligentes— no opusieron reparos, y Tomás quedó solo, acodado sobre la balaustrada del puente de Segovia, con los ojos puestos sobre las aguas infectas del río que deslizaba sus ondas por bajo de los arcos.

Olores de cloaca ascendían del Manzanares. Un grupo de chiquillos, con harapos a media pierna, se perseguía en la corriente, arrojándose bolas de fangos que, al aplastarse contra sus carnes, chorreaban por ellas volviéndolas hollín. El sol, reflejando sobre los churretes, les daba un barniz purulento.

Tomás, cambiando de actitud, volvió la cabeza en dirección del camposanto. Por los muros asomaban, recortándose sobre el espacio, como dibujados con tinta, llorones sauces y puntiagudos cipreses. Al pie de uno de éstos se hundía la hoya de Encarnación.

Recordaba entonces Tomás que en aquel mismo puente, cuando iba con sus amigos acompañando el ataúd, un grupo de obreros se había descubierto para dar un adiós a la muerta. Fué el único saludo respetuoso que rindieron a Encarnación los hombres; para recibirlo necesitó morir.

Los pensamientos que durante sus horas de espera a la puerta del hospital sacudieron la conciencia del joven, acudieron a ella otra vez, pero más firmes, más determinados, más precisos.

Tomás pudo redimir a la muerta. Por obra del amor, todos los gérmenes de bondad y honradez que en el alma de Encarnación sembrara la Naturaleza habrían fructificado, desbordando en gallardos brotes. Bastara un esfuerzo de Tomás para que los brotes hubieran echado fortísimas raíces y parido espléndidos frutos. Él los despreció, los abandonó. Hizo algo peor: arrancar los brotes y lanzarlos contra surcos de infamia. Acostumbrados ya a otra atmósfera, los brotes no quisieron prender y se condenaron a muerte. Cuando Tomás reconoció su culpa, cuando quiso enmendarla, era tarde; la muerte había hecho su oficio.

Pero si no a la de Encarnación, ¿no podría contri-

buir a otras redenciones?; ¿no sería intentarlo pagar su culpa y ofrecer a la muerta un desquite?

Como en la noche de la espera frente al edificio hospitalario, la conciencia de Tomás, engrandecida por el dolor, generalizaba, ensanchaba el problema.

Encarnación no era un individuo, era un símbolo. El símbolo de toda una casta desarrollada en ambientes de infamia, de prostitución y miseria. Los que a ella se inclinaban, se inclinaban para explotarla. Concluída la explotación, abrían la mano y la dejaban caer encogiendo los hombros. ¿No demandaba esta iniquidad voces enérgicas, acciones viriles que se alzaran contra ella? Lo que Tomás no pudo hacer por Encarnación, ¿podría intentarlo en beneficio de su casta infeliz?

Debía intentarlo. El hecho particular fué advertencia agria, señalamiento imperioso del camino a seguir. El camino estaba frente a él, lo veía claro a la luz brillante del sol, descompuesta sobre el río fangoso.

A procurar el advenimiento de un mundo nuevo donde abandonos, injusticias, ignorancias, prostituciones y miserias no pudieran ser; donde la humanidad toda comulgase en altares de amor, debían tender sus esfuerzos.

Correspondía esta obra a los fuertes. Él lo era. Si hasta entonces titubeó, si marchó torpemente, en zig-zag, fué porque marchaba entre sombras. El cadáver de Encarnación había alumbrado las sombras. No vacilaría. Estaba seguro de sí mismo. El mozo se

convertía en hombre. «A la obra, desde el minuto aquél.»

Dos lágrimas, saltando por los párpados de Tomás, cayeron en las aguas del río.

Fueron las últimas.

El poeta irguió su busto varonil, y con paso firme, con la decisión en los ojos, hizo cara a Madrid, que resplandecía bajo los incendios del sol en el amplio horizonte.

FIN DE LA NOVELA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El suicidio de Verther.—Drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley.—Drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables.—Drama en tres actos y en verso.

Honra y vida.—Leyenda dramática en un acto y en verso.

El Duque de Gandía. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso. Música de Ruperto Chapí.

Luciano.—Drama en tres actos y en prosa.

Juan José.—Drama en tres actos y en prosa.

El Señor feudal.—Drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas. — Drama lírico en tres actos y en verso. En colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

El tío Gervasio.—Monólogo en prosa.

El león de bronce.—Monólogo en prosa.

La Cortijera.—Drama lírico en tres actos y en verso. En colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

Aurora.—Drama en tres actos y en prosa.

De tren a tren.—Comedia en un acto y en prosa.

Pa mí que nieva. — Comedia en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco.—Drama lírico en tres actos y en verso. Música de Ruperto Chapí.

Raymundo Lulio.—Ópera en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

Raymundo Lulio.—Zarzuela en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

El vals de las sombras.—Comedia lírica en un acto y en prosa. Música de Joaquín Valverde (hijo).

Entre rocas.—Drama lírico en un acto y en verso. Música de Ruperto Chapí.

Amor de artistas. - Comedia en cuatro actos y en prosa.

Daniel.—Drama en cuatro actos y en prosa.

Lorenzo.—Comedia en tres actos y en prosa.

La conversión de Mañara.—Comedia en tres actos y en verso.

El crimen de ayer.—Drama eu tres actos y en prosa.

Los majos de plante.—Sainete en un acto y en verso. En colaboración con Pedro de Répide.

Los majos de plante.—Sainete lírico en un acto y en verso. En colaboración con Pedro de Répide. Música de Ruperto Chapí.

Los tres maridos burlados.—Comedia lírica en un acto y

en verso. En colaboración con Pedro de Répide. Música de Vicente Lleó.

Marinera.—Monólogo en un acto y en prosa.

La confesión.—Drama en un acto y en prosa.

Ramón Zull. — Leyenda dramática en tres actos y en verso.

Sobrevivirse. — Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.

EN PREPARACIÓN

Luz.—Comedia en tres actos.

La infanticida.—Novela.

Rebelión.—Novela.

El hampón.—Novela.

La gañanía.—Novela.

Del camino.—Novela.

El lobo.—Novela.

Idos y muertos.—Memorias de treinta años.

El sino.—Novela.

El idilio de Pedrín.—Novela.

Paraíso perdido.—Novela.

Los bárbaros.—Novela.

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

Mares de España.—Impresiones de viaje.

El Caudillo.—Novela.

Se acabó la impresión de este libro,
en el Establecimiento tipográfico
de los Sucesores de Hernando,
el día 12 de marzo
de 1913.




LS.
D5466e
181325
Author Dicenta, Joaquín (1863-1917)
Title Encarnación.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

